

# Club DEL MISTERIO

Rex Stout  
**ANTES DE  
MEDIANOCHÉ**



**BRUGUERA**

**Nº 127**



[www.todocoleccion.net](http://www.todocoleccion.net)

THE REX STOUT LIBRARY

A BANTAM BOOK THE BANTAM BOOK COMPANY

# REX STOUT



A NERO WOLFE MYSTERY

## BEFORE MIDNIGHT

INTRODUCTION BY ROBERT CRAIS

**Rex Stout**

**Antes de Medianoche**

**Título original: *Before Midnight***

**Traducción: M.<sup>a</sup> Teresa Segur**

**Editorial Bruguera**

**Club del Misterio 127**

**Barcelona 1983**

**ISBN: 84—02—09826—6**

# 1

No es que nuestra charla de aquel martes de abril tuviera demasiada relación con el asunto, pero servirá de introducción, y contribuirá a explicar un par de reacciones que Nero Wolfe tuvo después. Tras una cena compuesta por una de las especialidades de Fritz, pichones con salchichas y *choucroute*, en el comedor de la casa de la calle Treinta y cinco Oeste, seguí a Wolfe hasta el despacho, y, mientras él cogía unas revistas amontonadas junto al gran

globo terráqueo y se dirigía hacia la butaca detrás de su mesa, pregunté si había algo que hacer. Quería asegurarme. Le había notificado que pensaba tomarme libre la tarde del jueves para la inauguración de la temporada de béisbol en el club de Polo, y no quería que me acusara de descuidar el trabajo cuando llegase el jueves.

El dijo que no, que no había nada, amoldó su voluminoso cuerpo a la butaca, la única butaca de la tierra que gozaba de su aprobación, y abrió una revista. Destinaba unos veinte minutos por semana a mirar anuncios. Fui a mi mesa, me senté, y alargué la mano hacia

el teléfono, pero luego cambié de opinión, pensando que quizá debería asegurarme aún más. Al volver la cabeza y ver que miraba la revista abierta con el ceño fruncido, me levanté y me acerqué lo bastante para distinguir qué contemplaba. Era un anuncio de una página entera, en blanco y negro, que yo y muchos millones de mis conciudadanos sabíamos de memoria, aunque no requería mucho estudio, pues sólo constaba de seis palabras, sin contar las repeticiones. En la parte superior central había un pequeño frasco de original diseño, con una etiqueta donde se leía *POUR T'AIMER*. con el *T'AIMER* debajo del *POUR*. Justamente

debajo de él había otros dos iguales, también centrados, y debajo de ellos otros tres, y luego cuatro más, y así sucesivamente hasta el final de la página. En el borde inferior se veía una hilera de siete frascos, que formaban la base de una pirámide de veintiocho. En el ángulo superior izquierdo figuraba la aseveración:

POUR T'AIMER  
SIGNIFICA  
PARA AMARTE

y en el ángulo superior derecho se leía:

POUR T'AIMER  
ES  
PARA AMARTE

—Hay dos cosas extrañas en ese anuncio —manifesté.

Wolfe gruñó y volvió la hoja.

—La primera —dije— es el nombre. Al sesenta y cuatro por ciento, y a siete de cada diez mujeres que lo vean, les sugerirá la palabra «amante», y el porcentaje sería más elevado si muchas más supieran lo que es un amante. No es que menosprecie a las mujeres americanas. Tengo muy buenas amistades entre el sexo femenino. Muy pocas quieren ser o tener amantes, de

modo que es absurdo bautizar un perfume con ese nombre. Enfóquelo así. Ven el anuncio, y piensan: «¿Así que tienen el descaro de sugerir que su apestoso perfume me proporcionará un amante? ¡Yo les enseñaré! ¿Qué se imaginan que soy? Medio litro, diez pavos.» La segunda...

—Con una es suficiente —gruñó él.

—Sí, señor. La segunda son tantos frascos. Es algo que va contra las normas. Lo esencial en un perfume es mostrar un solo frasco, para dar la impresión de que es un artículo escaso e inducir a cada una a comprar el suyo antes de que se acabe. No es el caso de *Pour t'aimer*. Dicen: «Vamos, tenemos

muchos y éste es un país libre y todas las mujeres tienen derecho a un amante, y si usted no lo desea, demuéstrela.» Es un enfoque totalmente nuevo, cien por ciento americano, y parece que da resultado, así como el concurso.

Yo había pensado que esto bastaría para obtener los resultados deseados, pero él se limitó a seguir volviendo hojas. Tomé aliento.

—El concurso, como ya debe saber por los anuncios, es una mina. Dan premios en metálico por valor de un millón de dólares. Todas las semanas, desde hace casi cinco meses, han proporcionado la descripción de una mujer —puedo darle los datos exactos,

ya que usted ha ejercitado mi memoria durante años—: «Un personaje histórico femenino cuya afición a los cosméticos se mencione en alguna obra literaria, excluidas las novelas.» Veinte en veinte semanas. Esta era la descripción de la número uno:

«Aunque César luchó por mi gloria y tenía a Antonio a mis pies, mi pecho en la fatídica hora acogió el áspid con avidez.

»No podría ser más sencillo. Cleopatra.

La número dos era igualmente fácil:

»Casada con un tal Aragón, ofrecí en prenda todas mis gemas, al oír los relatos de Colón, para comprarle barcos

y velas.

»No recuerdo haber leído nunca que la reina Isabel usara cosméticos, pero ya que en el siglo XV nadie se bañaba, es probable que así fuese. También podría darle los números tres, cuatro y cinco, pero después de éste empezaron a complicarse, y a partir del número diez ni siquiera me molesté en leerlos. Dios sabe cómo debían ser al llegar al veinte. Para ponerle un ejemplo, éste es el número siete u ocho, ya he olvidado cuál:

»Ennoblecieron a mi hijo mayor aunque mi nombre escribir no supiera, y porque Brown hijo me dio su amor alcancé fama duradera.

»Es lo que yo llamo una trampa. Considerando cuántos Brown tuvieron hijos en el curso de la historia, y cuántos de los hijos...»

—Bah. —Wolfe volvió una hoja—. Nell Gwynn, la actriz inglesa.

Le miré con sorpresa.

—Sí, he oído hablar de ella. ¿Cómo es eso? Tal vez uno de sus amigos se llamara Brown o Brownson, pero no fue esto lo que la hizo famosa. Fue un rey.

—Carlos II —declaró él con presunción—. Otorgó el título de duque al hijo que tuvo con ella. Su padre, Carlos I, habla adoptado el nombre de señor Brown durante el viaje que hizo a España en su juventud. Y, por supuesto,

Nell Gwynn fue la favorita de Carlos II.

—Prefiero la palabra amante. De acuerdo, usted ha leído diez mil libros. ¿Qué le parece ésta? Creo que fue la número nueve:

«Según la ley que él mismo promulgara, ser su esposa legal yo no podía; obedeció la ley con buena cara y me amó toda la vida.»

Agité una mano.

—¿Quién fue?

—Archie. —Volvió la cabeza hacia mí—. ¿Tienes algún sitio adonde ir?

—No, señor, esta noche no. Lily Rowan ha reservado una mesa en la Sala Flamingo y pensaba que tal vez podría acompañarla, pero le dije que quizá

usted me necesitara, y ella sabe lo indispensable que soy...

—Bah. —Empezaba a impacientarse y consideré más prudente callarme—. Tenías la intención de ir, pero querías que yo te lo sugiriese, y no has parado hasta conseguirlo. Te sugiero que te marches inmediatamente.

Habría podido contestarle tres o cuatro cosas, pero él suspiró y volvió a concentrarse en la revista, de modo que no dije nada. Mientras me dirigía hacia el vestíbulo, le oí añadir:

—Te has afeitado y cambiado de ropa antes de cenar.

Esto es lo malo de trabajar y vivir con un gran detective.



## 2

Como aquella noche volví tarde a casa y no tenía nada urgente que hacer, el miércoles por la mañana eran más de las nueve cuando bajé a la cocina para tomar un jugo de pomelo, gachas de avena, tortitas, tocino ahumado, mermelada de moras y café. Fiel a su costumbre, Wolfe había desayunado en su habitación y luego había subido al invernadero de la azotea para pasar un rato con las orquídeas.

—Es un verdadero placer —

comentó Fritz, echando en la sartén una cucharada de pasta, hecha por él mismo, para mi cuarta tortita— verte desayunar con la debida calma. Sin ninguna interrupción.

Yo terminé un párrafo del *Times* apoyado en un atril frente a mí, tragué, tomé un sorbo de café y hablé.

—Fritz, seré sincero contigo. No resistiría a nadie más que tú en la misma habitación mientras desayuno y leo el periódico. Cuando hablas, me dejas enteramente la elección de contestar, o incluso escuchar. Sin embargo, sabes que te comprendo. Como ahora mismo. Lo que has querido decir es que ninguna interrupción significa ningún cliente y

ningún caso, y te preguntas si la cuenta del banco no estará descendiendo de un modo alarmante. ¿Es así?

—Sí. —Eché el grueso disco dorado en mi plato—. Pero si crees que estoy preocupado, te equivocas. Aquí nunca hay motivos de preocupación. Con el señor Wolfe y contigo...

Sonó el teléfono. Descolgué la extensión de la cocina y una profunda voz de barítono me dijo que era Rudolf Hansen y quería hablar con Nero Wolfe. Respondí que Wolfe no estaría libre hasta las once, pero que yo tomaría el recado. El dijo que tenía que verle inmediatamente y que llegaría al cabo de quince minutos. Insistí en que no se

podía hacer nada antes de las once, a menos que me dijese por qué era tan urgente. El repitió que llegaría al cabo de quince minutos y colgó.

Mientras tanto, Fritz había tirado la tortita porque llevaba demasiado rato en el plato, y había empezado otra.

Normalmente, cuando un desconocido ha concertado una cita, hago unas cuantas averiguaciones previas sobre él, pero un cuarto de hora no da mucho de sí y, de todos modos, me aguardaban otra tortita y otra taza de café. Acababa de terminar y había ido al despacho con el *Times* para dejarlo sobre mi mesa cuando sonó el timbre. Al llegar al vestíbulo vi en el escalón, a

través del cristal de una sola cara de la puerta, no a un desconocido, sino a cuatro: tres hombres de mediana edad y uno que ya la había sobrepasado, todos ellos bien vestidos y dos con sombrero de fieltro.

Abrí la puerta los dos centímetros que permitía la cadena de seguridad y hablé a través de la rendija.

—¿Sus nombres, por favor?

—Soy Rudolf Hansen. He telefoneado.

—¿Y los otros?

—¡Esto es ridículo! ¡Abra la puerta!

—Sólo parece ridículo, señor Hansen. Hay al menos un centenar de personas en un radio de cien kilómetros,

lo que incluye Sing Sing, a quienes les gustaría decir al señor Wolfe lo que piensan de él y quizá demostrarlo. Admito que no tienen aspecto de malhechores, pero siendo cuatro... ¿Sus nombres, por favor? .

—Soy abogado. Ellos son clientes míos. El señor Oliver Buff. El señor Patrick O'Garro. El señor Vernon Assa.

Los nombres no me revelaron nada, pero había tenido tiempo de examinarles y, o mucho me equivocaba, o no habían venido a causar problemas sino a librarse de algunos. Así que abrí la puerta, les ayudé a colgar los sombreros y abrigos en el antiguo perchero de nogal, les acompañé al despacho y, tras

indicarles unas butacas, me senté detrás de mi mesa y les dije:

—Lo lamento, caballeros, pero así son las cosas. El señor Wolfe nunca viene al despacho hasta las once. La regla se ha quebrantado alguna vez, pero siempre por una razón de peso. La única posibilidad sería que me lo contaran todo y me persuadieran de que debería venir; luego yo iría a contárselo a él e intentaría persuadirle a mi vez. Aunque lo lograra, todo eso llevaría veinte minutos, y ahora son las once menos veinticinco, de modo que les aconsejo un poco de paciencia.

—Usted es Goodwin —declaró Hansen. Su voz de barítono no sonaba

tan profunda como por teléfono. Yo le había adjudicado la butaca de cuero rojo próxima a la mesa de Wolfe pero, con su cuello larguirucho, piel gris y grandes orejas, no armonizaba con ella. Una silla de madera con respaldo recto le habría cuadrado mejor.

—Señor Goodwin —dijo—, éste es un asunto confidencial de la máxima urgencia. Insisto en que notifique al señor Wolfe que debemos verle inmediatamente.

—Todos insistimos —manifestó uno de los clientes en tono perentorio.

Otro había saltado de la butaca nada más sentarse, y paseaba de un lado a otro. El tercero intentaba sostener una

cerilla con la firmeza necesaria para encender un cigarrillo. Viendo que me esperaba un forcejeo inútil, dije cortésmente: «De acuerdo, veré lo que puedo hacer», me levanté y salí de la habitación.

En la cocina, Fritz, que estaba fregando los cacharros del desayuno y jamás habría osado preguntar con palabras si parecía un buen negocio, lo preguntó con una mirada cuando entré y fui a la mesa donde estaban los teléfonos. Yo me limité a enarcar las cejas, y luego descolgué el teléfono interior y llamé al invernadero.

Al cabo de un minuto Wolfe me gruñó al oído:

—¿Y bien?

—Llamo desde la cocina. En el despacho hay cuatro hombres con camisas de seda y zapatos hechos a la medida que parecen desesperados. Dicen que han de verle inmediatamente.

—Malditos sean...

—Si, señor. Sólo quería notificarle que tenemos compañía. Les he dicho que vería lo que podía hacer, y esto es lo que puedo hacer.

Colgué antes que él, tomé el otro teléfono, y marqué un número.

Nathaniel Parker, el abogado al que Wolfe siempre recurre en un caso extremo, no estaba, pero su ayudante, Sol Ehrlich, había oído hablar de Rudolf

Hansen. Sólo sabía que Hansen era socio mayoritario de uno de los grandes bufetes de la ciudad, y que tenía fama de caro. Cuando colgué dije a Fritz que teníamos muchas probabilidades de cobrar una minuta lo bastante elevada para cubrir nuestros gastos de varios meses, siempre que terminara de despertarme dándome otra taza de café.

Cuando a las once en punto oí el rumor del ascensor que bajaba, fui al vestíbulo, donde me reuní con Wolfe y le di mis informes sobre Hansen, y le seguí al despacho. Como de costumbre, esperé a hacer las presentaciones hasta que hubiese dado la vuelta a su mesa, porque no le gusta estrechar la mano a

desconocidos, y entonces Hansen me tomó la delantera. Se levantó, puso una tarjeta delante de Wolfe y volvió a sentarse.

—Mi tarjeta —dijo—. Soy Rudolf Hansen, abogado. Estos caballeros son clientes míos; es decir, su empresa lo es. El señor Oliver Buff. El señor Patrick O'Garro. El señor Vernon Assa. Hemos perdido un tiempo precioso esperándole. Tenemos que hablar con usted en privado.

Wolfe frunció el ceño. Los primeros minutos con presuntos clientes siempre son difíciles para él. Puede no haber una excusa razonable para rechazarlos y, en este caso, no tenía más remedio que

trabajar. Meneó la cabeza.

—Estamos en privado. Veo que mira al señor Goodwin. Quizá él no sea indispensable, pero es inamovible.

—Preferimos hablar a solas con usted.

—Entonces lo lamento, señor. Han perdido el tiempo.

Miró a sus clientes, y yo hice lo mismo.

Oliver Buff, el de más edad, tenía una cara redonda y roja que hacía parecer su cabello aún más blanco, al tiempo que el cabello hacía parecer su cara aún más roja. El y Hansen eran los que llevaban sombrero. Patrick O'Garro lo tenía todo marrón: ojos, cabello,

traje, corbata, zapatos y calcetines. Claro que la camisa era blanca. Destacaban sus ojos, brillantes, astutos y penetrantes. Vernon Assa era bajo, algo rollizo y ancho de espaldas, y o bien acababa de pasar un mes en Florida o no había necesitado ir. El traje marrón habría hecho juego con su piel, pero iba de gris con zapatos negros.

—¡Qué barbaridad! —murmuró.

—Adelante —dijo Buff a Hansen.

El abogado se volvió de nuevo hacia Wolfe.

—¿El señor Goodwin es su empleado, naturalmente?

—Lo es.

—¿Está presente en esta

conversación como agente de usted?

—¿Agente? Muy bien. Sí.

—Entonces, esto queda entendido.

En primer lugar querría sugerirle que me contrataran como asesor legal y me diese un dólar como estipendio.

Le miré con ojos muy abiertos. El pobre hombre debía estar loco. En este despacho el dinero sólo circulaba en una dirección.

—Más que una sugerencia parece una orden —replicó Wolfe con sequedad—. ¿Hay algo que la justifique?

—Desde luego. Como sabe, las conversaciones entre un abogado y su cliente son secretas y nadie puede exigir que sean reveladas. Deseo establecer

esas relaciones confidenciales con usted, en calidad de abogado y cliente, y luego le contaré las circunstancias que han impulsado a estos caballeros a buscar su ayuda. Es obvio que esto no será un obstáculo para que usted rompa voluntariamente el secreto, ya que podrá poner término a estas relaciones cuando lo desee, pero también podrá negarse a revelar nuestras conversaciones a las autoridades sin incurrir en ninguna falta. Ellos y yo estaremos a su merced, pero su historial y fama nos dan total confianza en su integridad y discreción. Sugiero que me contrate para una función específica: aconsejarle sobre la conveniencia de aceptar un caso que la

empresa Lippert, Buff y Assa está a punto de ofrecerle.

—¿Qué empresa es ésa?

—Tiene que haberla oído nombrar. La agencia de publicidad.

Los labios de Wolfe se movían de izquierda a derecha. Era su forma de sonreír.

—Muy ingenioso. Le felicito. Pero como usted mismo dice, estarán a mi merced. Yo puedo poner término a nuestras relaciones en cualquier momento, sin compromiso de ninguna clase.

—Espere un momento —intervino O'Garro, cuyos astutos ojos marrones iban de Wolfe a Hansen—. ¿Tiene que

ser así?

—Es la única manera, Pat —le dijo el abogado—. Si le contratas, o confías en él o no confías.

—No me gusta..., pero si es el único modo...

—Lo es. ¿Oliver?

Buff dijo que sí.

—¿Vern?

Assa asintió.

—Entonces, ¿me contrata, señor Wolfe? ¿Como he estipulado?

—Sí... Archie, da un dólar al señor Hansen.

Saqué un billete de la cartera, reprimiendo el comentario mordaz que la transacción sin duda merecía, me

acerqué al abogado y se lo alargué.

—Le doy esto —le dije ceremoniosamente— como agente del señor Nero Wolfe.

# 3

—Es una larga historia —notificó Hansen a Wolfe—, pero tendremos que condensarla lo más posible. Estos caballeros tienen una cita en la oficina del fiscal del distrito. Le hablo, como su asesor, de cuestiones relativas al caso que le será ofrecido y sobre el que pide mi consejo. ¿Se ha enterado del asesinato de Louis Dahlmann?

—No.

—Lo han dicho por la radio.

—No escucho la radio por las

mañanas. Y el señor Goodwin tampoco.

—¡Al diablo la radio! —exclamó Assa—. Continúa, Rudolph.

—En seguida. Uno de los mejores clientes de LBA —llamamos LBA a Lippert, Buff y Assa— es Productos Heery. Uno de los productos Heery es la línea de cosméticos denominada *Pour t'aimer*. La introdujeron hace unos años y marchaba bastante bien. La primavera pasada, un joven de la plantilla de LBA, llamado Louis Dahlmann, tuvo la idea de promocionarla, y finalmente logró obtener el apoyo necesario para someterla a los representantes de Heery, quienes dieron su aprobación y fijaron la fecha del veintisiete de septiembre

para el inicio de la campaña. Era un concurso con premios, el mayor de la historia, con un primer premio de quinientos mil dólares en metálico, un segundo premio de doscientos cincuenta mil, un tercer premio de cien mil, y cincuenta y siete premios menores. Se lo explicaré. Todas las semanas, durante veinte semanas, ha aparecido en periódicos y revistas un verso de cuatro líneas, por el que...

—Puede ahorrarse esta parte —le dijo Wolfe—. Estoy al corriente.

—¿Participó? —inquirió O'Garro.

—¿Participar en el concurso? ¡Santo cielo, no!

—Continúa —ordenó Assa. Hansen

obedeció. —El último día de plazo era el catorce de febrero. Las respuestas debían estar mataselladas antes de la medianoche del catorce de febrero. Había más de dos millones de concursantes, y Dahlmann disponía de trescientos hombres y mujeres para hacer las evaluaciones. Al terminar tenían a setenta y dos concursantes que habían identificado correctamente a las veinte mujeres. Dahlmann tenía más versos preparados, y el veintiocho de marzo envió cinco de ellos a cada uno de los setenta y dos concursantes, por correo aéreo a los que vivían lejos, y las respuestas debían estar mataselladas antes de la medianoche del cuatro de

abril. Se produjo un empate quíntuple. Cinco de ellos identificaron correctamente a las cinco nuevas mujeres, y Dahlmann les telefoneó para que vinieran a Nueva York. Recibirían los tres primeros premios, los tres grandes, y también dos de los premios de diez mil dólares. Llegaron, y anoche les invitó a cenar en un comedor privado del Churchill. Talbott Heery, de Productos Heery, asistió, igual que Vernon Assa y Patrick O'Garro. Dahlmann iba a darles cinco versos más, con una semana para resolverlos, pero una mujer que vive en Los Angeles objetó que quería trabajar en su casa y debería invertir parte de la semana en

llegar allí, de modo que se acordó escalonar el plazo de entrega según el tiempo que cada uno tardara en llegar a su ciudad. Cuatro de ellos tenían habitaciones en el Churchill. Una joven llamada Susan Tescher, que vive en Nueva York, seguramente se fue a su casa.

—Abrevia, maldita sea —rezongó Assa.

—Es lo que hago, Vern. Dahlmann también debió irse a su casa. Era soltero y vivía solo en un apartamento de la calle Perry. Una mujer iba a prepararle el desayuno a las siete de la mañana, y cuando ha llegado esta mañana Dahlmann estaba tendido en el suelo del

salón, muerto. Le habían disparado al corazón, por la espalda, y un cojín del sofá había servido para ahogar el ruido. La mujer se ha apresurado a avisar al conserje del edificio, que ha llamado a la policía. Es posible que necesite más datos sobre el asesinato cuando se disponga de ellos —sólo hace cuatro horas que lo han encontrado— y es posible que no, porque nosotros no le necesitamos para esto. Le necesitamos para algo más grave que un asesinato.

Descrucé las piernas. Algo más grave que un asesinato requería tener los músculos listos para echar a correr.

Hansen estaba inclinado hacia adelante, con las palmas de las manos

sobre las rodillas.

—El gran problema es éste: nadie sabía las respuestas del concurso más que Louis Dahlmann. Había escrito los versos él mismo: los veinte originales, los cinco para romper el primer empate, con setenta y dos concursantes, y los cinco para romper el segundo empate, con cinco concursantes. Naturalmente, tuvo que dar las respuestas de los primeros veinte a su equipo de ayudantes cuando finalizó el plazo y empezaron a trabajar, pero él mismo comprobó las respuestas de los setenta y dos acertantes de la primera eliminatoria, guardó los versos casi tan en secreto como las respuestas.

Mecanografió personalmente los versos y sólo hizo siete copias. Depositó una de ellas en una caja de seguridad, guardó otra, aunque no sé dónde, y anoche dio las otras cinco a los cinco concursantes que fueron a la cena.

—La guardó en su cartera —dijo O'Garro.

Hansen no le hizo caso.

—De todos modos, la cuestión no son los versos, sino las respuestas. Me refiero a las respuestas del último grupo de cinco versos; las demás ya no importan. Únicamente eran los nombres de cinco mujeres, con una explicación de la relación que tenían los versos con ellas. Se creía que sólo había una copia.

El propio Dahlmann la mecanografió en una hoja con el membrete de LBA, la firmó, la presentó a Buff, O'Garro y Assa para que pusieran sus iniciales, con las respuestas tapadas para que no las viesen, y luego la depositó en la caja de seguridad, dentro de un sobre sellado y en presencia de cinco personas. Así pues, como he dicho, nadie más que Dahlmann sabía las respuestas.

—Eso es lo que suponemos —  
intercaló Oliver Buff.

—En efecto —convino el abogado—. Es lo que suponemos.

—Por el amor de Dios, ve al grano —refunfuñó Assa.

—En seguida. En la reunión de

anoche Dahlmann hizo algo muy imprudente...

—Peor que imprudente —declaró Buff—. ¡Irresponsable! ¡Criminal!

—Quizá eso sea un poco fuerte. Pero sin duda fue un desatino. Cuando iba a repartir el nuevo grupo de versos sacó unos sobres del bolsillo interior de su americana, y otras cosas salieron con ellos, otros papeles y su cartera. Distribuyó los sobres, y entonces... cuéntalo tú, Pat, estabas allí.

O'Garro asintió.

—Después de darles los sobres, empezó a meter nuevamente las demás cosas en el bolsillo, pero entonces titubeó un momento, les sonrió, abrió la

cartera, sacó un papel doblado, lo sostuvo en alto y les dijo que quería asegurarse...

—No. Repite sus palabras exactas.

—Dijo: «Sólo quería asegurarme de no dejar esto encima de la mesa. Son los nombres de las mujeres que corresponden a los versos que acabo de darles.» Luego volvió a meter el papel en la cartera y se la guardó en el bolsillo.

—¡Criminal! —exclamó Buff.

—¿Cuánto se prolongó la reunión después de esto?

—Terminó casi inmediatamente. Estaban tan ansiosos de echar una ojeada a los versos que no habríamos

podido retenerles aunque hubiéramos querido, y no lo hicimos.

Hansen se inclinó hacia Wolfe.

—Eso es todo. Al encontrarse el cadáver de Dahlmann, estaba vestido con la misma ropa. Todo seguía en sus bolsillos, incluido un fajo de billetes y varios cientos de dólares, excepto una cosa. La cartera había desaparecido. Queremos... Lippert, Buff y Assa quieren que usted averigüe cuál de estas cinco personas se la ha llevado, y a ser posible hoy mismo. Están en Nueva York. Cuatro de ellas iban a tomar el avión esta mañana, pero las hemos retenido diciéndoles que la policía querrá interrogarles. —Dio un vistazo a

su reloj de pulsera—. Tenemos una cita en la oficina del fiscal del distrito, pero pueden esperar. ¿Qué necesita para empezar inmediatamente?

—Bastante. —Wolfe suspiró—. ¿Estoy contratado por la empresa de Lippert, Buff y Assa? ¿Es así?

Hansen volvió la cabeza.

—¿Oliver? .

—Sí —dijo Buff—. Así es.

—Cobro sumas extravagantes.

¿Estarán conformes con mis honorarios?

—Sí.

—¡Al diablo los honorarios! — exclamó Assa con noble actitud.

—¿Dónde está el señor Lippert? — inquirió Wolfe.

—No hay ningún Lippert. Murió hace diez años.

—Entonces se ha librado de los concursos de perfumes... Usted ha dicho, señor Hansen, que quieren que averigüe cuál de estas cinco personas ha robado la cartera. No lo haré. Es demasiado restringido. ¿Y si ninguna de ellas lo ha hecho?

—¡Por el amor de Dios! —Hansen le miró con asombro—. ¿Quién, si no?

—Lo ignoro. Por lo que me han contado es muy probable que haya sido una de ellas, incluso parece indudable, pero no hay que fiarse de las apariencias. Al menos otras tres personas sabían que el papel estaba en

la cartera: el señor Heery, el señor O'Garro y el señor Assa.

Assa resopló y O'Garro dijo:

—Tiene usted toda la razón. Y yo mismo telefoneé a Hansen y Buff desde una cabina del Churchill para contárselo. Hansen dijo que no se podía hacer nada. Buff quería que hablase con Dahlmann y le convenciese para que destruyera el papel, pero yo le disuadí.

—De acuerdo —concedió Hansen—. De todos modos, no tiene importancia. Digamos que su cometido es averiguar quién ha robado la cartera y tiene el papel. ¿Le parece satisfactorio?

—Me lo parece —contestó Wolfe—. Queda entendido que no me contratan

para desenmascarar al asesino.

—No. Esto debe quedar muy claro. Es algo que corresponde hacer a la policía. Nadie ha contado a la policía que Dahlmann mostró ese papel en la reunión de anoche, y ninguno de nosotros lo hará, incluido el señor Heery. El papel no ha sido mencionado y no lo será. Naturalmente, la policía interrogará a los cinco concursantes, si es que no lo ha hecho ya, y es posible que uno de ellos hable del papel, pero yo no lo creo... ¿Qué opinas tú, Pat?

O'Garro asintió.

—Sólo digo que, a juzgar por lo que vi anoche, no son tontos. Son cualquier cosa menos tontos, y hay medio millón

de dólares en juego, por no hablar del cuarto de millón. Creo que ninguno de ellos lo mencionará. ¿Qué te parece a ti, Vero?

—Lo mismo —declaró Assa—, exceptuando tal vez a esa vieja bruja, la Frazee. Dios sabe qué contará.

—Sin embargo —dijo Hansen a Wolfe—, aunque ellos lo mencionen, y la policía nos pregunte por qué nosotros no lo hemos hecho, contestaremos que no lo hemos creído necesario porque fue evidente que Dahlmann sólo bromeaba. Al menos fue evidente para nosotros, y supusimos que también para los demás. Si la policía no acepta esta explicación, podemos negar terminantemente que

Dahlmann tuviese las respuestas a estos cinco versos en un papel en la cartera, y el corolario de que alguien le mató para obtenerlo. La policía se inclina a ser discreta y suele serlo, pero una cosa como ésta acabaría sabiéndose.

Se había deslizado tanto hacia adelante en la butaca de cuero rojo que parecía a punto de caerse. Prosiguió:

—Quizá no se haga cargo plenamente de la gravedad de la situación. Este concurso es la promoción más espectacular del siglo. Un millón en premios con dos millones de concursantes, y el país entero está esperando ver al ganador. Naturalmente, hemos pensado en retirar esos versos y

preparar otros cinco, pero sería arriesgado. Sería admitir que sospechamos que uno de ellos se ha procurado las respuestas matando a Dahlmann, implicando el reconocimiento de que Dahlmann tenía las respuestas en su cartera. Cualquiera de los cinco concursantes podría negarse a entregar los versos declarando que los habían aceptado de buena fe, y esto sería un verdadero desastre. Si la LBA rehusara proceder según lo convenido, podrían demandarla y muy posiblemente ganar el pleito.

Sacó una hoja de papel de su bolsillo y la desdobló.

—Esta es una lista de la que cada

uno tiene una copia. Leyó:

«Susan Tescher, ciudad de Nueva York, antes mediodía diecinueve de abril.

»Carol Wheelock, Richmond, Virginia, antes medianoche diecinueve de abril.

»Philip Younger, Chicago, Illinois, antes medianoche diecinueve de abril.

»Harold Rollins, Burlington, Iowa, antes medianoche diecinueve de abril.

»Gertrude Frazee, Los Angeles, California, antes medianoche veinte de abril.»

Reintegró el papel al bolsillo y se

recostó en la butaca, lo que representó un alivio.

—Estos son los plazos fijados para sus respuestas, escalonados como he dicho. Favorecen a la señorita Frazee, que iba a tomar un avión, pero ella lo exigió así. Puesto que se les retiene en Nueva York, tal vez se avengan a aceptar una prórroga, pero ¿y si la señorita Tescher, que vive aquí, rehúsa? ¿Y si manda sus respuestas antes del día que le corresponde? ¿Qué haríamos?

Wolfe gruñó.

—No lo sé.

—Nosotros tampoco. Sólo hay una solución: averiguar quién tiene el papel, hoy o mañana a ser posible, pero en

todo caso antes de la medianoche del veinte de abril, el límite máximo. Sabiendo esto, no habrá más problemas. Podemos decirles que uno de ellos, y lo nombramos, robó las respuestas. Eso nos obliga a cambiar los versos. Entréguenlos o no, como quieran, pero vamos a darles cinco nuevos versos y nuevos plazos de tiempo, y adjudicaremos los premios basándonos en esas respuestas. Tendrán que aceptar. En esas circunstancias no les quedaría más remedio, ¿verdad?

—No —concedió Wolfe—. Pero el que hubiese sustraído las respuestas no tendría demasiadas oportunidades para trabajar. Sería encarcelado bajo la

acusación de asesinato.

—Eso es asunto suyo.

—Cierto. Pero ustedes no quedarían en muy buen lugar. La policía sabría que habían mentido al declarar que interpretaron la actuación de Dahlmann como una broma.

—Eso no puede evitarse. De todo modos, tendrán al asesino.

—También es cierto. Sin embargo —persistió Wolfe—, se arriesgan ustedes demasiado al suponer que encontraré al ladrón, con pruebas, en menos de una semana. Es posible que no lo consiga. Entonces no estarían en una situación difícil, sino insalvable. ¿Antes de la medianoche del veinte de abril?

Sólo tengo esto —se dio una palmada en la frente— y al señor Goodwin y unos pocos hombres de confianza. La policía tiene miles de hombres, y grandes recursos y conexiones. Debo sugerirles que consideren la posibilidad de someterles el problema a ellos tal como me lo han sometido a mí.

—Ya lo hemos considerado. Eso ni siquiera sería arriesgado, sería seguro. Mañana por la mañana se sabría que las respuestas al concurso habían sido robadas y sería un escándalo nacional, y la LBA recibiría un golpe del que tal vez no se recobraría nunca.

Wolfe insistió:

—Debo asegurarme de que lo han

pensado bien. Aunque yo logre descubrir al culpable antes de que finalice el plazo, se sabrá igualmente que todas las respuestas fueron robadas.

—Sí, pero entonces tendremos al ladrón, y todos los concursantes estarán de acuerdo en cambiar los versos. Será una situación muy distinta. La LBA recibirá toda clase de felicitaciones por solucionar la crisis de un modo tan rápido, audaz y brillante.

—No creo que la policía les felicite.

—No. Pero sí el mundo publicitario y comercial, la prensa y el pueblo americano.

—Supongo que sí. —Wolfe volvió la cabeza—. Me gustaría asegurarme de

que todos han resuelto no confiar el caso a la policía. ¿Qué me dice usted, señor Buff?

La roja cara de Buff había ido enrojeciéndose más y más, y tenía la frente húmeda.

—Así lo he resuelto —dijo—. Porque no hay alternativa.

—¿Señor O'Garro?

—Si. Hemos discutido el asunto antes de venir a verle.

—¿Señor Assa?

—Si. ¡Está perdiendo el tiempo!

—No. Si se tratara únicamente de atrapar a un asesino... pero no es así. Esto es algo muy complejo, y debo saber las cosas. —Wolfe volvió la palma de la

mano hacia arriba—. Por ejemplo: si estuviera seguro de que quien robó la cartera obtuvo realmente el papel con las respuestas, todo sería más sencillo. Pero ¿y si no ocurrió así? ¿Y si el papel que Dahlmann mostró era alguna otra cosa, y de hecho fue una broma, y el ladrón se tomó tantas molestias para nada? Esto haría mi trabajo mucho más difícil y requeriría una estrategia completamente distinta.

—No se preocupe —le aseguró O'Garro—. Sin duda eran las respuestas. Yo estaba allí y lo vi. ¿Vern?

—Yo diría que hay veinte probabilidades contra una —declaró Assa—. Louis sólo habría disfrutado

enseñándoles el papel con las respuestas, no fingiendo que lo era. ¿Qué opinas tú, Oliver?

—Sabes muy bien lo que opino —respondió Buff con expresión ceñuda—. Fue típico de él. A los treinta y dos años Louis Dahlmann era un gran genio creativo, y dentro de treinta años más habría sido una figura importante en la publicidad americana, otro Lasker. Esto es lo que todos pensábamos, ¿no? Pero tenía esa vena de locura. Claro que era el papel de las respuestas; no cabe la menor duda. Después de telefonarme anoche, Pat, yo mismo habría ido a su apartamento, pero ¿para qué? Aunque hubiese destruido el papel, él habría

podido sentarse a escribir otro en cuanto yo me hubiera marchado, y probablemente lo habría hecho. Pero ahora me arrepiento de no haber ido. En este momento, el futuro de la LBA corre más peligro que en los treinta y ocho años que llevo en la empresa. ¡Por culpa de él! Si ahora estuviese aquí, vivo, me costaría mucho no...

Apretó los labios y dejó la frase sin terminar. Wolfe se dirigió al abogado:

—¿También usted está convencido, señor Hansen, de que no fue una broma?

—Lo estoy.

—Entonces procederé de acuerdo con esta suposición hasta que sea refutada. Primero debo ver a los cinco

concurstantes, preferiblemente uno por uno, a pesar de que el tiempo apremie. —Levantó los ojos hacia el reloj de pared—. Quizá ya estén comprometidos con la policía, pero lo intentaremos. Que uno de ustedes telefonee y emplace a uno de ellos aquí a las doce y media, así como a los demás, uno a las tres, uno a las seis, uno a las...

—¿Por qué a las seis? —inquirió Assa—. ¡Santo Dios, no necesitará tres horas! —Espero que no. Una ya sería demasiado. Pero de cuatro a seis estaré ocupado con otros asuntos, y...

—¡No hay otros asuntos! ¡Esto es disparatado!

Wolfe le miró.

—Su empresa no me ha contratado por horas, señor Assa. Mi horario es asunto mío. Trabajo a mi manera. Uno de ellos a las tres, uno a las seis, uno a las siete y uno a las ocho. Pueden decirles que su retención en la ciudad ha creado ciertos problemas con respecto al concurso y que les aconsejan hablar conmigo como el representante de su empresa. Naturalmente no mencionarán el papel que el señor Dahlmann exhibió anoche. Cenaré a las nueve, y ustedes pueden venir a partir de las diez y media para recibir mis informes.

—Me gustaría estar presente en las entrevistas —dijo Hansen—. Pero a las doce y media no puedo.

—No puede estar presente de ningún modo, señor. Ya se mostrarán bastante quisquillosos, e incluso es posible que despida al señor Goodwin. En todo caso, él tendrá algo que hacer. ¿Dónde está la caja de seguridad donde se hallan las respuestas?

—En la Compañía de Depósito Continental de la calle Cuarenta y siete.

—Uno de ustedes será tan amable de reunirse allí con el señor Goodwin a las dos y media, le llevará a la bóveda, abrirá los sobres que contienen los cinco últimos versos y las cinco últimas respuestas, y le permitirá copiarlos y traerme las copias a mí. Devolverán los originales a la bóveda.

—Imposible —dijo O'Garro con acento terminante—. Esos sobres no pueden abrirse.

—Tonterías. —Wolfe empezaba a irritarse, como de costumbre cuando le llevaban la contraria—. ¿Por qué no? Esos versos y respuestas ya no sirven para nada. Suceda lo que suceda, no pueden ser la base para adjudicar los premios. Podrían serlo si obtuviéramos la prueba concluyente de que no había ningún papel con las respuestas en la cartera de Dahlmann, pero eso está descartado. ¿Puede alguno de ustedes imaginar alguna circunstancia en la que esos versos y respuestas pudieran ser utilizados? Inténtenlo.

Se miraron unos a otros.

Wolfe aguardó.

—Tiene usted razón —admitió Buff en nombre de la empresa:

—Entonces no hay nada malo en que yo los tenga, siempre que el señor Goodwin y yo los mantengamos en secreto, y pueden tener su utilidad. Se me ha ocurrido una idea para utilizarlos que tal vez valga la pena poner en práctica. ¿Se reunirá uno de ustedes con él a las dos y media?

—Sí —accedió Buff—.

Probablemente dos. Esos sobres han sido intocables. El señor Heery tendrá que saberlo. Quizá quiera estar presente.

—Como deseen. Por cierto, ya que

su empresa está tan involucrada como la de ustedes, ¿qué me dice de él? ¿Sabe que me han contratado? ¿Aprueba su estrategia?

—Completamente.

—Entonces eso bastará por ahora. Hagan el favor de utilizar el teléfono que hay sobre la mesa del señor Goodwin. ¿Quieren que él les comunique con algún número?

No quisieron, lo que ya era una prueba irrefutable de lo desesperados que estaban. Como ejecutivos de primera línea al mando de una de las tres mayores agencias del país con una sucursal en cada esquina e ingresos de seis cifras, sin duda hacía años que

ninguno de ellos marcaba personalmente un número en una oficina. Esperar tal cosa iría contra toda lógica. Pero cuando dejé libre mi butaca, O'Garro la ocupó, me preguntó el número del Churchill, y empezó a marcarlo como si fuese un proceder natural y normal. «Ahí tienes, un hombre de mirada tan inteligente puede hacer cualquier cosa», pensé.

Tardó un buen rato.

Al cabo de unos minutos, durante los cuales nos limitamos a escuchar, colgó y nos dijo:

—Dos de ellos hablan salido. Rollins estaba a punto de marcharse para acudir a una cita en Homicidios

Oeste. La señorita Frazee vendrá a las doce y media.

Hansen, puesto en pie, declaró:

—Tenemos que irnos; llegaremos media hora tarde. Les localizaremos después.

Pero Wolfe les retuvo para una cosa más: información sobre los cinco concursantes. Sólo sabían lo justo para llenar una página de mi bloc de notas, lo que no era mucho como punto de partida. Les acompañé al vestíbulo para asegurarme de que nadie se llevara mi abrigo por equivocación, les abrí la puerta y volví al despacho. Wolfe estaba sentado con los ojos cerrados y las palmas de las manos sobre la mesa. Yo

fui a mi mesa, me senté frente a la máquina de escribir y metí una hoja en el rodillo para mecanografiar los escasos datos sobre los sospechosos. Al oír unos pasos volví la cabeza y vi entrar a Fritz con una cerveza sobre una bandeja.

—No —dije firmemente—.

Llévatela, Fritz.

—¡Va a venir una mujer! —gritó Wolfe.

—Esto sólo es una excusa. Lo que en realidad detesta es un trabajo con un límite de tiempo, especialmente cuando tiene una posibilidad contra cuatro mil. Admito que la medianoche del veinte de abril está alarmantemente cerca, pero el

diecinueve de enero a las tres y veintisiete de la tarde usted me dijo que si alguna vez pedía una cerveza antes de almorzar la devolviera a la cocina y no hiciese caso de sus protestas, si es que protestaba. No le culpo por perder el control, ya que casi seguramente nos golpearemos la cabeza contra la pared, pero no hay cerveza hasta después de almorzar. Sin embargo, no debemos comprometer al señor Brenner.

Me levanté, tomé la bandeja de manos de Fritz y la llevé a la cocina.

# 4

Si hubiera sabido lo que se le avecinaba en la persona de la señorita Gertrude Frazee de Los Angeles, fundadora y presidenta de la Liga de Mujeres Naturales, no habría tenido el valor de negarle la cerveza. Y si Wolfe lo hubiera sabido, probablemente habría rehusado el caso y enviado a la LBA y su asesor legal a tomar viento.

Podría intentar describir su atavío, pero no lo haré; sólo diré que lo había robado de un museo. En cuanto a

describirla, es difícil de creer. Los extremos interiores de sus ojos intentaban tocarse sobre una nariz larga y afilada, y casi lo conseguían. Sólo podía verse un centímetro de su frente porque las greñas de cabello gris tapaban el resto. La mitad izquierda de su boca se inclinaba hacia arriba y la mitad derecha hacia abajo, y eso daba la impresión de que su mandíbula colgaba más de un lado que de otro, aunque quizá no fuera así. Tenía exactamente mi estatura, un metro ochenta, y andaba a zancadas.

Se sentó en la butaca de cuero rojo, con ambas manos sobre el bolso en el regazo y la espalda rígida.

—No veo —dijo a Wolfe— en qué puede afectar al concurso la muerte de ese hombre. Sea asesinato o no. En el reglamento no se especificaba nada al respecto.

Cuando hablaba sus labios querían moverse en sentido perpendicular a la inclinación, pero su mandíbula prefería subir y bajar. Habría podido pensarse que después de tantos años, al menos sesenta, habrían llegado a un entendimiento, pero no era así.

Wolfe la observaba con atención.

—Ciertamente, señora, el reglamento no preveía una muerte súbita y violenta, y no estipulaba ninguna medida al respecto. El concurso se ve

afectado, no por la muerte en sí, sino por la acción de la policía al pedir a los concursantes que no abandonen la ciudad hasta que...

—¡No me lo han pedido! ¡Me lo han ordenado! ¡Han dicho que si me marchaba sería perseguida y arrestada por asesinato!

Meneé la cabeza. Así que era de ésas. Ningún oficial de policía y ningún ayudante del fiscal del distrito podían haberle dicho nada por el estilo.

—A veces se exceden un poco — concedió Wolfe—. En todo caso, yo quería hablar no sólo del concurso, sino también de usted. Una vez se hayan adjudicado los premios habrá una gran

demanda de información sobre los ganadores y mis clientes quieren poder suministrarla. Este retraso forzoso nos da la oportunidad de obtenerla. Mi ayudante, el señor Goodwin, se encargará de tomar nota. ¿Deduzco que no se ha casado nunca, señorita Frazee?

—No me he casado. Y no me casaré.

—Eché una ojeada a mi cuaderno—. Quiero ver todo lo que vaya a publicarse sobre mí.

—Así será. ¿Ha ganado alguna vez un premio en un concurso?

—Nunca he participado en un concurso. Desprecio los concursos.

—Comprendo. ¿Ha participado en éste?

—Claro que sí. Esta es una pregunta estúpida.

—Sin duda —repuso Wolfe con cortesía—. Pero es una paradoja interesante: desprecia los concursos, pero participa en uno. ¿Habrá habido algún motivo de peso?

—No veo que mis motivos puedan interesar a nadie más que a mí, pero ciertamente no me avergüenzo. Hace diez años fundé la Liga de Mujeres Naturales Americanas. Tenemos muchos miles de afiliadas, demasiadas para contarlas. ¿Cuál es su opinión acerca de las mujeres que se untan de grasa y tizne y pintura, y apestan a una porquería hecha de alquitrán y materia vegetal en

descomposición y tumores de ciervo?

—No tengo ninguna, señora.

—Claro que la tiene. Usted es un hombre. —Volvió los ojos hacia mí—. ¿Cuál es la suya, joven?

—Depende —le dije—. La parte del tumor suena mal.

—Huele mal. Se utiliza desde hace treinta siglos. Almizcle. En el Jardín del Edén, cuando Eva tenía la cara sucia, ¿qué hacía? Se la lavaba con agua clara. ¿Qué hacen las mujeres de hoy? ¡Se la frotan con grasa! Miren sus labios y uñas y pestañas... y otras cosas. La Liga de Mujeres Naturales defiende y apoya a la mujer natural, y la mujer natural era Eva, Eva tal como Dios la hizo. La

única belleza verdadera es la belleza natural, y yo lo sé, porque a mí me fue negado este don maravilloso. No es sólo que no sea guapa, es que soy fea. Las mujeres agraciadas no tienen derecho a corromper la belleza natural. ¡Lo sé!

Su espalda se había inclinado un poco, y la enderezó.

—Me di cuenta de ello siendo muy joven, y ha sido mi báculo y mi gula durante toda mi vida. Siempre he tenido que trabajar para ganarme el pan, pero ahorré algo de dinero, y hace diez años empleé una parte en fundar la Liga. Tenemos muchas afiliadas, más de tres mil, pero las cuotas son bajas y estamos sumamente limitadas. El otoño pasado,

en septiembre, cuando vi el anuncio del concurso, volví a pensar lo que había pensado muchas veces: que nuestra labor era imposible porque había demasiado dinero en contra de nosotras, millones y millones, y de repente, mientras contemplaba el anuncio, se me ocurrió la idea. ¿Por qué no usar su dinero en beneficio nuestro? Lo consideré y lo aprobé. La mayoría de nuestras afiliadas viven en Los Angeles o cerca de Los Angeles, y en su mayor parte son mujeres cultas e instruidas. Telefoneé a algunas y les pedí que telefonaran a otras, y todas se mostraron muy entusiasmadas y dispuestas a ayudar. Yo lo organicé, y no

se necesita ser guapa para saber organizar. En dos semanas éramos más de trescientas las que trabajábamos en ello. No tuvimos grandes dificultades con ninguno de los veinte originales, los veinte que se publicaron, salvo con el número dieciocho, y al fin también lo resolvimos. Luego vino el segundo grupo para romper el empate, que debimos resolver en menos de una semana, lo que fue injusto porque todos los versos se expidieron desde Nueva York al mismo tiempo y yo tardé mucho más en recibirlos y eran más difíciles, mucho más difíciles, pero lo logramos, y los envié diez horas antes de que finalizara el plazo. También

resolveremos éstos. —Dio unos golpecitos en el bolso, sobre sus rodillas—. No me cabe la menor duda. Lo conseguiremos, por difíciles que sean. Medio millón de dólares. Para la Liga.

Wolfe la miraba con gran atención, intentando no fruncir el ceño y consiguiéndolo apenas.

—No necesariamente medio millón, señora. Tiene usted cuatro competidores.

—El primer premio —dijo ella con seguridad—. Medio millón. —De repente se inclinó hacia adelante—. ¿No ha tenido alguna vez un destello?

El ceño ganó.

—¿De qué? ¿Ira? ¿Ingenio?

—Sólo un destello... de lo que sucederá. Yo tuve dos hace mucho tiempo, cuando era joven, y luego ninguno más, hasta el día que vi el anuncio. Fue algo repentino, tan efímero que sólo supe que estaba allí... la certidumbre de que obtendríamos el dinero. La certidumbre puede ser algo muy dulce, muy hermoso, y aquel día me invadió de pies a cabeza, y fui al espejo para comprobar si podía verlo. No pude, pero estaba allí, de modo que nunca lo he dudado. El primer premio. Nuestro comité de presupuestos ya ha empezado a elaborar proyectos, a decidir qué haremos con él.

—¿En serio? —El ceño se intensificó—. Los cinco nuevos versos, los que el señor Dahlmann les entregó anoche... ¿cómo los ha enviado a sus colegas? ¿Por teléfono, telégrafo o correo aéreo?

—Ja —dijo ella, y al parecer eso era todo.

—Porque —observó Wolfe con naturalidad—, como es lógico, los ha enviado para que puedan empezar a trabajar. ¿No es así?

Su espalda volvía a estar rígida.

—No veo que esto pueda interesar a nadie más que a mí. En el reglamento no se menciona nada sobre buscar ayuda. Anoche no se dijo nada al respecto. Esta

mañana he telefonado a mi vicepresidente, la señora de Charles Draper, porque tenía que hacerlo, para comunicarle que no podría regresar hoy y no sabía cuánto tardaría. Ha sido una conversación privada.

Evidentemente seguiría siéndolo. Wolfe desistió y cambió de tema.

—Otro motivo para querer verla, señorita Frazee, era disculparme en nombre de Lippert, Buff y Assa, mis clientes, por la absurda broma que el señor Dahlmann les gastó anoche... cuando mostró un papel y dijo que eran las respuestas de los versos que acababa de entregarles. No sólo fue estúpida, sino de mal gusto. Le ofrezco las

excusas de sus socios.

—Así que se trata de esto —dijo ella—. Ya suponía que sería algo así; por eso he venido, para averiguarlo. — Su mandíbula subió y su voz se endureció—. No dará resultado. Dígaselo. Es todo lo que quería saber. —Se levantó—. Creen que porque soy fea no tengo cerebro. Lo lamentarán. Me encargaré de que lo lamenten.

—Siéntese, señora. No sé a qué se refiere.

—Ja. Es de suponer que usted también tenga cerebro. Saben que uno de ellos fue allí y le mató y cogió el papel, y ahora...

—¡Por favor! Aclare sus

pronombres. ¿Está diciendo que uno de mis clientes cogió el papel?

—Claro que no. Uno de los concursantes. Eso les metería en un atolladero del que no podrían salir a menos que logaran demostrar cuál lo robó, así que dirán que fue una broma, que no había tal papel, y cuando enviemos las respuestas adjudicarán los premios, y creen que eso pondrá fin a la cuestión a menos que la policía descubra al asesino, y quizá nunca lo hagan. Pero no dará resultado. El asesino tendrá las respuestas correctas, las cinco, y deberá explicar cómo las ha conseguido, y no podrá hacerlo. Esos cinco versos son muy difíciles, y nadie

puede resolverlos pasando unas cuantas horas en una biblioteca.

—Comprendo. Pero ¿podría usted explicar cómo las ha conseguido? Sus colegas ya deben estar trabajando en ello. ¿Se marcha?

Había echado a andar hacia la puerta, pero se volvió.

—Regreso al hotel para una cita con un policía. También con ellos uso el cerebro, y conozco mis derechos. Les he dicho que no tenía la obligación de ir a verlos, que ellos deberían ir a verme a mí a menos que me arrestaran, y no se atreverán a tanto. No pienso dejarles registrar mi habitación o mis pertenencias. Les he dicho lo que he

visto y oído, y esto es todo lo que voy a decirles. ¡Quieren saber lo que pensé! ¡Quieren saber si pensé que el papel que nos enseñó contenía realmente las respuestas! No veo por qué tendría que decirles lo que pensé..., pero se lo diré a usted y usted puede decírselo a sus clientes...

Volvió junto a la butaca y se sentó, de modo que cogí mi cuaderno, pero en cuanto su trasero tocó el cuero dijo bruscamente: «No, tengo una cita», se levantó y salió en dos zancadas de la habitación. Cuando llegué al perchero del vestíbulo se había puesto el abrigo, y tuve que apresurarme para llegar a la puerta antes que ella.

Cuando volví al despacho, Wolfe estaba repantigado en la butaca, inhalando aire por la nariz y exhalándolo por la boca, ruidosamente. Metí las manos en los bolsillos y le miré.

—Así que ha contado a la policía que Dahlmann mostró el papel —dije—. Eso ayudará. Veinte minutos para el almuerzo. ¿Una cerveza? Haré una excepción.

El hizo una mueca.

—Probablemente —sugerí— podría lograr que la compañía telefónica de Los Angeles localizara a esa tal señora de Charles Draper, y usted podría preguntarle cómo les va con los versos.

—Inútil —gruñó—. Si ella le mató y robó las respuestas, no cabe duda de que habría llamado a sus amigos para darles los versos. Admite que tiene cerebro. Si yo hubiera sabido las respuestas, habría podido..., pero no, eso habría sido prematuro. Tienes una cita a las dos y media.

—Así es. Ya que los gastos son cortesía de la casa, no le costaría nada llamar a Saul, Fred, Orrie, Johnny y Bill, Y hacerles seguir, pero hospedándose cuatro de ellos en el Churchill sería un trabajo endiablado...

—Inútil. Si se puede averiguar algo por esos medios, la policía lo conseguirá mucho antes que nosotros.

Probablemente...

Sonó el teléfono. Descolgué el de mi mesa, oí una voz ronca que necesitaba pulirse, una voz conocida, le pedí que esperase, y dije a Wolfe que el sargento Purley Stebbins deseaba hablar con él. Wolfe alargó la mano hacia su aparato y, como se supone que debo escuchar, a no ser que me indiquen lo contrario, así lo hice.

—Nero Wolfe al habla, señor Stebbins. ¿Cómo está usted?

—Regular. Me gustaría pasar a verle... ¿digamos a las tres?

—Lo lamento, estaré ocupado.

—¿A las tres y media?

—Seguiré estando ocupado.

—Bueno..., supongo que puedo esperar hasta las seis. ¿Quedamos a las seis?

Purley sabía que el horario de Wolfe, de cuatro a seis en el invernadero, podría alterarse por una bomba H, pero apenas nada más.

—Lo lamento, señor Stebbins, pero hoy no tendré tiempo. Quizá pueda decirme...

—Claro que puedo decírselo. Una pequeña charla amistosa, eso es todo. Quiero saber su opinión sobre un caso de asesinato.

—No tengo ninguna opinión sobre ningún caso de asesinato.

—¿No? Entonces, ¿por qué

demonios...? —Se contuvo. Prosiguió —: Oiga, usted y yo nos conocemos. No soy un visionario. Pero a ver qué le parece esto: a las doce y media una mujer llamada Gertrude Frazes ha entrado en su casa y, por lo que sé, aún no ha salido. ¿Y no tiene ninguna opinión sobre el asesinato de un hombre llamado Louis Dahlmann? Cuénteselo a Goodwin. No pido nada extraordinario; sólo quiero ir a hacerle algunas preguntas. ¿A las seis?

—Señor Stebbins. —Wolfe intentaba controlarse—. No se me ha encargado que investigue el asesinato de Louis Dahlmann, ni tampoco ningún otro. En pasadas ocasiones usted y sus

compañeros han tomado a mal mi osadía de investigar un homicidio. Me han molestado y acosado. Cuando eso vuelva a suceder, esperaré que se me echen encima, pero esta vez no me he metido en su terreno, de modo que hagan el favor de dejarme en paz.

Colgó y yo hice lo mismo, sincronizando con él. Hablé.

—Admito que ha sido una satisfacción y una oportunidad que no podía pasar, pero espere a que se lo cuente a Cramer.

—Lo sé. —Parecía más animado—. ¿Está echada la cadena de seguridad?

Fui al vestíbulo para cerciorarme, y luego a la cocina para anunciar a Fritz

que nos tenían sitiados.

# 5

Podría limitarme a informar que acudí a la cita de las dos y media y obtuve los versos y respuestas, y dejarlo así, pero creo que ya es hora de que tengan el placer de conocer al señor Talbott Heery. Constituyó una gran sorpresa para mí, no sé por qué, a menos que inconscientemente me hubiera formado una idea de cómo debía ser un magnate de la perfumería y él no se ajustara a ella. Tampoco olía. Era más alto y más corpulento que yo y unos diez

años mayor, y su piel suave, muy tirante sobre los huesos, daba la impresión de no haber necesitado jamás un afeitado. Tampoco mostraba ningún indicio de grasa o tizne o pintura. Podría haber sido miembro de la Liga de Hombres Naturales.

Buff y O'Garro estaban con él, pero no Assa. Tuvieron que dar algunas explicaciones para que me autorizaran a entrar en la bóveda. Buff, Heery y yo fuimos a una pequeña habitación, y a los pocos minutos llegaron O'Garro y un funcionario con la caja, de sólo unos doce por siete y cuarenta y cinco centímetros de largo, evidentemente alquilada para este único propósito. El

funcionario se retiró y O'Garro abrió la caja y sacó varios sobres, seis. Las solapas tenían pegotes de lacre y cuatro de ellos estaban abiertos. Me preguntó:

—¿Sólo quiere el último grupo de cinco? Le dije que sí, y me alargó los dos sobres cerrados. En uno de ellos se leía: «Versos, segundo grupo de cinco. Concurso de *Pour t'aimer*», y en el otro, «Respuestas, segundo grupo de cinco. Concurso de *Pour t'aimer*». Cuando saqué mi cortaplumas para rasgarlos, O'Garro dijo: «No quiero verlos» y retrocedió hasta el extremo más alejado de la habitación; los demás lo siguieron. Desde esa distancia no podían leer nada, pero podían observarme, y lo hicieron.

Encima de la mesa había lápices y hojas de papel, pero yo preferí mi pluma y mi bloc de notas, y me senté y los utilicé. Los cinco versos de cuatro líneas estaban en una sola hoja, del mismo modo que las respuestas, los nombres de cinco mujeres, con una breve explicación sobre las referencias de los versos.

No tardé demasiado rato. Mientras doblaba las hojas y las reintegraba a los sobres, Buff habló.

—¿Su nombre es Archie Goodwin?

—En efecto.

—Haga el favor de escribir en cada sobre «Abierto y copiado el contenido, por Archie Goodwin, el trece de abril

de mil novecientos cincuenta y cinco, en presencia de Talbott Heery, Oliver Buff y Patrick O'Garro», y fírmelo.

Reflexioné unos momentos.

—No me gusta —le dije—. No quiero firmar nada tan estrechamente relacionado con un millón de dólares. A ver qué le parece esto. Escribiré: «Abierto y copiado el contenido, por Archie Goodwin, el trece de abril de mil novecientos cincuenta y cinco, con nuestro consentimiento y en nuestra presencia», y ustedes lo firmarán.

Les pareció bien, yo escribí y ellos firmaron, y O'Garro devolvió los sobres a la caja, la cerró con llave y salió con ella. No tardó en reunirse con nosotros,

y los cuatro subimos a un ancho tramo de escalones de mármol y nos dirigimos a la calle.

En la acera Heery preguntó adónde iban, ellos contestaron que a su oficina, que estaba a la vuelta de la esquina, y después se volvió hacia mí.

—¿Y usted, Goodwin?

Contesté que iba a la calle Treinta y seis Oeste, y él dijo que tenía una cita en el centro y me llevaría. Los otros se marcharon, y él llamó a un taxi, subimos y yo indiqué al conductor que se detuviera en la esquina de la calle Treinta y cinco y la Novena Avenida. El reloj marcaba las tres menos diez, de modo que seguramente llegaría a casa

antes que el segundo cliente.

Cuando nos detuvimos ante un semáforo rojo en la Primera Avenida, dirigiéndonos hacia el oeste por la calle Cuarenta y siete, Heery dijo:

—Me sobra algo de tiempo y creo que pasaré a hablar con Nero Wolfe.

—Me temo que ahora no podrá ser —le contesté—. Está ocupado.

—Pero ahora es cuando tengo tiempo.

—Lástima, pero habrá de ser más tarde..., de hecho bastante más tarde. Tiene una cita tras otra hasta las diez y media o las once de la noche.

—Quiero verle ahora.

—Lo lamento. Se lo diré, y él

también lo lamentará. Si quiere darme su número le telefonaré y le diré cuándo.

Sacó una cartera del bolsillo, rebuscó en su interior y extrajo un crujiente billete nuevo de veinte dólares.

—Tenga —dijo—. No necesito mucho rato. Probablemente diez minutos me bastarán.

Me sentí halagado. Cinco dólares habría sido lo normal y diez excesivo.

—Se lo agradezco mucho —dije con amabilidad—, pero no soy un portero ni un recepcionista. El señor Wolfe tiene distintos hombres para distintas funciones, y la mía es recordar poesías guardadas en cajas de seguridad. Es lo único que hago.

Mientras devolvía el billete a la cartera, declaró, sin alterarse en lo más mínimo:

—En un momento y un lugar más propicio le daré una paliza que no olvidará.

Ya ven por qué quería yo que le conociesen. Esto puso fin a la conversación. Para entretenerme mientras sorteábamos el tráfico, pensé en lo que podía decirle, pero después de todo era su taxi y había sido muy amable . ofreciéndome los veinte dólares. Cuando el taxi se detuvo en la calle Treinta y cinco sólo dije: «Hasta un momento y un lugar más propicios», y me apeé.

En el *drugstore* de la esquina entré en una cabina telefónica, marqué nuestro número, hablé con Wolfe y me enteré de que no había llegado ninguna visita. Quizá no fuese muy importante saber si Homicidios seguía a los cinco concursantes, o prestaba una atención especial a la señorita Frazee, pero no estaría de más averiguarlo, de modo que me dirigí hacia la casa del doctor Vollmer, a treinta metros de la de Wolfe, y me oculté tras el seto del jardín, desde cuyo lugar divisaba nuestro porche de entrada. El reloj marcaba las tres y diez. Naturalmente, esperaba un taxi y no estaba interesado por los peatones, hasta que eché una ojeada casual hacia el

oeste y vi que una mujer subía los siete escalones de nuestro porche, así que salí de mi escondite y cerré el paso a la figura que se aproximaba: Art Whipple de Homicidios Oeste. El se detuvo en seco, abrió la boca y la cerró.

—No le diré nada —le aseguré—. ¿A no ser que usted quiera darle un mensaje?

—Váyase al infierno —sugirió él.

—En un momento y un lugar más propicios. Seguramente ella estará con nosotros alrededor de una hora. Si quiere ir a echar un trago en Tony's, le telefonaré antes de que se marche. Suerte.

Seguí andando hacia nuestra casa y

estaba subiendo los escalones cuando la puerta se abrió unos centímetros y la voz de Fritz preguntó:

—¿Su nombre, por favor, señora?

Le contesté yo, de modo que descorrió el cerrojo y abrió, y entonces le pedí a la visitante que entrara. Mientras Fritz se encargaba de la puerta me ofrecí a colgarle el abrigo, un modelo de lana marrón que habría conocido tiempos mejores, pero ella contestó que no era necesario y que se llamaba Wheelock.

La precedí hasta el despacho y anuncié a Wolfe: «La señora de James R. Wheelock, de Richmond, Virginia». Después abrí la caja fuerte, arranqué las

cuatro hojas del cuaderno que había escrito, las metí en el compartimento interior, cerré la puerta e hice girar el disco de la combinación, y cerré la puerta exterior. Cuando llegué a mi mesa, Carol Wheelock estaba en la butaca de cuero rojo, con el abrigo doblado sobre el respaldo.

Según los informes era ama de casa, pero su casa debía estar a punto de quedarse sin ama. Daba la impresión de no haber comido en una semana y no haber dormido en un mes. Tras una buena temporada de sobrealimentación y reposo, habría podido adquirir un aspecto agradable y ser una esposa muy satisfactoria para un hombre con

aspiraciones normales, pero costaba imaginárselo. Sólo sus ojos destacaban en su rostro macilento. Eran oscuros, hundidos, y revelaban un gran fuego interior.

—Debo confesarle —manifestó en voz baja y sin inflexiones, que yo no quería venir, pero el señor O'Garro ha declarado que era absolutamente necesario. He resuelto no decir nada a nadie. Pero si usted tiene algo que decirme, adelante.

Wolfe la miraba con el ceño fruncido, y a mi me hubiera gustado aclararle que no significaba nada personal, sino tan sólo que el espectáculo de una mujer desnutrida le

era penoso, y que el de una mujer desnutrida hasta tal punto le era intolerable. Al fin habló.

—Sabrá, señora Wheelock, que represento a la empresa Lippert, Buff y Assa, la cual ha organizado el concurso de Productos Heery.

—Sí, el señor O'Garro me lo ha dicho.

—Realmente, tengo algo que decirle, pero no mucho. En primer lugar, he hablado con una de las concursantes, la señorita Gertrude Frazee. Quizá sepa que es la fundadora y presidenta de una organización llamada la Liga de Mujeres Naturales. Ella admite que unas trescientas afiliadas la han ayudado en

el concurso, lo cual no es una infracción del reglamento. No admite haberles telefonado los versos que se distribuyeron anoche, y que ahora estén trabajando en ellos, pero no sería ilógico suponerlo así. ¿Tiene usted algo que comentar?

Ella le miraba fijamente, con la boca abierta.

—Trescientas —dijo.

Wolfe asintió.

—Esto es injusto. Es..., no puede hacerlo. Ustedes no pueden permitírselo.

—Quizá no tengamos alternativa. Si no ha violado las normas o algo que convinieran anoche, ¿qué podemos hacer? Este es un aspecto de la grotesca

situación creada por el asesinato de Louis Dahlmann.

—Hablaré con los demás. —El fuego que revelaban sus ojos se avivó —. No lo consentiremos. Nos negaremos a seguir adelante con esos versos. Insistiremos en que nos den otros cuando nos autoricen a marcharnos.

—Esto satisfaría enormemente a la señorita Frazee. Enviaría sus respuestas antes del plazo y exigiría el primer premio, y si no lo obtuviera podría entablar una demanda y seguramente ganarla. Deberá recurrir a algún otro medio si quiere vencerla..., emularla, quizá. Naturalmente, ustedes también

han tenido ayuda..., su marido, sus amigos; avíselos.

—No he tenido ayuda.

Se echó a temblar, primero las manos y luego los hombros, y yo pensé que nada podría evitarlo, pero ella hizo algo que jamás habría esperado ver. Mujeres de todas las edades, configuraciones y tamaños han empezado a tener un ataque en este despacho. Algunas veces he llegado a tiempo con un buen trago de coñac, otras lo he impedido con una bofetada o un contacto físico, y otras he tenido que soportarlo, con Wolfe fuera de la habitación porque no resiste. Me levanté y me dirigí hacia ella, pero entonces vi

que me sacaba la lengua. «Caramba», pensé, pero no era eso. Sólo estaba poniendo la lengua entre los dientes para sujetarla. El extremo se hinchó y curvó hacia arriba y se tornó púrpura, pero ella apretó con más fuerza. No resultaba agradable, pero fue efectivo, dejó de temblar, abrió los puños y los cerró, y volvió a abrirlos, y enderezó los hombros. Luego recuperó la lengua. Pensé en darle una palmadita antes de regresar a mi butaca, como premio por una actuación tan notable, pero decidí que una mujer capaz de reprimir un ataque así en diez segundos no debía aceptar las palmaditas con agrado.

—Les pido perdón —dijo.

—Coñac —me indicó Wolfe.

—No —dijo ella—. Me encuentro bien. No podría tomar coñac. Supongo que ha sido por lo que usted ha comentado sobre la ayuda. Yo no he tenido ninguna. Las primeras semanas no estuvieron mal, pero luego se complicaron, y más adelante, cuando se pusieron difíciles de verdad..., no sé cómo lo hice. Había resuelto no decir nada, pero cuando usted me ha contado que la señorita Frazee disponía de trescientas mujeres para ayudarla..., bueno, tengo treinta y dos años, dos hijos y un marido que es contable y gana cincuenta dólares semanales. Yo era maestra antes de casarme. Hacía dos

años que me había resignado a ir tirando, pero entonces vi este concurso y decidí ganarlo. Tendré un bonito hogar y un coche —dos coches, uno para mi marido y otro para mí—, y tendré algo de ropa, y enviaré a mi marido a la escuela para que sea contador público. El día que vi el anuncio en el periódico, aquel día asumí el mando. Ya sabe a qué me refiero.

—En efecto, lo sé —murmuró Wolfe.

—Así que cuando los versos se complicaron no había nadie que pudiera ayudar me y, de todos modos, si hubiese encontrado a alguien habría tenido que compartir el premio. Apenas dormí o

comí durante las últimas siete semanas de la fase inicial del concurso, pero lo peor fue cuando nos enviaron cinco versos para resolver en una semana. Aquella semana no me acosté, y temía que una de las respuestas estuviera equivocada, y no la remití hasta unos minutos antes de medianoche; fui a la oficina de correos y les hice matasellar el sobre delante de mí. Después de todo esto, ¿cree que permitiré que alguien lo consiga haciendo trampa? ¿Con trescientas mujeres trabajando mientras no nos dejan regresar a casa?

Después de verla reprimir el ataque, no me parecía que fuese a dejarse arrebatar lo que había decidido obtener,

con o sin trampas.

—Es claramente injusto —concedió Wolfe—, pero dudo de que pueda calificarse de trampa, al menos en el sentido legal. Y en cuanto a hacer trampa, es posible que algún otro haya tenido una idea más atrevida que la de la señorita Frazee y la haya puesto en práctica. Matar al señor Dahlmann para obtener las respuestas.

—No diré nada sobre esto —declaró ella—. He decidido no hacerlo.

—La policía ha hablado con usted, naturalmente.

—Sí. Por supuesto que han hablado. Horas y horas.

—Y le han preguntado qué pasó

anoche cuando el señor Dahlmann enseñó un papel y dijo que contenía las respuestas. ¿Qué les ha contestado?

—No hablaré sobre esto.

—¿Es lo que le ha dicho a la policía? ¿Que no hablará sobre esto?

—No. Entonces no lo había decidido. Lo he decidido más tarde.

—¿Después de consultar con alguien?

Meneó la cabeza.

—¿Con quién iba a consultar?

—No lo sé. Con un abogado. Podía haber llamado a su marido.

—No tengo abogado. No habría llamado a mi marido..., sé lo que habría dicho. El cree que estoy loca. De todos

modos, no podría pagar a un abogado porque no tengo dinero. Ellos me pagaron el viaje y el hotel, pero no los imprevistos. He llegado tarde a la cita con usted porque me he equivocado de autobús. No he consultado con nadie. He tomado la decisión yo sola.

—¿Así que ha dicho a la policía lo que pasó cuando el señor Dahlmann mostró el papel?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no decírmelo a mí?, le aseguro, señora, que sólo me interesa una cosa, en nombre de mis clientes, que es asegurarme de que los premios sean justamente otorgados. Comprenderá usted que esto será muy

difícil si, de hecho, uno de los concursantes robó el papel del señor Dahlmann y este papel contiene las respuestas. Se da cuenta, ¿verdad?

—Sí.

—Sin embargo, mis clientes creen que el papel no contenía las respuestas, que el señor Dahlmann sólo estaba bromeando, y que por lo tanto nadie ha visto las respuestas. ¿Rechaza usted ese punto de vista?

—No.

—¿Lo acepta?

—Sí.

—Entonces debe haber dicho a la policía que cuando el señor Dahlmann exhibió el papel usted lo tomó como una

broma, y la consecuencia es obvia: sería absurdo sospechar que usted fue a su apartamento y le mató para obtenerlo. Así que es razonable suponer que no es usted sospechosa... Archie, tu llamada desde la esquina. ¿Has visto a alguien?

—Sí, señor. A Art Whipple. Estuvo aquí por el caso Heller.

—Cuéntaselo a la señora Wheelock. La miré.

—Estaba dando un paseo por la calle cuando usted ha llegado, y he visto que un detective de Homicidios la seguía. He hablado un momento con él. Si quiere identificarle cuando se marche, es aproximadamente de mi estatura, arrastra un poco los pies y

lleva un traje gris oscuro y un sombrero de fieltro gris.

—¿Me seguía?

—Así es.

Sus ojos me dejaron por Wolfe.

—¿No es lo que suelen hacer? —

Pero su mano izquierda había empezado a temblar, y tuvo que agarrarla con la otra y sujetarla con fuerza. Wolfe cerró los ojos, esperando probablemente un nuevo control lingual. En cambio, se levantó e inquirió—. ¿Puedo ir al... lavabo?

Le respondí que sí, naturalmente, y fui a abrirle la puerta del que comunicaba con el despacho, a la izquierda de mi mesa, y ella entró y

cerró la puerta a su espalda.

Estuvo allí un buen cuarto de hora sin hacer ningún ruido. Los tabiques, como todas las paredes interiores de la planta baja, están insonorizados, pero yo tengo un oído muy fino y no oí absolutamente nada. Dije algo a Wolfe, pero él sólo gruñó. Al cabo de unos minutos miró el reloj de pared; las cuatro menos veinte. A partir de entonces lo miré cada dos minutos; a las cuatro en punto subiría al invernadero. Sólo faltaban nueve minutos cuando la puerta se abrió y ella se reunió con nosotros.

Fue hasta la mesa de Wolfe y se plantó frente a él.

—Le ruego que me perdone —dijo con su voz baja y sin inflexiones—. He tenido que tomar unas pastillas. La comida del hotel es muy buena, pero no puedo probar bocado. Apenas como desde hace algún tiempo. ¿Quiere decirme algo más?

—Leche con tostadas —dijo Wolfe bruscamente—. Mi cocinero, Fritz Brenner, se lo preparará. Siéntese.

—No podría tragar nada. En serio.

—Entonces, un caldo muy caliente. El nuestro. Puede estar listo en ocho minutos. Yo tengo que dejarla, pero el señor Goodwin...

—No podría. Volveré al hotel para hablar con los demás sobre la señorita

Fraze... , creo que será lo mejor... Bueno, lo pensaré en el autobús. Eso es hacer trampa. —Se volvió hacia el abrigo doblado sobre el respaldo de la butaca, y yo me adelanté y la ayudé a ponérselo.

Sabiendo lo llenos que iban los autobuses a esa hora del día, y pensando que no arruinaría a la LBA, la obligué a aceptar un dólar para un taxi, pero tuve que explicarle que lo incluiríamos en la lista de gastos antes de que lo tomara. Cuando, en el vestíbulo, hube cerrado la puerta tras ella y me volví, Wolfe estaba allí, abriendo la puerta de su ascensor.

—Has metido las respuestas en la caja fuerte —declaró.

—Sí, señor, en el compartimento interior.

Le he dicho por teléfono que Buff O'Garro y Talbott Heery se hallaban presentes, pero no le he contado que Heery me ha acompañado en un taxi para poder ofrecerme veinte dólares si le dejaba pasar a verle inmediatamente. Le he contestado que...

—Palabra por palabra, por favor.

Se las repetí una por una, lo que no fue nada, considerando las veces que me había pedido una relación exacta de mis entrevistas de una tarde con cinco o seis personas sin omitir un solo detalle. Al final, añadí:

—De todos modos, Heery no podía

darme una paliza sin alguien para sujetarme. ¿Quiere que busquemos un hueco para recibirle?

Dijo que no, que Heery podía esperar, y entró en el ascensor y cerró la puerta, y yo fui al despacho. Tenía algunas tareas rutinarias por hacer, así como mecanografiar mis apuntes de las conversaciones con la señorita Frazee y la señora Wheelock. Sin embargo, no creía que nada de lo declarado por ellas fuese a hacer historia. Wolfe había intentado sonsacarlas, esperando arrancarles alguna información que le sirviera de punto de partida, método que le había proporcionado resultados espectaculares más de una vez, pero en

este caso tal vez se requiriese un sistema más rápido. Eran cinco personas, lo que llevaría mucho tiempo, y el tiempo estaba severamente racionado. Antes de la medianoche del veinte de abril.

Estaba transcribiendo las notas de la Frazee cuando el teléfono me interrumpió, y en mi respuesta a mi «Despacho de Nero Wolfe, Archie Goodwin al habla», una voz masculina dijo: «Quiero hablar con el señor Wolfe. Soy Patrick O'Garro.»

Sin duda habían renunciado a sus costumbres. Lo normal habría sido que se lo dijera a su secretaria, y ésta me habría llamado y desperdiciado cinco minutos intentando convencerme de que

avisara a Wolfe. La explicación más lógica era que deseaba guardar el secreto hasta el punto de ocultar a sus mismos empleados que habían contratado a Nero Wolfe.

—Está ocupado —dije—, y si le interrumpo por una llamada telefónica ha de ser importante. ¿No puede darme el recado?

—Quiero preguntarle si ha hecho algún progreso...

—Si es así, no me lo ha comunicado. Les ha dicho que les informaría esta noche. Ha visto a la señorita Frazee y a la señora Wheelock. ¿Qué hay de los otros?

—Por eso telefoneo. Susan Teacher

estará ahí a las seis y Harold Rollins a las siete, pero Younger no puede ir. Guarda cama en el hotel, con palpitaciones. Le han llevado en ambulancia desde la oficina del fiscal del distrito. No ha querido ingresar en un hospital. El médico le ha visto y dice que no es grave, pero se quedará en cama hasta que vuelva a visitarle mañana.

Le dije que informaría a Wolfe y le pedí el número de la habitación de Younger. En cuanto hube colgado tomé el teléfono interior y llamé al invernadero, y Wolfe contestó al momento:

—¿Y bien?

—O'Garro acaba de telefonar. Uno viene a las seis y otro a las siete, pero Younger ha empezado a tener palpitaciones en la oficina del fiscal del distrito y está en cama en el hotel. ¿Quiere que vaya a charlar con él?

—Tiene que estar de vuelta a las seis. Le dije que estarla y la comunicación se cortó.

Había un pequeño problema. Años antes, después de cierto episodio, me había prometido a mí mismo que nunca efectuaría una diligencia relacionada con un caso de asesinato sin llevar un arma, pero éste no era un caso de asesinato según los términos convenidos. El trabajo consistía en

descubrir a un ladrón. Llegué a la conclusión de que esto era un sofisma, saqué mi pistolera del cajón y me la puse, cogí el Marley 32, lo cargué y lo introduje en la funda, fui al vestíbulo y llamé a Fritz para que echase el cerrojo cuando yo hubiera salido.

# 6

Era lógico suponer que la supervisora del piso dieciocho del Churchill se mostraría obstinada, ya que los periodistas estaban al acecho del quinteto, de modo que me anticipé a ella hablando primero con Tim Evarts, mano derecha del agente de seguridad del hotel, que me debía un pequeño favor. Consintió en telefonearía, después de hacerme prometer que no provocaría ningún incendio ni encontraría ningún cadáver, y ella se limitó a mirar a ambos

lados de mi tarjeta y un lado de mi persona y me dejó seguir adelante.

La habitación mil ochocientos veintiséis estaba hacia la mitad de un largo pasillo. No se veía a nadie más que una camarera con toallas, y deduje que los empleados municipales no habían llegado a invadir el hotel en su afán de vigilancia. Mi primera llamada a la puerta de la mil ochocientas veintiséis me valió una invitación para entrar, no demasiado audible, de modo que abrí la puerta, entré y vi que la LBA había sido generosa con sus huéspedes. Era una habitación del tamaño de quince dólares, con las camas gemelas contra la pared de la izquierda. En una de ellas,

debajo de las mantas, se hallaba el viejo King Cole, con resaca, el blanco cabello revuelto y los ojos apagados.

Me acerqué.

—Soy Archie Goodwin —le dije—. De Nero Wolfe, en nombre de Lippert, Buff y Assa. —Había una silla y me senté—. Necesitamos aclarar unos cuantos puntos sobre el concurso.

—Basura —dijo él.

—Esto no me sirve —declaré—. Tendrá que explicarme. ¿Es el concurso una basura, o lo soy yo, o qué?

Cerró los ojos.

—Estoy enfermo. —Los abrió—. Mañana me encontraré mejor.

—¿Está demasiado enfermo para

hablar? No quiero ponerle peor. Ignoro lo grave que es tener palpitaciones.

—No tengo palpitaciones. Tengo una taquicardia paroxismal, y nunca es grave. Ahora mismo estaría levantado y circulando si no fuese por una cosa: hay demasiados tontos. Las molestias de la taquicardia paroxística se ven incrementadas por el temor, la ansiedad, la aprensión y el nerviosismo, y yo tengo todo eso por culpa de los tontos.

Se incorporó sobre un codo, cogió un vaso de agua de la mesilla de noche, bebió el equivalente a una cucharada y dejó el vaso. Cambió de posición un par de veces y terminó echándose de lado, de cara a mí.

—¿Qué clase de tontos? —pregunté cortésmente.

—Usted es uno de ellos. ¿No ha venido a preguntarme de dónde saqué el arma con la que maté a ese Dahlmann?

—No, señor. Hablando en nombre de Nero Wolfe, no estamos interesados en la muerte de Dahlmann, salvo en lo que afecta al concurso y suscita problemas que deben resolverse.

Soltó un bufido.

—Ahí tiene. Basura. ¿Por qué afectaría eso al concurso? Fue sólo por casualidad que le mataron anoche, una mujer celosa o alguien que le odiaba o quería ajustarle las cuentas, y sólo porque sucedió anoche piensan que

estuvo relacionado con el concurso. Incluso piensan que lo hizo uno de nosotros. Sólo un tonto pensaría tal cosa. Supongamos que yo le creí cuando nos enseñó aquel papel y dijo que eran las respuestas, y supongamos que decidí matarlo y conseguirlo. Averiguar dónde vivía habría sido muy fácil, ya que debe constar en la guía telefónica. Así que fui allí, y lograr que me dejara entrar fue igualmente fácil, pues pude decirle que no estaba de acuerdo con algún punto del convenio y quería discutirlo con él. Encontrar una oportunidad para dispararle quizá habría sido más difícil, ya que él podría tener la ligera sospecha de que mis intenciones eran quitarle el

papel, pero supongamos que la encontré. Así que le maté y cogí el papel y volví a mi habitación del hotel y ¿adónde me conduce eso?

Meneé la cabeza.

—Usted dirá.

—He cavado un agujero y me he metido en él. Si el concurso sigue adelante sobre la base de esas respuestas, no me queda la menor oportunidad, porque nos retendrán en la jurisdicción, o si me voy a Chicago antes de que encuentren el cadáver me invitarán a volver y tendré que venir, y si envío las respuestas correctas antes de que finalice el plazo, no podré explicar cómo las he obtenido. Si no

siguen adelante con esas respuestas, si las anulan y nos dan unos versos nuevos, lo único que consigo por matar a un hombre es la perspectiva de que me electrocuten. Así que son tontos por pensar que uno de nosotros lo hizo. Basura.

—Hay otra posibilidad —objeté—. ¿Y si usted mismo fuera un tonto? Admito que su análisis es muy brillante, pero ¿y si al ver el papel y pensar en el medio millón de dólares perdió la cabeza y le mató, y no se detuvo a analizar la situación hasta después? Y cuando al fin la analizó y vio dónde estaba, por ejemplo en la oficina del fiscal del distrito, se le disparó el

corazón, diga usted lo que diga.

Se volvió sobre la espalda y cerró los ojos.

Yo me quedé mirándole. Respiraba un poco más de prisa de lo normal, y un músculo de su cuello se crispó un par de veces, pero no observé indicio alguno de crisis. No le había matado el susto y, en todo caso, sólo había prometido a Tim Evarts que no encontraría un cadáver, no que me abstendría de ocasionarlo.

Se volvió nuevamente de lado.

—Por alguna razón —dijo— tengo ganas de ofrecerle una copa. Quizá sea porque se parece un poco a mi yerno. En mi maleta hay una botella de whisky

escocés que él me regaló. Sírvase usted mismo. Yo de momento no quiero.

—Gracias, pero no. En otra ocasión.

—Como guste. Acerca de si soy un tonto, lo fui hace veintiséis años, en mil novecientos veintinueve. Había reunido un par de millones de dólares y todo se evaporó. Hubo otros cincuenta millones de tontos, pero creo que eso no me produjo ningún consuelo. Pensé que bastaba con una sola vez y me hice vendedor de máquinas sumadoras, y no he invertido un centavo más en la bolsa. Hace unos años mi yerno me convenció de que me retirase porque a él le iba muy bien como arquitecto, y no puedo quejarme; me daba muy buena vida, pero

siempre he necesitado hacer algo, y un día vi el anuncio de este concurso, y cuando quise darme cuenta estaba metido hasta el cuello. Decidí obsequiar a mi hija y mi yerno con un buen regalo.

Tosió, cerró los ojos y jadeó un poco, y luego prosiguió:

—La cuestión es que ya hace veintitrés años que me porté como un tonto, y si usted y esos otros tontos quieren saberlo, una vez fue suficiente. Sólo hay una cosa que me interesa, y es ésta: ¿qué van a hacer con el concurso? En estas circunstancias es un fraude, y me opondré. Esa joven, Susan Tescher, vive aquí en Nueva York y es investigadora de la revista *Clock*. En

este momento ya debe estar trabajando...  
y mire dónde estoy yo, me opondré.

—¿Cómo? —pregunté.

—Esta es la cuestión. —Se pasó las yemas de los dedos por la mejilla derecha y luego por la izquierda—. Hoy no me he afeitado. No veo ninguna razón para ocultarle la idea que se me ha ocurrido.

—Yo tampoco.

Tenía los ojos fijos en mi, y no estaban apagados.

—Me parece que es usted un joven sensato.

—Lo soy.

—También es posible que la señorita Tescher sea una joven sensata.

Si se empeña en seguir adelante basándonos en lo que acordamos anoche, después de lo que ha sucedido, quizá llegue a desear no haber oído jamás hablar del maldito concurso. Creo que el resto de nosotros podríamos ir a verla y sugerirle que lo dividamos en cinco partes. Los cinco primeros premios ascienden a ochocientos setenta y cuatro mil dólares, de modo que tocaría a ciento setenta y cuatro mil por cabeza. Creo que eso satisfaría a todo el mundo, y supongo que ustedes no tendrían nada que objetar. En estas circunstancias... ¿No han llamado a la puerta?

—Eso me ha parecido.

—Les he dicho que no quería... Oh, bueno, ¡entre!

La puerta se abrió con lentitud y dio paso a Carol Wheelock, sin abrigo ni sombrero. Estaba levantándose cuando se detuvo y parecía a punto de dar media vuelta y desaparecer, cuando hablé.

—Hola, ¿qué tal? Pase, pase.

—Deje la puerta abierta —pidió Younger.

—Yo estoy aquí —le dije.

—Lo sé. Con una mujer en la habitación del hotel, la puerta se queda abierta.

—No debería haber venido. — Permaneció en el mismo lugar donde estaba—. Debería haber telefoneado,

pero con todas las escuchas telefónicas...

—No se preocupe. —Acerqué otra silla a la cama—. El señor Younger está descansando porque ha tenido un ligero paroxismo, nada grave.

—Basura —dijo Younger—. Siéntese. De todos modos, quiero hablar con usted.

Aún titubeó un poco, pero luego se acercó y tomó asiento. Si había comido algo, no se veían los resultados. Me miró.

—¿Sabe lo de la señorita Frazee?  
Meneé la cabeza.

—Aún no había llegado a esta parte.  
Miró a Younger.

—No he podido localizar a la señorita Tescher, y quería hablar con usted antes que con el señor Rollins. Sabrá que la señorita Frazee es la presidenta de la Liga de Mujeres Naturales. Recordará que se mencionó anoche, y el señor Dahlmann bromeó al respecto. Le parecía divertido que ella ganara un premio, y naturalmente iba a ganarlo, uno de los cinco primeros.

—No me hizo ninguna gracia — declaró Younger.

Ella no discutió.

—Bueno, él debió pensar que sí. Lo que quería decirle es que trescientas mujeres, miembros de su liga, han colaborado con la señorita Frazee en el

concurso, y ella les telefoneó los versos que recibimos anoche, y ahora mismo están intentando resolverlos..., trescientas mujeres.

—Un momento —intervine yo—. Como el señor Wolfe le ha dicho, ella ha admitido que la ayudan, pero no que tengan los nuevos versos. Esto es una suposición. Reconozco que es posible.

Younger se había incorporado sobre un codo y la chaqueta desabrochada del pijama dejó ver un pecho velludo.

—¿Trescientas mujeres? —inquirió.

—Exacto. Así pues, dudo que la señorita Frazee acepte su plan de dividirlo en cinco partes. Tendrá que discurrir...

—¡Salga! —ordenó. No a mi; se dirigía a la señora Wheelock—. Salga de aquí. Voy a levantarme y no llevo puestos los pantalones... ¡Espere un minuto! ¿Estará en su habitación? Quédese en su habitación hasta que sepa algo de mí. Voy a buscar a Rollins y nos opondremos. Armaremos un revuelo que sacudirá los cimientos de la ciudad. ¡Quédese en su habitación!

Apartó las mantas de un puntapié, demostrando que no había mentido respecto a los pantalones, y ella echó a correr. Yo miré el reloj y cogí el sombrero.

—Tengo una cita —le dije—, y, de todos modos, usted estará muy ocupado.



# 7

En el invernadero de la azotea era época de abonar las *Catleya*. En la habitación templada, la primera después del descansillo, las *Odontoflossum* estaban en su máximo esplendor, y en la habitación central, donde se encontraban las variedades tropicales, dos mesas de *Phalaenopsis*, las más difíciles de cultivar, invadían el pasillo con racimos de medio metro de longitud, pero en esta época el espectáculo se hallaba en la tercera habitación. De las catorce clases

de orquídeas de Wolfe mi favorita era la Reineckiana, con sus tonos blancos, amarillos, lilas y violetas. Pero en esta ocasión sólo tuve tiempo de echarles una ojeada al pasar.

Wolfe, que estaba lavándose las manos y hablando con Theodore, me recibió con un gruñido.

—¿Es tan importante que no podía esperar?

—Pura retórica —dije yo—. Son las seis menos diez y la señorita Tescher puede haber llegado cuando usted baje, y he supuesto que quería un informe sobre Younger antes de verla. Si no, iré a admirar las orquídeas.

—Muy bien. Ahora ya está aquí.

Le relaté la entrevista palabra por palabra.

El no hizo preguntas ni comentarios. Después, con las manos y uñas limpias, se acercó al banco de trabajo para mirar con desconcierto un mustio ejemplar plantado en una maceta.

—Mira esta *Oncidium varicosum* —refunfuñó—. Muerta en primavera. Es la primera vez que sucede y no tiene explicación. Theodore cree que...

El zumbido del teléfono interior me impidió enterarme de lo que Theodore creía. En cambio, me enteré de lo que había trastornado a Fritz en la planta baja.

—Archie, tú sólo me has dicho que

dejara entrar a la señorita Susan Tescher. Ha venido, pero hay tres hombres con ella. ¿Qué hago?

—¿Les has abierto?

—Claro que no. Están afuera y ha empezado a llover.

Le dije que bajaría en seguida, comuniqué a Wolfe que la señorita Tescher había llegado con escolta y me fui. Raramente utilizo el ascensor y nunca trato de introducirme en él junto con Wolfe. Bajé los tres tramos de escalera hasta el vestíbulo y, a través del cristal de una sola cara, vi que Fritz estaba en lo cierto. Una mujer y tres hombres aguantaban estoicamente el chaparrón primaveral, lanzando miradas

feroces en mi dirección a pesar de no verme. Los hombres eran desconocidos, pero no detectives, a menos que hubieran cambiado su aspecto habitual sin decírmelo, y consideré innecesario dejar que siguieran mojándose, de modo que descorrí el cerrojo, abrí la puerta y entraron. Habría sido de esperar que los hombres hiciesen algún comentario sobre la lluvia, pero se limitaron a quitarse los abrigos sin decir una sola palabra.

La mujer declaró con voz clara y fuerte:

—Soy Susana Tescher.

Le dije quién era yo y le colgué el abrigo.

Era bastante alta, esbelta pero no delgada, y muy bien parecida. Mi primera impresión, a la que suelo conceder mucha importancia, fue que iba bien vestida, aunque llevaba unos pendientes un tanto extravagantes, esferas de reloj esmaltadas del tamaño de una moneda de veinticinco centavos. Tenía unos ojos grises y un brillante cabello castaño, así como un cutis muy bonito.

Cuando nos dirigíamos hacia el despacho se abrió la puerta del ascensor y apareció Wolfe, que se detuvo frente a ella.

—Soy Susan Tescher —dijo.

—Yo soy Nero Wolfe. ¿Y estos

caballeros?

Ella les fue señalando con una mano.

—El señor Hibbard, del equipo de asesores legales de *Clock*. —El señor Hibbard era alto y flaco—. El señor Schultz, un director adjunto de *Clock*. —El señor Schultz era alto y corpulento—. El señor Knudsen, un director general de *Clock*. —El señor Knudsen era alto y huesudo.

Yo me había adelantado, con objeto de poder acomodar a la señorita Tescher en la butaca de cuero rojo, que era donde Wolfe siempre quería el blanco, sin protestas de ninguna clase. No hubo problemas. Los hombres se conformaron con las tres sillas que les asigné, a mi

derecha y frente a la mesa de Wolfe. Los tres cruzaron las piernas, se recostaron y unieron las manos. Cuando saqué el bloc de notas, Schultz llamó la atención a Hibbard, e Hibbard llamó la atención de Knudsen, pero no hicieron comentarios.

—Si no es demasiada molestia —dijo Wolfe—, querría saber a qué se debe la presencia de tantos caballeros.

Les miraba a ellos, pero quien contestó fue la señorita Tescher:

—Supongo que sabe que soy subdirectora e investigadora de *Clock*.

—Al menos lo sé ahora.

—La publicidad sobre el concurso, después de lo que sucedió anoche y esta mañana, y mi conexión con él, han sido

discutidas esta tarde en una conferencia. Puedo decirle confidencialmente que incluso ha asistido el señor Tite. Creía que iban a despedirme, pero el señor Tite es un hombre muy justo y muy leal con sus empleados. Sólo he trabajado para el concurso durante mi tiempo libre, pero es que soy una investigadora muy experimentada. Se ha decidido que el señor Hibbard, el señor Knudsen y el señor Schultz me acompañaran. Quieren estar presentes por si necesito su consejo.

—¿Es abogado el señor Hibbard?

—Sí.

—¿Es su agente legal?

—Pues... , yo no... —miró a Hibbard

y éste movió la cabeza de derecha a izquierda—. No —dijo—, no lo es. —Levantó la cabeza—. Quiero dejar algo en claro.

—Adelante.

—Sólo he venido aquí como un favor a Lippert, Buff y Assa, porque el señor Assa me lo ha pedido. Las condiciones para romper el empate del concurso fueron acordadas por todos nosotros en la reunión de anoche, y sólo pueden alterarse cambiando de acuerdo, que sigue siendo el mismo. Así que en realidad no hay nada que discutir. Yo lo veo de este modo y querría que usted lo supiera.

Wolfe emitió un gruñido. Ella

prosiguió:

—Naturalmente, no hay nada personal en ello; quiero decir, nada personal contra usted. Da la casualidad de que sé muchas cosas sobre usted, pues lo investigué hace dos años, cuando figuraba en la lista de candidatos para la portada de Clock, pero no me pregunte por qué no le escogieron, porque no lo sé. Claro que siempre hay docenas de personas en la lista, y no pueden...

Knudsen carraspeó bastante fuerte y ella le miró. Yo no observé ninguna otra señal, pero evidentemente ella no la necesitó. Dejó la frase en suspenso. Se volvió de nuevo hacia Wolfe.

—Así pues —dijo—, no es personal. Es sólo que no hay nada que discutir.

—Desde su punto de vista —concedió Wolfe—, es probable que no lo haya. Y naturalmente, para usted, como resultado de la peculiar constitución del ego humano, su punto de vista es el único válido. Pero su ego chocará con otros egos, y los esfuerzos para neutralizar el choque pasándolo por alto raramente han triunfado. Con frecuencia es aconsejable, y a veces necesario, ceder un poco de terreno. Por ejemplo, supongamos que le pido una información de la que usted no tiene el monopolio porque hay otros que la

comparten. Supongamos que le pregunto: en la reunión de anoche, después de que el señor Dahlmann enseñara el papel y dijera que contenía las respuestas, ¿qué comentaron los concursantes al respecto? ¿Qué dijo usted, y qué oyó decir a los demás?

—¿Está suponiendo o preguntando?

—Estoy preguntando.

Miró a Knudsen. Este movió la cabeza. A Schultz. Este movió la cabeza. A Hibbard. Este movió la cabeza. Se volvió de nuevo hacia Wolfe.

—Cuando el señor Assa me ha pedido que viniera a verle ha dicho que era por algo relacionado con el concurso, y esto no tiene nada que ver

con él.

—Así, pues, ¿se niega a contestar?

—Sí, creo que debo hacerlo.

—La policía también se lo habrá preguntado. ¿Tampoco ha querido contestarles?

—No creo que deba decirle nada sobre lo que la policía me ha preguntado o lo que yo les haya contestado.

—No, evidentemente, nada acerca de lo que los otros concursantes le hayan dicho a usted o usted les haya dicho a ellos.

—Mis contactos con los otros concursantes han sido muy limitados. Sólo les vi en la reunión de anoche.

Wolfe levantó una mano y se pasó

varias veces la yema de un dedo a lo largo de la nariz. Se estaba mostrando paciente.

—Si me lo permite, señorita Tescher, le diré que mis contactos con los demás concursantes, míos y del señor Goodwin, han sido un poco más amplios. Se han sugerido varias soluciones. Una era que ustedes cinco consintiesen en sumar los cinco primeros premios y que cada uno aceptara una quinta parte del total. La sugerencia no procede de mis clientes ni de mí; yo me limito a preguntarle, imparcialmente, si usted tomaría en cuenta esa proposición.

Esta vez no necesitó que le

apuntaran.

—Claro que no. ¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Así que no reconoce que la clase de muerte del señor Dahlmann, y las circunstancias, exigen una reconsideración de todo lo relacionado con el concurso?

Echó la cabeza hacia adelante y eso me recordó algo, no supe qué. Dijo con lentitud, claridad y firmeza:

—No reconozco nada en absoluto, señor Wolfe.

Echó la cabeza hacia atrás y lo recordé. Un buitre que había visto en el zoo, exactamente el mismo movimiento. Aparte del movimiento, no había ningún

parecido; sin duda, el buitre no tenía un aspecto tan elegante como ella, ni llevaba pendientes, ni los labios pintados.

—A pesar de todo —insistió Wolfe —, hay otros egos y otros puntos de vista. Acepto la validez del de usted, pero no puedo prescindir de los de ellos. Cada uno de ustedes ha hecho una enorme inversión de tiempo, energía e ingenio. ¿Cuánto tiempo le ha dedicado usted desde el principio?

—No lo sé. Cientos y cientos de horas.

—El reglamento no prohibía la ayuda. ¿Ha tenido alguna?

—No. Una amiga mía me dejaba

usar su extensa biblioteca por la noche y antes de irme a trabajar, pero no me ayudaba. Soy una experta en cuestiones de investigación. Cuando nos dieron cinco versos y una semana de plazo, para romper el empate —eso fue el veintiocho de marzo—, me tomé una semana libre sin sueldo.

Wolfe asintió.

—Y, naturalmente, los otros hicieron sacrificios similares y soportaron tensiones similares. Mírelos ahora. De buen o mal grado, están retenidos aquí, lejos de su base de operaciones, sin tener culpa de nada..., excepto posiblemente uno de ellos, pero eso es discutible. En cambio, usted está en casa

y puede proceder como de costumbre. Dispone de una ventaja abrumadora y es fortuita. ¿Será capaz de seguir adelante sin ningún escrúpulo? ¿Cómo va a justificarse?

—No tengo que justificarme. Hicimos un convenio y no lo he roto. Y no puedo proceder como de costumbre, pues ahora estaría en la biblioteca, trabajando. Tengo otra semana libre, pero hoy se me ha pasado el día con la policía y la conferencia en la oficina, y ahora con usted. Trabajaré esta noche, pero no sé qué sucederá mañana.

—¿Aceptaría una invitación para reunirse con los demás y debatir un nuevo acuerdo?

—No, no hay nada que debatir.

—Es usted admirablemente testaruda, señorita Tescher. —Wolfe se recostó con los codos sobre los brazos de la butaca y unió las yemas de los dedos—. Le hablaré de la señorita Frazee, ya que ella está en una situación comparable a la de usted. Vive en Los Angeles, donde trescientas amigas suyas, miembros de una liga de la que ella es presidenta, la han ayudado desde el comienzo del concurso. Suponemos, aunque no estamos seguros, que les ha telefoneado los versos distribuidos anoche, y que ya han empezado a trabajar. Es una situación comparable a la de usted, aunque en modo alguno

idéntica. ¿Tiene algo que comentar?

Ella le miraba fijamente, estupefacta.

—Porque —continuó Wolfe— aunque no sea una infracción al reglamento o el acuerdo, sin duda es una ventaja injusta, incluso contra usted, puesto que ya ha perdido un día y nadie sabe cuánto la molestarán el resto de la semana; pero las amigas de la señorita Frazee pueden seguir trabajando con toda tranquilidad. ¿No cree que eso merece discutirse?

Por la expresión de Susan, le habría gustado discutirlo con la propia señorita Frazee, con uñas y dientes. Antes de recuperar el habla, Knudsen se levantó,

hizo una seña a los otros dos hombres y a Susan, y se dirigió hacia la puerta. Todos se pusieron en pie y le siguieron. Wolfe permaneció sentado. Ignorante de si daban por terminada la sesión o sólo querían tomarse un descanso. No me moví hasta ver que Schultz, el último en salir, cerraba la puerta que daba al vestíbulo, y entonces me pareció conveniente investigar y crucé el umbral. El cuarteto estaba apiñado junto al gran perchero de nogal.

—¿Necesitan ayuda? —pregunté con viveza.

—No —dijo Susan—. Estamos conferenciando.

Volví a entrar en el despacho, cerré

la puerta e informé a Wolfe:

—Están conferenciando. Si voy al salón y pego la oreja a la cerradura de la puerta del vestíbulo, quizá me entere de algo. Al fin y al cabo, es su casa.

—Bah —dijo él, y cerró los ojos.

Yo bostecé, me desperecé y miré mi reloj de pulsera. Las siete menos veinte.

Por segunda vez en el mismo día nos vimos sometidos a una larga espera. A las seis y cuarenta y cinco puse la radio para ver cómo habían quedado los Gigantes frente a los Phillies, y ni siquiera el resultado me animó. Habría ido a la cocina en busca de un vaso de leche, ya que la cena se retrasaría, pero el único camino atravesaba la parte

posterior del vestíbulo, y no quería interrumpir la conferencia. A las seis y cincuenta y cinco recordé a Wolfe que Harold Rollins llegaría al cabo de cinco minutos, y él se limitó a asentir sin abrir los ojos. A las siete y dos minutos sonó el timbre de la puerta y fui a abrir.

Agrupados todavía junto al perchero, se separaron cuando aparecí y me dieron la cara. Bajo la marquesina había un hombre solo. Pasé de largo a los conferenciantes, abrí la puerta y dije:

—¿El señor Rollins? Entre.

Mi propia idea habría sido hacerle esperar en el salón hasta que la conferencia hubiese terminado y

nosotros supiéramos el resultado, pero si Wolfe lo hubiera querido lo habría dicho, y yo siempre estoy dispuesto a complacerle, a menos que su ego choque con el mío. Así que tomé el sombrero y el abrigo de Rollios y le precedí en dirección al despacho.

Ya habíamos entrado y me disponía a cerrar la puerta cuando oí la voz de Susan:

—¡Señor Goodwin!

Acabé de cerrar la puerta desde el lado del vestíbulo. Mientras me acercaba, ella preguntó:

—¿No era ése uno de ellos? ¿El que se llama Rollins?

—Así es. Harold Rollins,

Burlington, Iowa, profesor de historia en el colegio Bemis.

Miró a sus compañeros. Todos ellos movieron la cabeza, de izquierda a derecha. Susan me miró.

—El señor Wolfe me ha preguntado si tenía algún comentario sobre lo que me ha dicho respecto a la señorita Frazee. Me ha preguntado si pensaba que valía la pena discutirlo. No tengo ningún comentario en este momento, pero lo tendré. Es un verdadero ultraje esperar que...

Knudsen se apresuró a tirarle de la manga y eso la detuvo. Ella le lanzó una mirada iracunda y luego volvió la cabeza hacia mí.

—¡No hay comentarios! —declaró con voz chillona, y alargó la mano hacia el perchero para descolgar el abrigo; los hombres descolgaron simultáneamente los suyos.

—Si los caballeros me lo permiten —dije yo, con suma amabilidad—, mi abuela de Ohio solía preguntarme si el gato se me había comido la lengua. Siempre he tenido curiosidad al respecto. ¿Fue un gato en su caso?

Ni en sueños. Ni un atisbo. Me di por vencido y abrí la puerta para dejarles salir.

# 8

Ya en el despacho, procedí a encender las luces antes de ir a mi mesa. Hay ocho luces distintas: una en el techo encima de un gran cuenco oriental de alabastro vetado, que se conecta por el interruptor de la pared, una en la pared detrás de la butaca de Wolfe, una sobre su mesa, una sobre mi mesa, una que ilumina el gran globo terráqueo, y tres para las estanterías. La de la mesa de Wolfe sirve únicamente para trabajar, o para hacer crucigramas. La que hay en la

pared detrás de él sirve para leer. A Wolfe le gusta tener encendidas todas las demás, y tras hacer la ronda me senté, cogí el bloc de notas y lancé una mirada a Harold Rollins.

—¿Se han marchado? —preguntó Wolfe.

—Sí, señor. Sin comentarios.

Rollins parecía cómodo en la butaca de cuero rojo, totalmente a gusto, aunque le habría bastado con una mucho más pequeña. No se había encogido por desnutrición como Carol Wheelock; tenía un aspecto bastante saludable, por lo que podía verse. Lo más destacable de su rostro era una boca grande y unas gafas de gruesa montura negra. La nariz

y la barbilla no se veían a menos que uno se concentrara.

Es difícil asegurarlo con gafas como aquéllas, pero al parecer estaba devolviéndome la mirada.

—Su nombre es Goodwin, ¿verdad?  
—preguntó.

Reconocí que así era.

—Entonces ha sido usted quien ha indisputado a ese Younger contra mí. No esperaré que le esté agradecido, ¿verdad? Porque no lo estoy. —Se volvió hacia Wolfe—. Empecemos de una vez. He aceptado venir, y he venido, sólo para pasar el rato. Estoy metido en este grotesco embrollo, y no veo el modo de salir de él con honor y

dignidad, así que, ¿por qué perderme la oportunidad de conocer a un sabueso eminente? —Sonrió y meneó la cabeza—. Sin ánimo de ofender. No estoy en situación de ofender a nadie. ¿De qué vamos a hablar?

Wolfe le miraba con atención.

—Considero, señor Rollins, que su abatimiento es excesivo. Mi cliente es la empresa de Lippert, Buff y Assa, pero en muchos aspectos los intereses de usted coinciden con los de ellos, y su honor y dignidad están relacionados con los de usted. Ambas cosas pueden salvarse; y además, usted puede conseguir una importante cantidad de dinero. ¿No le ha gustado lo que

proponía el señor Younger?

El seguía sonriendo.

—Comprendo que debo hacer algunas concesiones.

—¿Al señor Younger?

—A todos ustedes. Su marco de referencia es completamente distinto del mío; de hecho, a mí me parece muy despreciable, pero fue mi propia irreflexión la que me enredó en este asunto. Cavé mi propia tumba, es cierto; pero aun admitiéndolo y confesándolo, sigo resentido contra los gusanos. ¿Puede usted devolverme mi empleo?

—¿Su empleo?

—Si. Soy profesor de historia en el colegio Bemis, pero ya por poco tiempo.

Le divertirá saber..., no, éste no es el modo correcto de enfocarlo. Me divertirá contarle; eso es mejor. Un día del pasado septiembre un colega me enseñó un anuncio de este concurso, y dijo jocosamente que como estudioso y profesor de historia podía interesarme. Como enigma era tan obvio que resultaba fútil, igual que el segundo, que mi colega también me enseñó. Sentí curiosidad acerca de cuánto duraría la insensatez, y fui resolviendo los versos a medida que aparecían, y al poco tiempo descubrí que empezaban a estimular mi amor propio. Decidí resolverlos sin consultar ningún libro, pero el duodécimo me desconcertó de

tal modo que quebranté esta prohibición con el único fin de librarme de él.

Frunció los labios.

—¿Le he dicho que no me habla inscrito en el concurso?

—No.

—Pues así fue. Lo tomé como una diversión, un juego entretenido. Pero después de resolver el vigésimo y último, que debo confesar era bastante ingenioso, envié un formulario de participación con mis respuestas. Si me preguntara por qué lo hice no sabría qué responderle. Supongo que en los estratos inferiores de mi psique los instintos primitivos luchan por salir a la superficie, y en esta ocasión lo

consiguieron; no están en comunicación directa conmigo. Al día siguiente me sentí consternado por lo que había hecho. Había alcanzado un puesto de profesor a los treinta y seis años; era un erudito serio y competente, con dos libros en mi haber, y tenía ambiciones bien definidas que estaba decidido a realizar. Si ganaba un premio en un concurso de un perfume, un perfume llamado *Pour t'aimer*, habría mancillado mi carrera, y si ganaba uno sensacional, medio millón o un cuarto de millón, jamás se olvidaría.

Sonrió y meneó la cabeza.

—Pero usted no creerá que estaba consternado, porque cuando me

notificaron que había empatado con otros setenta y un concursantes, y recibí cinco nuevos versos para descifrar en una semana, tuve las respuestas a los cuatro días y las envié. Sólo puedo alegar que la esquizofrenia debe tener muchas formas y manifestaciones, o tal vez recurrir a la demonología. Hace años me sentí muy impresionado por el *Geschichte des Teufels* de Roskoff. Como quiera que sea, envié las respuestas, me pidieron que viniese a Nueva York, y llegué hace sólo veinticuatro horas; y ahora no sólo estoy involucrado en el concurso de un perfume —van a llamarme Rollins *Pour t'aimer*— sino también en un asesinato,

una cause *célèbre* en toda la nación. Estoy acabado. Si no dimito, me echarán. ¿Puede usted encontrarme un trabajo?

Yo estaba deseando que se quitara las gafas para poder verle los ojos. Por su cómoda postura y su voz y su sonrisa de superioridad se lo tomaba muy bien, como un hombre caballeroso y valiente que rehusara desangrarse bajo las ruedas de la adversidad. Pero sin más propaganda comercial no iba a comprar la idea de que una definición de «adversidad» era medio millón de dólares, ni siquiera para un hombre tan instruido como él, y quería verle los ojos. Lo único que pude ver fue el

reflejo de la luz del techo contra sus gafas.

—Está usted en un aprieto —admitió Wolfe—, pero sigo creyendo que su abatimiento es excesivo. Constituya becas académicas con el dinero del premio.

—Ya había pensado en ello. No serviría de mucho. —Sonrió—. Lo más sencillo sería confesarme autor del asesinato. Esto lo solucionaría todo.

—No sin pruebas. ¿Puede facilitar alguna?

—Me temo que no. No podría describir su apartamento, y no sé qué tipo de arma se utilizó.

—Entonces sería inútil. Se me

ocurre una idea mejor: desenmascare al criminal y se convertirá en un héroe público. Las aclamaciones ahogarían la ignominia. Sé que no es detective de profesión, pero tiene recursos cerebrales. Puede empezar recordando todos los detalles de la reunión de anoche. ¿Cómo actuaron y hablaron? ¿Qué signos de codicia o fanatismo revelaron? En particular, ¿qué dijeron e hicieron cuando el señor Dahlmann enseñó el papel y declaró que eran las respuestas?

—Nada. Absolutamente nada.

—Por supuesto, fue un impacto. Pero ¿y después?

—Ni después; tampoco. —La

sonrisa de superioridad se acentuó—. Suponía que no necesitaría preguntar cuál era el ambiente. Parecíamos tigres a punto de saltar sobre la misma presa. Buitres volando en círculos para bajar en picado y ser los primeros en llegar al corazón y el hígado del cadáver. Las sonrisas fueron forzadas y falsas. Nos separamos inmediatamente después de la reunión, cada uno aferrado a su sobre y deseando a los demás alguna desgracia física, cuanto más grave mejor.

—Entonces no tiene ni idea de cuál de ellos, si es que hubo alguno, pensó que el señor Dahlmann estaba bromeando.

—Ni la más ligera.

—¿Y usted?

—Ah. —Rollins se mostró complacido—. Esto ya es otra cosa, aunque creía que sería más sutil. La policía duda de mi sinceridad, y usted también dudará. La verdad es que no lo sé. Estaba en una especie de pesadilla. Mi demonio me había llevado allí con el único propósito de ganar el concurso con mi propio ingenio y facultades. A mí no me importaba en absoluto si el papel que nos enseñaba contenía realmente las respuestas o no. Si una desafortunada casualidad lo hubiera puesto en mi camino, lo habría quemado sin mirarlo, siguiendo los dictados no de mi conciencia, sino de mi orgullo. Lamento

decepcionarle, pero no puedo decirle si pensé que Dahlmann bromeaba o no, porque no pensé lo uno ni lo otro. Ahora querrá saber qué hice anoche después de la reunión.

Wolfe meneó la cabeza.

—No especialmente. Como es natural, se lo habrá dicho a la policía, y ellos disponen de más medios que yo para rastrear movimientos y verificar coartadas. Y yo no estoy investigando el asesinato.

—¿Qué está haciendo con exactitud?

—Intentar descubrir el medio de liquidar el concurso a satisfacción de todas las partes. ¿Dice que el señor Younger ha hablado con usted? ¿Qué le

ha dicho?

—Me ha contado lo que Goodwin le ha contado sobre la señorita Frazee, y quería que la señora Wheelock y yo le respaldáramos para contratar a un abogado e iniciar una acción legal. Pero también quería que propusiéramos a la señorita Tescher y la señorita Frazee que el montante de los cinco primeros premios se dividiese en partes iguales entre nosotros. Le he contestado que no podíamos hacer ambas cosas.

—¿Cuál prefiere usted?

—Ninguna. Ya que tengo que pagar a los músicos voy a bailar. Dahlmann dijo que estos versos son mucho más difíciles que cualquiera de los otros, y

le creo. Dudo de que las amigas de la señorita Frazee consigan resolverlos, y me sorprendería que la señorita Tescher lo lograra. En cuanto salga de aquí iré a una de las mejores bibliotecas privadas de Nueva York y pasaré la noche allí, y ya sé qué libro consultaré primero. Este es uno de los versos:

«Jack me enseñó a hacer el amor, y al altar accedí a ir con él; pero el día de la boda lo pensé mejor y me casé con Charles y no con él.»

Levantó una mano hacia sus gafas, pero sólo se las ajustó sobre la nariz.

—¿Le sugiere algo?

—No —dijo Wolfe con énfasis.

—A mí sí. No los detalles, sino el sabor. No tengo ni idea de cómo se llamaba, pero creo que sé dónde encontrarla. Puedo estar equivocado, pero lo dudo, y si no lo estoy ya hay uno solucionado.

Probablemente así era. O habla tenido una inspiración afortunada, o sabía mucho de sabores, o había robado el papel de la cartera de Dahlmann y estaba preparando el terreno para posteriores explicaciones sobre cómo y dónde habla obtenido las respuestas. Podría haberle impresionado preguntándole si el libro que pensaba consultar primero eran las Memorias de

Jacques Casanova, pero quizás habría sospechado si también le hubiese dicho que el nombre era Christine y que debía buscar en el segundo volumen, de la página ciento setenta y dos a la doscientos uno, de la edición Aventuros.

Wolfe dijo bruscamente:

—Entonces no debo retenerle si va a trabajar. No me gustaría provocar la cólera de un demonio. —Puso las manos en el borde de la mesa para empujar la butaca hacia atrás, y se levantó—. Espero volver a verle, señor Rollins, pero trataré de no interferir en su trabajo. ¿Querrá disculparme?

Se dirigió hacia la puerta y desapareció. Rollins me miró.

—¿Qué ha sido eso, despecho? ¿O es que me he traicionado y ha ido en busca de las esposas?

—Olvídelo. —Me puse en pie—. ¿No huele algo?

Olfateó.

—Nada en particular. ¿Qué es?

—Naturalmente —concedí—, usted no es un sabueso. Son huevas de sáballo guisadas con perejil, perifollo, escalonias, mejorana, una hoja de laurel y crema de leche. Este es su demonio, o uno de ellos. Tiene todo un surtido. ¿Se marcha? Si no le molesta, ¿cuál era el número nueve? El que decía:

«Según la ley que él mismo

promulgara,

ser su esposa legal yo no podía.

»Obedeció la ley con buena cara y me amó toda la vida.»

Se volvió al llegar a la puerta, con una sonrisa de superioridad.

—Este era evidente. Aspasia y Pericles.

—Oh, claro. Debería haberlo sabido.

Fue al vestíbulo y le ayudé a ponerse el abrigo.

Mientras le abría la puerta inquirió:

—¿No estaba aquí la señorita Tescher cuando he llegado?

Le dije que si.

—¿Quiénes eran los tres hombres?

—Consejeros suyos. Tendría que haberlos oído. Han abrumado al señor Wolfe con su charla.

Pareció a punto de seguir preguntando, pero lo pensó mejor, y salió. Yo cerré la puerta y me dirigí hacia la cocina para decir a Wolfe lo de Aspasia y Pericles, pero el timbre del teléfono me atrajo hacia el despacho. Lo contesté, sostuve una breve conversación, y luego fui a la cocina, donde Wolfe estaba conferenciando con Fritz, y le anuncié:

—Talbott Heery llegará a las nueve y cuarto.

Ya irritado, rugió:

—¡No pienso engullir la cena en dos bocados!

Le dije, lo más suavemente posible, que no tendría más remedio. Sólo disponía de una hora y media.

# 9

Los temas de conversación durante las comidas en casa de Wolfe, hubiese invitados o no, podían versar sobre cualquier cosa desde la política hasta la polio, siempre que no rozasen cuestiones de trabajo. El trabajo estaba descartado. Aquella noche no fue una excepción, estrictamente hablando, pero estuvo cerca. Al parecer, en algún momento del día Wolfe había encontrado tiempo para leer el artículo de la enciclopedia sobre cosméticos, y

durante la cena consideró adecuado, intermitentemente, rendirme cuentas de él. Empezó cuando habíamos terminado la sopa de castañas y esperábamos que Fritz nos trajera el estofado, citando palabra por palabra una ley que dijo había sido presentada al Parlamento inglés en 1770. Rezaba así:

«Todas las mujeres de cualquier edad, rango, profesión o categoría, sean vírgenes, solteras o viudas, que tras la promulgación de esta ley engañen, seduzcan y arrastren al matrimonio a algún súbdito de su majestad por medio de perfumes, pinturas, lociones cosméticas, dientes postizos, pelucas,

lana española, corsés, miriñaques, zapatos de tacón alto o polisones, sufrirán el castigo impuesto por la ley vigente contra la brujería y otros delitos similares, y el matrimonio, en caso de condena, será declarado nulo.»

Le pregunté qué era lana española, y le pesqué. No lo sabía, y como no soporta ignorar el significado de cualquier palabra o frase que vea u oiga, le pregunté por qué no lo había buscado en el diccionario, y me contestó que lo había hecho pero que no constaba. Otro dato era que la reina María de Escocia se bañaba regularmente en vino, igual que las damas maduras de la corte, pero

las más jóvenes no podían permitirse ese lujo y tenían que usar leche. Otro era que cuando encontraron frascos de unguento en varias tumbas del antiguo Egipto, las sustancias aromáticas que contenían aún conservaban su aroma, después de tres mil quinientos años. Otro, que las romanas elegantes de tiempos de César se teñían el pelo con una especie de jabón procedente de la Galia. Otro, que a Napoleón le gustaba que Josefina usara cosméticos y se los hacía traer desde Martinica. Otro, que Cleopatra y las demás jóvenes egipcias se pintaban la parte inferior de los ojos de verde, y los párpados, pestañas y cejas de negro. Para el negro empleaban

*kohl*, y se lo aplicaban con una varilla de marfil.

Admití que era muy interesante, y no hice ningún comentario sobre lo útil que sería para averiguar quién había robado la cartera de Dahlmann, ya que eso habría tocado el tema del trabajo. Incluso después de terminar el queso y el café y dejar el comedor para cruzar el vestíbulo en dirección al despacho, le dejé digerir en paz, fui a mi mesa y marqué el número de Lily Rowan. Cuando le dije que no podría ir al Club de Polo al día siguiente, empezó a proferir insultos contra Wolfe, incluyendo algunos que revelaban su amplio vocabulario y su dominio del

lenguaje. Mientras hablábamos sonó el timbre de la puerta, pero Fritz había sido informado sobre Heery, de modo que seguí adelante y terminé la conversación debidamente. Cuando colgué y me volví, Heery estaba en la butaca de cuero rojo.

Se ajustaba muy bien a ella, tanto en sentido vertical como horizontal, mucho mejor que Rollins o la señora Wheelock. De esmoquin, con la pechera de la camisa blanca al descubierto, parecía incluso más fornido que antes. Al parecer había echado una ojeada a su alrededor, pues estaba diciendo:

—Es una habitación muy bonita. Muy personal. Le gusta el amarillo,

¿verdad?

—Evidentemente —murmuró Wolfe. Tales comentarios le irritaban. Ya que las cortinas y la tapicería del sofá y los almohadones y las cinco sillas visibles eran amarillas, resultaba un poco obvio.

—El amarillo es un problema —declaró Heery—. Tenía grandes ventajas, pero también tiene muchos inconvenientes. Fiebre amarilla. Peligro amarillo. Bandera amarilla. Es muy popular para hacer cajas, pero Louis Dahlmann no me dejaba usarlo. Anteriormente lo usaba mucho. Ver tanto amarillo me lo ha recordado.

—No creo —dijo Wolfe secamente — que haya necesitado mi decoración

para acordarse del señor Dahlmann en esta coyuntura.

—Eso es muy gracioso —dijo Heery, con absoluta seriedad.

—No pretendía serio.

—De todos modos, lo es, porque es falso. Esta es la primera vez que me acuerdo de él en el día de hoy. Diez segundos después de saber que estaba muerto, y cómo había muerto, lo único que me preocupaban eran las repercusiones sobre el concurso y mi negocio, y sigue siéndolo. No tengo tiempo para pensar en Louis Dahlmann. ¿Ha visto a todos los concursantes?

—A cuatro. El señor Goodwin ha visto al señor Younger.

—¿Han averiguado algo?

Wolfe odiaba trabajar después de cenar y replicó con aspereza:

—Sólo informo a mi cliente, señor Heery.

—También esto es gracioso. Su cliente es Lippert, Buff y Assa. Yo soy uno de sus mayores clientes; su comisión por los negocios del año pasado sobrepasó el medio millón. Pago todos los gastos del concurso y, naturalmente, los premios. ¿Y usted no quiere decirme tan sólo si ha averiguado algo?

—Por supuesto que no. —Wolfe le miró con el ceño fruncido—. ¿Es usted realmente tan tonto como parece? Sabe muy bien cuál es mi obligación con mi

cliente. Tiene un recurso muy sencillo: telefonee a uno de ellos y haga que me dé instrucciones..., con preferencia al señor Buff o al señor Assa.

Era un buen momento para que Heery se ofreciese a darle una paliza que no olvidaría, pero en cambio se puso en pie, metió las manos en los bolsillos y echó una ojeada a su alrededor, al parecer en busca de algo que mirar, pues fue hasta el globo terráqueo y se quedó observándolo. De espaldas se le veía aún más fornido que de cara. A los pocos momentos se volvió, regresó y se sentó.

—¿Le han dado un anticipo? — preguntó.

—No, señor.

Sacó un alargado estuche de cuero negro del bolsillo superior, lo abrió y arrancó una tira de papel azul, extrajo una pequeña pluma, se acercó una hoja de papel desde el otro extremo de la mesa, y escribió. Tras guardar la pluma y el estuche, alargó el brazo para enviar el papel hasta Wolfe y dijo:

—Ahí van diez mil dólares. Ahora yo soy su cliente, o mi empresa lo es. Si quiere más, dígallo.

Wolfe cogió el cheque, lo rompió en dos pedazos, cuatro, seis, y se inclinó hacia la derecha para tirarlo a la papelera. Se irguió.

—Señor Heery. Nunca soy

demasiado complaciente cuando me interrumpen la digestión, y usted pone a prueba mi paciencia. Le aconsejo que se marche.

Que me ahorquen si Heery no me miró. Queriendo ahorrarle la turbación de ofrecerme veinte dólares, posiblemente incluso cien, por llevarle de nuevo al cuadrilátero y recibir otro puñetazo, y pensando asimismo que si Wolfe quería aplastarle la nariz yo podía ayudarle, le miré a mi vez y le dije:

—Cuando se marche, si sigue buscando un momento y un lugar más propicio, hay un pequeño patio en la parte de atrás.

Estalló en carcajadas, incontenibles

y espontáneas. Se detuvo lo bastante para declarar: «Forman una buena pareja, ustedes dos», y luego siguió riendo. Nosotros le mirábamos con asombro. Sacó un pañuelo doblado, tosió un par de veces en él y recobró la seriedad.

—Está bien —dijo—, le contaré lo que pasa.

—Sé lo que pasa. —Wolfe continuaba enfadado.

—No, no lo sabe. Me he equivocado de camino, o sea que volveré a empezar. La LBA tiene mucho que perder en este asunto, lo sé, pero yo tengo aún más. Si este concurso me explota en la cara podría arruinarme. ¿Me escucha?

Wolfe se había recostado en la butaca y había cerrado los ojos.

—Le escucho —murmuró.

—Tiene que saber los antecedentes.

Empecé mi negocio veinte años atrás sin apenas recursos. Trabajé mucho, pero también tuve suerte, y mi mejor golpe de suerte fue que un hombre llamado Lippert, un publicista, se interesara. El nombre de la empresa era entonces McDade y Lippert. Mi producto era bueno, pero Lippert era más que bueno, era fantástico, y a los diez años mi compañía se había convertido en la primera del ramo en volumen de ventas. Fue sensacional. Entonces Lippert falleció. El impulso nos mantuvo un par

de años en la cresta de la ola, y luego empezamos a declinar. No todo fueron fracasos; también tuvimos algunos éxitos, pero no muchos. Aún poseíamos una buena organización y un buen producto, pero Lippert había desaparecido, y él era la clave.

Miró el pañuelo doblado como si se preguntara para qué servía, y volvió a guardárselo en el bolsillo.

—En mil novecientos cincuenta la LBA propuso algunos nombres para una nueva línea que nos disponíamos a lanzar, y de esta lista escogí *Pour t'aimer*. No supe hasta más tarde que ese nombre había sido sugerido por un joven llamado Louis Dahlmann, relativamente

nuevo en la empresa. ¿Sabe algo sobre las luchas internas de las agencias?

—No.

—Son muy duras, especialmente en las grandes. Los hombres que la han creado, los que han negado a la cima, ocupan gran parte de su tiempo pisoteando a los que intentan subir. Claro que esto suele suceder en casi todos los sitios, porque así somos las personas, pero en las agencias de publicidad es peor, me refiero a las grandes. Tardé dos años en averiguar a quién se le había ocurrido el nombre de *Pour t'aimer*, y pasó otro año antes de que Dahlmann fuese autorizado a tratar conmigo. Había dado pruebas de su

capacidad y ya nadie podía contenerle. Se habló mucho de... ¿Quizá ya sepa muchas cosas sobre él?

—No.

—No era muy simpático. Era demasiado engreído, y si pensaba que tú eras un tonto redomado te lo decía, pero tenía mucho cerebro y no hay sustituto para el cerebro, y el suyo era especial. No digo que Oliver Buff, Pat O'Garro y Vern Assa no tengan cerebro. Buff tiene bastante talento. Es un buen testafarro. Lippert le enseñó y sabía para qué servía. Ahora es el socio mayoritario de la empresa. Para presentar las líneas generales de una campaña institucional a los jefes de una gran sociedad nacional,

es tan bueno como cualquier otro y mejor que la mayoría, pero ese tipo de enfoque nunca ha vendido cosméticos y nunca los venderá. Yo he sido uno de los clientes más importantes de la empresa durante muchos años, y nunca me ha dado personalmente una idea que valiese un centavo.

Heery volvió una mano hacia arriba.

—Está Pat O'Garro. Sabe tanto de publicidad como yo de sánscrito, pero es un vendedor fantástico. Vendería una botella de agua caliente a un hombre de camino hacia el infierno, y casi todos los contratos que hoy tiene la LBA, grandes y pequeños, se deben a él, pero esto a mí no me interesa. No necesito a

alguien que me venda la LBA, necesito a alguien que venda mis productos en todas las perfumerías desde Boston hasta Los Angeles y desde Nueva York hasta Chicago, y O'Garro no es este hombre. Tampoco Vero Assa lo es. Empezó como redactor de textos publicitarios, y eso es lo que sabe hacer. Tiene una gran reputación, y ahora es socio de la empresa; igual que O'Garro, naturalmente. Estudié a fondo a Vero y sus textos durante los años siguientes a la muerte de Lippert, y tenían calidad, lo reconozco, pero les faltaba algo: el toque especial de Lippert. No es sólo cuestión de palabras; hay que tener ideas antes de pasar a las palabras, y la LBA

no tuvo ninguna que valiese la pena hasta que apareció Louis Dahlmann.

Meneó la cabeza.

—Creí que mis preocupaciones habían llegado a su fin. Admito que él no me gustaba, pero eso no tenía importancia. Era joven y al cabo de un año sería socio de la empresa, pues podía lograrlo en cuanto se lo propusiera, y al poco tiempo dirigiría todo el cotarro, y tenía un interés personal en mis asuntos porque le atraían. Ahora está muerto, y yo he terminado con la LBA. Lo he decidido; he terminado con ellos, pero este maldito jaleo del concurso tiene que solucionarse. Esta mañana, cuando me

han sugerido contratarle, no tenía las ideas claras y les he dado mi consentimiento, pero tal como está la situación y habiendo decidido librarme de ellos en cuanto esto se haya resuelto, no tiene sentido que la LBA sea su cliente. De todos modos, el dinero que usted recibirá será mío. Se ha precipitado un poco rompiendo el cheque.

—No, en vista de las circunstancias —dijo Wolfe.

—Usted no conocía todas las circunstancias. Ahora sí, al menos los puntos principales. Otro punto: es posible que deba tomarse rápidamente, y como resulta que ellos le han contratado

ellos decidirán. No lo consentiré. Yo arriesgo mucho más que ellos en este asunto. —Sacó el estuche de cuero negro del bolsillo—. ¿Por cuánto lo extendo? ¿Diez mil le parece bien?

—No puede hacerse de este modo —objetó Wolfe—. Usted lo sabe. Tiene un punto a su favor, pero admite haberles dicho que vinieran a contratarme. Hay una solución muy sencilla: telefonéelos y dígales que desea reemplazarles como cliente, y si ellos acceden pueden hablar conmigo para comunicármelo.

Heery le miró. Apoyó las manos en los brazos de la butaca, separó los dedos y los mantuvo rígidos.

—Sería muy difícil —confesó—. Mis relaciones con ellos durante el pasado año, especialmente con Buff, han sido un poco... —Dejó la frase en suspenso, y al cabo de un momento declaró con voz terminante—: No, no puedo hacerlo.

Wolfe gruñó:

—Estaría dispuesto a telefonarles yo mismo y decirles lo que quiere. A petición de usted.

—Eso sería igualmente malo. Incluso peor. Compréndalo, tengo que evitar una ruptura en este momento.

—Supongo que sí. Entonces me temo que deberá aceptar el *status quo*. Simpatizo con su posición, señor Heery.

Sus intereses peligran tanto como los de ellos y, como usted dice, el dinero que me paguen tendrá que venir de usted. Reconozco su derecho a recibir informes de primera mano. ¿Quiere que les telefonee para que me autoricen a dárselos? Esto no ocasionaría un empeoramiento en sus relaciones. Les diré que considero sus deseos muy naturales y lógicos.

—Algo es algo —repuso Heery de mala gana.

—¿Quiere que lo haga?

—Sí.

Sonó el teléfono. Yo contesté, intercambié algunas palabras con quien había llamado, le pedí que esperase, y

me volví hacia Wolfe para decirle que Rudolph Hansen quería hablar con él. Wolfe alargó la mano hacia su aparato, cambió de opinión, se levantó y fue hacia la puerta. Mientras daba la vuelta a la mesa me indicó con un gesto que colgara cuando él contestara por el otro teléfono, seguramente para dejarme en libertad de charlar con nuestro visitante. Un ligero chirrido procedente del vestíbulo me recordó que había olvidado engrasar la puerta de la cocina. Cuando oí la voz de Wolfe a través del auricular colgué el aparato.

Heery y yo no charlamos. El parecía preocupado, y yo no quise distraerle de sus problemas.

Pasamos varios minutos en silenciosa compañía antes de que Wolfe regresara, cruzara la habitación y se sentara.

Se dirigió a Heery.

—El señor Hansen estaba con el señor Buff, el señor O'Garro y el señor Assa. Querían mi informe y se lo he dado. No se oponen a que le informe libremente, en cualquier momento.

—Es muy amable de su parte —dijo Heery, sin agradecimiento—. ¿Tenían ellos algo que comunicarle?

—Nada importante.

—Entonces vuelvo al punto de partida. ¿Ha averiguado algo?

—Ahora puedo contestarle. No.

—¿Por qué no?

Wolfe cambió de posición con impaciencia.

—Señor Heery. Voy a decirle exactamente lo que he dicho al señor Hansen. Si mis conversaciones con los concursantes me hubiesen llevado a alguna conclusión, podría estar dispuesto a revelarla, pero no me he formado ninguna conclusión. Las conjeturas, en el caso de que tenga alguna, no son materia adecuada para un informe a menos que necesite ayuda para verificarlas, y no es así. Usted ha interrumpido mi digestión, no sólo de la cena, sino también de la información e impresiones que he reunido a lo largo de

un día muy pesado y laborioso. Esos cuatro hombres querían venir aquí. Les he dicho que me dejaran en paz hasta que descubriese algo digno de discutir o contrataran a otro.

—¡Pero es que no hay tiempo! ¿Qué se propone hacer ahora?

Fueron necesarios otros cinco minutos para librarse de él, pero al fin se marchó. Tras acompañarle a la puerta volví al despacho, me senté ante la máquina de escribir y seguí mecanografiando mis notas de la entrevista con la señorita Frazee. Tenía que hacerlo antes de acostarme, y eran más de las diez, de modo que me apresuré. Me habría gustado comentar

algunas cosas con Wolfe y hacerle varias preguntas, pero no tenía tiempo y, además, él estaba enfrascado en un libro. Cuando regresé después de despedir a Heery ya había ido a la estantería y estaba sentado de nuevo en su butaca, con *La belleza de las cenizas*, de Christopher La Farge, abierto sobre la mesa y el aplique encendido.

Es posible que éste no sea el modo habitual de ponerse a trabajar en un caso difícil y urgente, pero no todo el mundo puede ser un genio.

Había terminado de mecanografiar mis notas sobre Frazee y tenía muy adelantadas las de Wheelock cuando sonó el timbre de la puerta. Mientras me

dirigía hacia el vestíbulo aposté cinco contra uno a que eran los representantes de la LBA y su abogado, pese a la petición de Wolfe de que le dejaran en paz, pero me equivoqué. Tras encender la luz del porche, me bastó una mirada a través del panel de la puerta. Regresé al despacho, y dije a Wolfe:

—Lamento molestarle...

—Nadie —gruñó—. Absolutamente nadie.

—De acuerdo. Es Cramer.

Dejó el libro, con los labios apretados. Lenta y cuidadosamente, dobló la punta de una página y cerró el libro.

—Muy bien —dijo con expresión

ceñuda—. Déjale entrar.

El timbre sonó de nuevo.

# 10

Wolfe y el inspector Cramer, de Homicidios Manhattan Oeste, nunca han llegado a las manos, aunque ha habido veces en que la roja cara de Cramer se ha vuelto casi blanca, y sus anchos hombros han parecido encogerse bajo la tensión. Yo suelo adivinar cuál será el tono, por lo menos al principio, por su modo de saludarme cuando le abro la puerta. Si me llama Archie, lo que no sucede a menudo, quiere algo que sólo espera conseguir como un favor y ha

decidido olvidar viejos resentimientos y mostrarse amable. Si me llama Goodwin y me pregunta cómo estoy, también persigue un favor pero se cree con derecho a él. Si me llama Goodwin pero no revela interés por mi salud, ha venido por lo que él denominaría cooperación y se propone obtenerla. Si no me llama nada en absoluto, está dispuesto a disparar desde la cadera y ver qué pasa.

Esa vez no fue Archie, pero me preguntó cómo estaba, y tras acomodarse en la butaca de cuero rojo aceptó la cerveza que Wolfe le ofreció, y se disculpó por venir tan tarde sin telefonar. Mientras Fritz servía la cerveza fui a la cocina en busca de un

vaso de leche para mí. Cuando volví, Cramer tenía un vaso medio vacío en la mano y se lamía la espuma de los labios.

—Confío —dijo— en que no habré interrumpido nada importante.

Su voz fue áspera, pero también debía serlo cuando decía sus oraciones.

—Tengo un caso —repuso Wolfe—, y estaba trabajando. *La belleza de las cenizas*, de Christopher La Farge, es una novela escrita en verso, y la acción se desarrolla en Rhode Island. Yo no leo novelas en verso, pero dudo que en ella haya algo sobre concursos de perfumes o cosméticos de ninguna clase. De titularse *Las cenizas de la belleza* podría haber sido distinto.

—Sí —dijo Cramer—. El asesinato de Dahlmann.

—No, señor. —Wolfe se sirvió más cerveza—. Sé que desapruueba la intervención de detectives particulares en asesinatos cometidos en su jurisdicción, y me complace poder decirle que estoy libre de culpa. No investigo ningún asesinato.

—Me alegro mucho. ¿Le importaría decirme quién es su cliente? ¿Ese caso en el que está trabajando?

—¿Como un favor?

—Me da igual como lo llame, pero dígamelo.

—Nada me lo impide, confidencialmente, claro. Una empresa,

una agencia de publicidad, llamada Lippert, Buff y Assa.

Enarqué las cejas. Evidentemente, Cramer no era el único en favor de los favores. Wolfe se mostraba casi amistoso.

—He oído hablar de ellos —dijo Cramer—. Hoy mismo, de hecho. Es la empresa donde trabajaba Louis Dahlmann.

—En efecto.

—¿Cuándo le contrataron?

—Hoy.

—Ya veo. Y también hoy han venido a verle cuatro personas, sin contar a sus clientes, que anoche cenaron con Dahlmann, y Goodwin ha hecho una

visita a otra en su hotel. ¿Pero usted no investiga ningún asesinato?

—No, señor.

—Tonterías.

Tuve la impresión de que la luna de miel había terminado y pronto empezaría la discordia, pero Cramer esquivó el peligro con una digresión. Tomó un sorbo de cerveza y dejó el vaso.

—Escuche —dijo—, le he oído quejarse con frecuencia de lo poco racional que es la gente. De acuerdo. Si alguien que le conociese, y supiese quién ha venido hoy aquí, no pensara que estaba trabajando en un asesinato, ¿sería racional? Usted sabe muy bien que no. Yo soy racional. Si quiere

intentar disuadirme, adelante.

Wolfe hizo un ruido que tal vez él considerase una risita amistosa.

—Eso sería una experiencia nueva, señor Cramer. Ha habido veces en que he intentado inducirle a ser racional. Sólo puedo revelarle, también confidencialmente, en qué consiste mi trabajo. Ya debe saber lo del concurso, y lo de la cartera que faltaba del bolsillo del señor Dahlmann. Yo voy a suministrar a mis clientes una solución satisfactoria para el concurso averiguando quién robó la cartera, y qué había en ella, para demostrar que nada de su contenido tenía relación alguna con el concurso. También voy a procurar

que ciertos sucesos, como la retención de cuatro de los concursantes en Nueva York, no impidan la distribución justa y equitativa de los premios. Si le extraña que sea tan comunicativo con usted, es porque nuestros intereses se rozan pero no chocan. Si descubro algo que pueda servirle, se lo notificaré en seguida.

—Vaya trabajo. —Cramer le observaba con atención, aunque sin benevolencia—. ¿Cómo va a descubrir quién robó la cartera sin desenmascarar al asesino?

—Quizá no pueda. Ahí es donde nuestros intereses se rozan. Pero el asesinato no es de mi incumbencia.

—Comprendo. Sólo un subproducto.

Y dice que el papel que Dahlmann les enseñó y volvió a guardar en la cartera no contenía las respuestas.

—Bueno... —Wolfe frunció los labios—. No categóricamente. No puedo opinar sobre este punto. Eso es lo que mis clientes le han contado, y sería descortés que yo les contradijera. En todo caso, eso ilustra la diferencia entre su objetivo y el mío. Ya que uno de mis propósitos es lograr una distribución justa y satisfactoria de los premios, el contenido de ese papel resulta esencial para mí. Pero para usted no tiene ninguna importancia. Lo que a usted le importa no es si el papel contenía las respuestas, sino si los concursantes lo

creyeron así. Si tuviese alguna prueba de que uno de ellos interpretó la declaración de Dahlmann como una broma, debería eliminarle como sospechoso. Por cierto, ¿tiene esa prueba?

—No. ¿Y usted?

—No, señor. Ni ésta ni ninguna otra.

—¿Cree que uno de los concursantes le mató?

Wolfe meneó la cabeza.

—Ya le he dicho que no estoy trabajando en un asesinato. Creo probable que uno de ellos robara la cartera, aunque sólo es una conjetura, nada más.

—¿Está diciendo que puede haber

dos personas involucradas, una que le mató y otra que le robó la cartera?

—De ningún modo. Naturalmente mi información es escasa. Ni siquiera he leído el periódico vespertino, ya que sus datos no serían fiables. ¿Tiene usted motivos para creer que hubo dos?

—No.

—¿Supone que quien le mató robó la cartera?

—Sí.

—Entonces yo también. Como he dicho, no chocamos. ¿Está de acuerdo?

Aún quedaba algo de cerveza en la botella de Cramer, y se la sirvió, esperó que la espuma bajara un poco, bebió, dejó el vaso y se pasó la lengua por los

labios.

Miró a Wolfe.

—Bueno, aún no he chocado nunca con usted en el ejercicio de mis funciones, pero eso no significa que no pueda ocurrir alguna vez. En este caso concreto, si confío en su palabra, y no digo que vaya a hacerlo, opino que podríamos entendernos. Opino que sus clientes no nos lo han contado todo. Opino que están más preocupados por el futuro de su maldito concurso que por descubrir al asesino, y por eso estoy dispuesto a creer que su trabajo es el que usted afirma. Seguramente le han contado muchas más cosas que a mi, y me gustaría saber qué le han contado con

exactitud, pero sin duda no espero que me lo diga. En lo que respecta al concurso, especialmente al papel que Dahlmann tenia en la cartera, usted está mejor informado que yo, y sabe cosas o llegará a saber cosas que nosotros no sabemos y quizá no llegaremos a saber. Dios sabe que no espero arrancárselas, pero si espero que comprenda que no perderá nada contándomelas.

—Es una lástima —dijo Wolfe.

—¿Qué es una lástima?

—Que escoja esta ocasión para rogarme en vez de intimidarme como de costumbre, porque en esta ocasión no puedo complacerle. El señor Rudolph Hansen, que es abogado, ha convertido

nuestra conversación en un asunto reservado pidiéndome un dólar en concepto de salario. Soy su cliente. Es una lástima que no me dé la oportunidad de quitarme el escudo.

Cramer resopló.

—Como si lo necesitara. Ya he tenido bastantes problemas con usted sin ningún escudo. Pero ahora ha cambiado de táctica. No puede decirme nada porque es un asunto reservado, ¿eh?

—No, señor. —Wolfe estaba un poco dolido—. He aceptado el subterfugio del señor Hansen sólo para seguirle la corriente. Lo que me ha sido confiado puede ayudar en relación con el concurso, pero no le ayudaría a

encontrar al asesino, puesto que usted ya sabe lo de la cartera y el papel. Eso también reza para mis conversaciones con los concursantes, aunque puedo añadir que nada indica que alguno de ellos no robara la cartera. Creo que cualquiera de ellos puede haberlo hecho y, por lo tanto, puede haber matado a Dahlmann para conseguirlo. Aparte de esto, no tengo nada más que una serie de conjeturas que estaba seleccionando cuando usted me ha interrumpido. Ninguna de ellas merece discutirse, al menos hasta que las haya examinado. Me comprometo a una cosa: cuando llegue a una conclusión que me satisfaga le avisaré antes de hacer nada. Mientras

tanto, todo sería más sencillo si supiera unos cuantos detalles.

—Si. ¿Ni siquiera ha leído los periódicos?

—No, señor.

—Estaré encantado de ahorrarle la molestia y quizás añada unas cuantas cosas. Fue asesinado entre las once y media y las tres, mediante un solo disparo por la espalda, utilizando un almohadón como silenciador, con un revólver del 32. Lo hemos deducido por la bala; el arma no se ha encontrado. El edificio no tiene ascensorista ni portero, y no hemos descubierto a nadie que viera llegar a Dahlmann o a otra persona. ¿Quiere todos los factores

negativos?

—Prefiero los positivos.

—Yo también, pero no tenemos ninguno, o muy pocos. Hasta ahora no tenemos huellas, ni otras pistas similares, nada en sus papeles o demás efectos personales, ningún taxista que llevara a alguien allí, ninguna llamada telefónica a ese número desde el hotel, nada de nada. Pero eso usted ya lo sabía. Si la rutina nos hubiese ayudado en algo, yo no estaría aquí impidiéndole trabajar.

—Su rutina es impecable —dijo Wolfe cortésmente.

—Muy agradecido. Respecto a las coartadas, todos disponen de alguna.

Salir de un gran hotel y volver a entrar, sin ser visto, no es difícil si se tiene una buena razón para ello. La Tescher dice que después de la reunión fue a la biblioteca de una amiga suya y trabajó allí en el concurso hasta las cuatro, pero no había nadie con ella en la habitación y todos los ocupantes de la casa estaban durmiendo. Esto nos lleva al punto que realmente me ha traído aquí, el punto principal. Hemos descubierto que muy pocas personas en la ciudad odiaban a Louis Dahlmann; tres o cuatro mujeres por razones personales, dos o tres hombres por razones personales, y varias de ambos sexos por razones de trabajo. Incluso algunos de sus propios

compañeros de trabajo. Estamos investigándoles, comprobando dónde estuvieron anoche y todo eso, pero el hecho de que le robaran la cartera, y nada más, puede significar que es una pérdida de tiempo y talento. En la cartera no había dinero; llevaba los billetes sueltos en otro bolsillo. La cartera más bien le servía para llevar las tarjetas, la licencia para conducir y esas cosas.

Hablar de bolsillos debió recordárselo. Se llevó una mano al bolsillo del pecho, sacó un cigarro y dobló los dedos a su alrededor.

—Así pues —dijo—, pensaba que podría contestarme a una pregunta.

Ahora que sé lo que persigue, incluso con más motivo. ¿Le mataron para obtener la cartera, o no? En caso afirmativo, fue uno de los concursantes y más o menos podemos olvidarnos de los otros, por ahora en todo caso, y fue por causa del concurso, y como he dicho, usted está mejor informado que yo en este aspecto. No le pido las notas de Goodwin sobre su conversación con sus clientes y ese abogado. Sólo le pido su opinión acerca de si le mataron para obtener la cartera.

—Repito, señor Cramer, que no estoy investigando el asesinato.

—Maldita sea, ¿quién ha dicho que fuera así? ¿Cómo quiere que se lo

exponga?

Wolfe se encogió de hombros.

—No importa. Usted sólo quiere mi opinión. Me inclino a pensar que su hombre, el asesino, y mi hombre, el ladrón, son la misma persona. Por lo tanto, de ello se deduce que la respuesta a su pregunta es si. ¿Está satisfecho?

Por la expresión de Cramer, no lo estaba.

—No me gusta ese «me inclino a pensar» —objetó—. Usted sabe muy bien lo que me preocupa. Y ese truco de la comunicación reservada. A ver si no podría ser así: tras la reunión de anoche los socios de Dahlmann debatieron el asunto, y decidieron que era peligroso

para él llevar ese papel en la cartera, y uno de ellos fue a su casa para conseguirlo y destruirlo. Cuando llegó, la puerta no estaba cerrada, de modo que entró y halló a Dahlmann en el suelo, muerto. Le sacó la cartera del bolsillo y se marchó a toda prisa. No me pregunte por qué no avisó a la policía, pregúnteselo a él; pudo pensar que sería sospechoso. En cualquier caso, no lo hizo, pero naturalmente tuvo que decírselo a sus socios, y todos ellos llamaron a su abogado y se lo contaron, y después de discutirlo decidieron contratarle a usted.

—¿Para qué?

—Para discurrir el modo de

solucionar el asunto sin que el concurso les explotase en la cara. Naturalmente, los concursantes no sólo se enterarían de que Dahlmann había sido asesinado, sino también de que la cartera había desaparecido, y sospecharían que alguno de ellos tenía las respuestas y se armaría un jaleo endiablado. Pero no ahondaré más en ello, esto sólo les interesa a sus clientes y a usted. Lo que a mí me interesa es que, si sucedió de este modo, los concursantes no son sospechosos porque no le asesinaron para obtener la cartera. ¿Y se le ocurre algún motivo por el que no pudiera suceder de este modo?

—No, señor.

—Y los manejos del abogado para lograr que su conversación con usted fuera materia reservada, ¿no encajan en esta teoría?

—Sí —concedió Wolfe—. Pero es un hecho, no una opinión, que si realmente sucedió de este modo yo no tengo conocimiento de ello. Me han asegurado que ninguno de los socios del señor Dahlmann fue anoche a su apartamento, y no había razones para sospechar que estuvieran engañándome. Si lo hicieron son un hatajo de necios.

—Lo expone como un hecho.

—Así es.

—Bueno —admitió Cramer—, no es una mentira de su estilo. —Enrojeció

súbitamente, temeroso de haber dado un paso en falso y añadió con rapidez—: Ya sabe a qué me refiero.

Se puso el cigarro entre los dientes y lo mordió. Si no podía morder a Wolfe tendría que conformarme con el cigarro. Nunca le he visto encender ninguno.

—Sí —dijo Wolfe con indulgencia—. Sé a lo que se refiere.

Cramer se sacó el cigarro de la boca.

—Antes me ha preguntado si suponía que quien le mató robó también la cartera, y le he dicho que sí, pero debería haber dicho quizá. Esta otra posibilidad merece tomarse en cuenta. Si descubriese algún motivo para creer

que uno o más socios de Dahlmann fueron anoche a su apartamento, sabría a qué atenerme sobre la desaparición de la cartera, y dejaría de concentrarme en los concursantes. Le confieso francamente que no tengo ningún motivo. Ninguno de ellos —Buff, O'Garro, Assa, Heery, o Hansen, el abogado— puede demostrar que no fue a la calle Perry en algún momento de la noche pasada, pero yo no puedo acusarles de haberlo hecho. No crea que deseo cargar el asesinato a uno de ellos; como he dicho, pudo haber encontrado a Dahlmann muerto y haberse llevado la cartera. En este caso sería el hombre que usted busca, y yo me quedaría sin ningún sospechoso.

—Satisfactorio en todos los aspectos —dijo Wolfe con sequedad.

—Sí. Usted declara no saber si uno de ellos fue allí anoche, y yo le creo, pero, ¿y si se lo han ocultado? ¿No sería lógico que lo hicieran?

—No, si esperaban que me ganara mis honorarios. —Wolfe levantó los ojos hacia el reloj de pared—. Es medianoche, señor Cramer. Sólo puedo decirle que rechazo su teoría. No sólo por razones propias —como dice, estoy muy bien informado sobre el concurso —, sino también por otras consideraciones. Si uno de esos hombres fue allí anoche y encontró a Dahlmann muerto, ¿por qué cometió la

estupidez de llevarse la cartera, sabiendo que la echarían en falta y que eso causaría problemas al concurso? Naturalmente, tenía que sustraer el papel, ya que la policía lo vería si lo dejaba sobre el cadáver, y quizá también los periodistas, pero ¿por qué no se llevó sólo el papel y dejó la cartera?

—Por Dios —dijo Cramer—, después de todo, estaba mintiendo.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque eso es una tontería y usted no es tonto. Llega y encuentra un cadáver, y está nervioso. La gente se pone nerviosa cuando encuentra un cadáver. Quiere dar media vuelta y echar a correr —todos lo hacen,

especialmente si existe el más ligero motivo para que sospechen de ellos—, pero se obliga a sacar la cartera del bolsillo del cadáver. Incluso es posible que quiera coger el papel y dejar la cartera donde estaba, y empiece a buscar el papel, pero piensa en las huellas. Quizá pueda limpiar la cartera antes de volver a meterla en el bolsillo, pero tal vez quedaría alguna. Aun así, podría haberlo intentado, si es que consideró con calma todas las consecuencias de llevarse la cartera, pero no está calmado y no hay tiempo y tiene que salir de allí. Así que se marcha a toda prisa, con la cartera. Discúlpeme por entretenerle con cosas de párvulos, pero no me ha dejado

alternativa.

Se levantó, miró el cigarro que tenía en la mano, lo lanzó hacia mi papelería y falló. Le echó una mirada iracunda, y luego otra a Wolfe.

—Si no puede hacer nada mejor, me voy —dijo media vuelta.

—Está claro —dijo Wolfe— que no cree al señor Hansen y los demás cuando expresan su convicción de que el señor Dahlmann sólo bromeaba al enseñar el papel.

Cramer se volvió junto a la puerta lo suficiente para gruñir:

—Bobadas. ¿Y usted?

Cuando regresé al despacho después de despedirle, Wolfe seguía sentado

detrás de su mesa, pellizcándose el lóbulo de la oreja con el pulgar y el índice y mirando al infinito. Puse el vaso de leche vacío en la bandeja de las cervezas, la llevé a la cocina, lavé y sequé los vasos, tiré las botellas y guardé la bandeja. Fritz se acuesta a las once a menos que le pidan otra cosa. Al volver al despacho, Wolfe seguía tocándose la oreja. Hablé.

—Puedo terminar de mecanografiar mis notas si mañana he de hacer algo en especial. ¿Tengo algún programa?

—No.

—Oh, bueno —dijo alegremente—, no hay prisa. Aún falta una semana para el veinte de abril. Puede leer veinte

libros en una semana.

El gruñó:

—Localiza a Saul y dile que venga a desayunar conmigo en mi habitación a las ocho. Dame doscientos dólares para él; no, que sean trescientos; cierra la caja fuerte y vete a la cama. Quiero un poco de tranquilidad.

Obedecí, naturalmente, pero extrañado. ¿Podía echar por la ventana doscientos —no, trescientos— dólares de la LBA sólo para hacerse creer que había tramado algo? Saul Panzer era el mejor hombre en la ciudad de Nueva York para cualquier tipo de trabajo, pero, ¿cuál sería ese trabajo? Seguir a cinco personas, no. De seguir a una,

¿quién y por qué? Si no se trataba de seguir a nadie, ¿de qué se trataba? Para mí, nada de lo que habíamos visto u oído acusaba a alguien en particular. Para él, seguramente tampoco. Quería compañía para desayunar, pero no a mí. De acuerdo.

Localicé a Saul en su apartamento de la calle Treinta y ocho Este, lo empecé para la mañana siguiente, saqué el dinero del cajón de la caja fuerte y cerré la caja fuerte, di el dinero a Wolfe y le pregunté:

—Entonces, ¿no termino de pasar las notas a máquina?

—No. Vete a la cama. Tengo que trabajar.

Me fui. Cuando hube subido un tramo de escalones pensé que no sería mala idea volver a bajar de puntillas y sorprenderle enfrascado en el libro, pero llegué a la conclusión de que eso sólo le impulsaría a leer toda la noche.

# 11

Mi periódico matutino suele ser el *Times*, con la *Gazette* como complemento, pero aquel jueves concedí una atención especial a la *Gazette* porque tiene un sentido más agudo de la importancia del homicidio. Su artículo sobre la carrera y personalidad del joven genio publicitario que había sido asesinado por la espalda no decía que había al menos un centenar de hermosas y encantadoras mujeres en el área metropolitana con posibles motivos para

liquidarle, pero lo insinuaba.

Sin embargo, esto sólo era un estratégico huesecillo echado a los sabuesos del sexo para que lo mordisquearan. El eje de la historia era el concurso y la principal fuente de información, la señorita Gertrude Frazee, de Los Angeles. Había una fotografía suya en la tercera página que hacía su insólita combinación de extraños rasgos aún más pintorescos que al natural, y más difícil de creer. Había instruido concienzudamente al reportero sobre la Liga de Mujeres Naturales, le había contado todos los detalles de la cena del martes, sin olvidar el papel exhibido por Dahlmann y su aseveración

al respecto, y se había alargado sobre los derechos como concursante según el reglamento y el acuerdo.

De los otros concursantes, Susan Tescher, de la revista *Clock*, se había mostrado inaccesible para los periodistas, seguramente tras consultar a sus tres charlatanes. Harold Rollins había recibido a la prensa, pero no había hecho ninguna revelación o comentario; ni siquiera había explicado por qué ganar medio millón de dólares sería una desgracia irreparable para él. La señora Wheelock, que se alimentaba de pastillas, y Philip Younger, que tenía paroxismos, parecían haber sido tan comunicativos como la señorita Frazee.

Sus declaraciones eran indignadas, amargas y belicosas, pero diferían en un punto. Younger pensaba que la única solución justa era dividir el premio en cinco partes, mientras que la señora Wheelock no opinaba igual. Ella aspiraba al primer premio, y dijo que los cinco versos deberían retirarse y sustituirse por otros cinco, en circunstancias que proporcionarán igualdad de oportunidades a cada uno de ellos.

Quizá tendría que haberme limitado a leer la parte del concurso, ya que no habíamos sido contratados para el asesinato, pero sólo Fritz estaba en la cocina conmigo y él no me delataría.

Había gran cantidad de hechos que Cramer no había suministrado: que Dahlmann llevaba un traje azul oscuro, que había tomado un taxi para ir desde el Churchill hasta su apartamento y había llegado poco antes de las 11.30, que la mujer que le encontró cuando fue a prepararle el desayuno se llamaba Elga Johnson, que su apartamento constaba de dos habitaciones y un cuarto de baño, que la bala había tocado una costilla después de atravesar el corazón, y muchos otros detalles igualmente útiles. Sólo faltaba el nombre del asesino.

Me había levantado temprano, de modo que ya había terminado el

desayuno y los periódicos y estaba trabajando en el desayuno cuando llegó Saul Panzer. Saul no destaca precisamente por su belleza. Tiene la nariz mucho más grande de lo necesario, nunca da la impresión de estar recién afeitado. Uno de sus hombros es más alto que el otro y ambos son inclinados, y las mangas siempre le quedan cortas. Pero si yo estuviera encaramado en un árbol, con un círculo de hambrientos tigres a mi alrededor y un puñado de castores royendo el tronco del árbol, me tranquilizaría al ver acercarse a Saul. Nunca le he visto preocupado.

Llegó a las ocho en punto y fue directamente arriba, y yo volví a la

máquina de escribir. Bajó a las nueve menos cinco, pero no le oí hasta que llamó desde la puerta.

—¿Quieres venir a abrirme?

Giré la cabeza con un sobresalto.

—Desde luego. Voy en seguida. —

Me levanté—. ¿Has desayunado bien?

—Sabes que sí.

Llegué junto a él.

—¿Necesitas asesoramiento profesional?

—Por supuesto que sí. —Estaba descolgando sus cosas del perchero—. Empezaré por el principio e iré avanzando poco a poco.

—Me parece muy bien. —Abrí la puerta—. Si te cortan la garganta o algo

por el estilo, no dudes en telefonarme.

—Así lo haré, Archie. No te preocupes.

—De acuerdo. No te quites los guantes.

Se marchó y yo cerré la puerta y volví al trabajo. Hubo un tiempo en que me molestaba si Wolfe encargaba una misión a Saul sin decirme de qué se trataba, y le pedía a él que tampoco me lo dijera, pero de eso hacía muchos años. Ya no me molestaba; sólo me intrigaba porque no podía adivinarlo. Estuve más de diez minutos intentando deducirlo, pero luego comprendí que eso era tan inútil como leer una novela en verso, y seguí aporreando la máquina

de escribir.

Mi velocidad en mecanografía depende de las circunstancias. Una vez llegué a hacer diez páginas por hora durante tres horas, pero mi promedio está en torno a las seis o siete, y a veces me conformo con cuatro o cinco. Aquella mañana me lo tomé muy en serio, para adelantar lo más posible antes de que Wolfe bajara del invernadero a las once. Pero el teléfono me interrumpió; primero fue Rudolph Hansen, que quería un informe de nuestros progresos; luego fue Oliver Buff, que quería lo mismo; luego le tocó el turno a Philip Younger, que quería que le concertara una entrevista con los

directivos de la LBA y se enfadó cuando le di un pretexto, y por fin fue Lon Cohen de la *Gazette*, que quería saber alguna primicia sobre el asesinato de Dahlmann. Ocupado como estaba, no quise iniciar una discusión diciéndole que no trabajábamos en el asesinato; me limité a decirle que debería hacer cola, y no me molesté en preguntarle cómo sabía que estábamos involucrados en el asunto. Posiblemente a través de la señorita Frazee. A pesar de las interrupciones, a las once había terminado las notas de Wheelock, Younger y Tescher, y me dispuse a empezar las de Rollins.

Oí el ascensor y Wolfe apareció en

el umbral, me dio los buenos días, cruzó la habitación hasta su butaca, se acomodó en ella y habló.

—He dejado mis periódicos en la habitación. ¿Quieres prestarme los tuyos?

Tendría que haberlos puesto sobre su mesa, ya que sabía que desayunaría acompañado. Se los llevé y luego reanudé mi trabajo. El echó una ojeada al correo, compuesto principalmente por circulares y peticiones de ayuda, y después cogió los periódicos. Era lo más conveniente, ya que tal vez dieran alguna noticia que afectara al programa del día. Suele leer despacio, de modo que apresuré para haber terminado

cuando él estuviera listo. Aún eran las doce menos diez cuando saqué del rodillo la última página sobre Rollins, y tras ordenar los originales y las copias, me volví hacia él.

Había dejado los periódicos y estaba absorto en *La belleza de las cenizas*.

No se me ocurrió nada que decir. La situación era grave y podía llegar a ser crítica. Engrapé los informes, marqué una carpeta con el rótulo «Lippert, Buff y Assa» y los metí en ella, fui a guardar la carpeta en el archivador, regresé a mi mesa y la ordené, me volví hacia él y anuncié:

—Estoy listo. Hansen y Buff han

telefoneado para preguntarme cómo nos va, y les he contestado que no nos atosiguen. Philip Younger quiere que usted le ponga en contacto con la LBA, y le he dicho que quizá más tarde. Lon Cohen quiere el nombre del asesino y su fotografía antes de las cinco. Eso es todo. Espero instrucciones.

El terminó el párrafo; no, no era un verso. Terminó algo, y luego me miró por encima del libro.

—No tengo ninguna —declaró.

—Oh. ¿Tal vez mañana? ¿O algún día de la semana próxima?

—No lo sé, pensé en ello anoche y no lo sé.

Le miré con asombro.

—No puede hablar en serio —dije con énfasis—. Es lo más descabellado que he oído nunca. Sólo hace veinticuatro horas que aceptó el caso. ¿Por qué no lo rechazó? Que usted tenga la flema de quedarse sentado leyendo poesías es bastante grave, pero que pretenda lo mismo de mí... —Me levanté—. Renuncio.

—No te he dicho que leas poesías.

—Como si lo hubiera hecho. Me voy a ver el partido de béisbol.

El meneó la cabeza.

—No puedes renunciar en medio de un caso, y no puedes ir al partido de béisbol, porque no podría avisarte si te necesitara repentinamente.

—¿Para qué podría necesitarme?  
¿Para traerle una cerveza?

—No. —Dejó el libro, aspiró profundamente y se recostó—. Supongo que es lógico. Estás irritado porque no he confeccionado una lista de excursiones y hazañas para ti. Debes haber ponderado la situación, igual que yo. Me complace tu ansiedad por hacer algo. ¿Qué sugieres?

—Eso no me corresponde a mí. Si el que sugiere aquí fuera yo, ésa sería mi mesa y ésta sería la suya.

—De todos modos, insisto. Haz el favor de sentarte para que pueda mirarte sin estirar el cuello. Gracias. No hay nada que tú puedas hacer en relación

con esas personas que la policía no haya hecho ya, o esté haciendo, con recursos y efectivos incomparablemente mayores. Mantenerlos bajo vigilancia, investigar su pasado, averiguar si alguno de ellos tenía un arma, comprobar sus coartadas, hostigados con interrogatorios prolongados y repetitivos... ¿Quieres competir con la policía en algo de esto?

—Sabe muy bien que no. Quiero que se ponga a trabajar y me dé instrucciones. A menos que Saul se encargue de todo...

—Saul se ocupa de un pequeño detalle por el que no quería privarme de ti. Aceptarás mi conclusión de que en este momento ni tú ni yo podemos hacer

nada. Estas circunstancias tal vez continúen toda una semana, hasta después de que finalice el plazo. Los señores Hansen, Buff y O'Garro y Assa, así como también el señor Heery, se equivocan al pensar que el culpable debe ser descubierto antes de la fecha límite; por el contrario, será mucho más factible después de ese día, a menos que...

—Esto no nos favorecerá en nada. No podemos contener los tanto tiempo. Prescindirán de usted.

—Lo dudo. Tendría algo que decir al respecto. Y de todos modos, iba a puntualizar, que será más factible después de la fecha límite, a menos que

sucediera algo, y me inclino a pensar que sucederá. La tensión es casi insoportable, no sólo para el culpable, sino también para los demás, de un modo u otro. Por eso no puedes ir al partido de béisbol; tienes que estar disponible. Tampoco debemos olvidar las llamadas telefónicas. Se mostrarán cada vez más exigentes y habrá que manejarlos con discreción, pero con firmeza. Yo podría ocuparme de ellos, pero sería mejor hacerles creer que estoy enfrascado en la resolución del problema. Naturalmente, no deben saber que quizá debemos esperar hasta después del fin del plazo.

—Digamos que hacia el cuatro de

julio —sugerí con aspereza.

—Antes de ese día o nunca. —Fue tolerante—. Suelo tomar tus intromisiones como un mal necesario; en alguna ocasión han servido para algo, pero esto puede durar bastante y quiero gozar de cierta tranquilidad. Te aseguro, Archie...

Sonó el teléfono. Lo contesté, y una experimentada voz femenina me dijo que el señor O'Garro quería hablar con el señor Wolfe. Era evidente que la LBA volvía a regirse por sus normas de costumbre. Le contesté que el señor Wolfe estaba ocupado, pero que el señor O'Garro podía hablar con el señor Goodwin si lo deseaba. Ella dijo que

debía ser el señor Wolfe, y yo le dije que lamentaba no poderla complacer. Me pidió que esperase y al cabo de un momento me dijo que avisara al señor Goodwin, y yo le contesté que estaba al aparato. Entonces oí una voz masculina:

—¿Oiga, Goodwin? Soy Pat O'Garro. ¡Quiero hablar con Wolfe!

—Comprendo, pero tengo instrucciones estrictas de no molestarle, y no me atrevo a hacerlo. Cuando está absorto en un caso, como ahora en el suyo, no sólo es malo para mí interrumpirle, sino que es malo para el caso. Le han dado a roer un hueso duro y lo mejor es que le dejen en paz.

—¡Dios mío, tenemos que saber lo

que está haciendo!

—No, señor. Discúlpeme, pero se equivoca. O confía totalmente en su capacidad para resolver el caso o nada. Cuando trabaja tanto como ahora, nunca dice a nadie lo que está haciendo, y es un gran error preguntárselo. En cuanto haya algo que a usted le gustaría saber o necesite saber o en lo que pueda contribuir, se lo notificaremos sin tardanza. He hablado con el señor Hansen, y también con el señor Buff, sobre la visita que el inspector Cramer nos hizo anoche.

—Lo sé. ¿A qué hora de la tarde puedo pasar por ahí?

—A la hora que quiera. Yo estaré en

casa, y si lo desea puede echar un vistazo a las transcripciones de las charlas con los concursantes. El señor Wolfe estará arriba y no podrá bajar. Cuando está obsesionado por algo como lo está por esto, incluso se hace rogar para bajar a comer.

—Pero, maldita sea, ¿qué hace?

—Utiliza el cerebro que ustedes contrataron. ¿Acaso no decidieron que necesitaban un tipo de cerebro especial? Pues bien, ya lo tienen.

—Desde luego. Nos veremos esta tarde.

Le dije que me parecía muy bien, colgué y me volví para preguntar a Wolfe si tenía algo que oponer, pero

había cogido el libro abierto y no quise molestarle.

# 12

Sonó el teléfono y contesté, y una conocida voz de barítono dijo:

—Soy Rudolph Hansen. Quiero hablar con el señor Wolfe.

No me inmuté. Dije sencillamente:

—Nada que hacer. Ordenes de no molestar.

—Tonterías. Ya ha tenido que molestarse por el recado del señor O'Garro. Déjeme hablar con él.

—No le he dado el recado del señor O'Garro. Cuando me dice que no le

moleste por ningún concepto, lo dice en serio.

—¿No le ha dado el recado?

—No, señor.

—¿Por qué no?

—Dios mío, ¿cuántas veces tengo que repetírselo? No... molestar.

—Es un modo muy extraño de..., no importa. Quizá sea mejor. El señor O'Garro se ha mostrado demasiado impulsivo. Yo revoco ahora su decisión, como abogado de la empresa Lippert, Buff y Assa. El señor Wolfe es demasiado arbitrario y nosotros querríamos estar mejor informados, pero tenemos plena confianza en él y deseamos que siga adelante. Dígale

que... No, se lo diré yo. Pasaré a verle un poco más tarde.

Le di las gracias por llamar, colgué, subí de nuevo a la habitación de Wolfe y, oh milagro, no leía. Había dejado el libro y me miró con expresión mortificada.

—He dicho que no tardaría en bajar —gruñó

—Sí, pero ya no es necesario. Continúe trabajando. Hansen ha telefoneado como abogado de la empresa. Según él, O'Garro ha sido demasiado impulsivo. Tienen plena confianza en usted, lo cual demuestra lo poco que..., oh, bueno. Esperan que siga encargándose del caso. No le he

preguntado si estaban grabando la conversación.

Cogió el libro.

—Muy bien. Ahora nos darán un respiro...

—No muy largo. Hansen pasará más tarde.

El respiro duró diez minutos. Quizá once. Y terminó en el peor momento posible. Yo había encendido el televisor para ver el partido de béisbol, los Gigantes contra los Dodgers, y Willie Mays iba a batear en la cuarta entrada con un tanteo de dos a uno cuando sonó el teléfono. Saqué el sonido pero no la imagen, descolgué el auricular y recibí un susto doble. Oí decir a Oliver Buff

que tanto O'Garro como Hansen eran demasiado impulsivos y habían cometido un error, y otras cosas por el estilo, y simultáneamente vi lanzar a Mays una volea tan floja que hasta yo habría podido detenerla con la punta de la nariz. Cuando Buff terminó de hablar fui a apagar el televisor, y subí una vez más al primer piso. Wolfe me miró con recelo.

—¿Acaso es una broma? —inquirió.

—Que yo sepa, no —le dije—.

Parecían hablar muy en serio.

—Bah. Me refiero a ti. La llamada del señor Hansen invalidaba la del señor O'Garro. Podrías haberte inventado las dos; sería típico.

—Sin duda podría haberlo hecho, pero no ha sido así. Usted quería que dejase de entrometerme y lo ha conseguido. Esta vez era Buff. La LBA debe estar echando monedas al aire y desea que nos enteremos de los resultados. Buff ha invalidado tanto a O'Garro como a Hansen. Dice que han conferenciado y acaban de tomar una decisión. Quieren que usted les informe personalmente sobre los progresos realizados hasta la fecha, y están todos en la oficina de la LBA, incluido Talbott Heery, y no pueden salir para venir aquí, de modo que debe ir usted. Inmediatamente. De lo contrario, prescindirán de sus servicios. Yo le he

dicho, primero, que usted nunca sale de casa por trabajo, y segundo, que no deseaba ser molestado y no lo sería. No es la primera vez que lo oye. Me ha contestado que estuviese allí a las cuatro o se atuviera a las consecuencias. Ahora son las tres y cuarto. ¿Puedo hacerle una sugerencia?

—¿De qué se trata?

—Si alguna vez acepta otro encargo de esos tipos, aunque sea averiguar quién les roba los sujetapapeles, exíjales por escrito y firmado todo. Estoy cansado de correr escaleras arriba y abajo.

No me oyó. Con el codo apoyado en el brazo de la butaca, se pellizcaba la

punta de la nariz con el pulgar y el índice. A los pocos minutos habló.

—Como dije ayer, la tensión es casi insoportable, y tenía que ocurrir algo. Dudo que sea esto. Esto sólo debe ser la espuma de la frustración, pero quizá resulte interesante observar las burbujas. ¿Cuánto tardarás en llegar allí?

—A esta hora, de quince a veinte minutos.

—Tenemos tiempo de sobra. Lo aprovecharemos. Hasta el último segundo.

—Por supuesto. ¿Les digo que soy usted, va a prestarme uno de sus trajes y varios almohadones?

—Tú eres tú, Archie. Pero tengo que definir tu posición. Querías instrucciones y voy a dártelas. Siéntate.

# 13

Mi visita aquella tarde a su oficina probablemente costó a la LBA alrededor de tres mil dólares, quizá incluso cinco mil, pues más tarde encontré la ocasión de describir el decorado a Wolfe, pensando que lo tendría en cuenta cuando decidiera el montante de la factura, cosa que sin duda hizo.

Por la guía del vestíbulo del moderno y céntrico rascacielos me enteré de que la LBA ocupaba seis pisos, lo que me abrió los ojos y me

hizo escoger uno. Tras resolverme por el veintidós porque ostentaba el rótulo Dirección, encontré el ascensor adecuado, subí y llegué a una sala que habría sido perfecta para jugar al badminton sacándole las alfombras. Con unas cuantas sillas tapizadas con aparente descuido, y modernas lámparas aquí y allá, era un ambiente muy refinado. Dos o tres sillas estaban ocupadas, y al fondo, de cara a los ascensores, una aristocrática recepcionista de bonitas orejas estaba sentada tras una mesa que sobrepasaba los dos metros de longitud. Cuando me acerqué, me preguntó en qué podía servirme, y yo le di mi nombre y le dije

que quería ver al señor Buff.

—¿Tiene una cita, señor Goodwin?

—Sí, pero bajo un seudónimo; Nero Wolfe.

Esto sólo logró confundirla y hacerle desconfiar, pero finalmente lo aclaré y ella descolgó el teléfono y me pidió que esperase. Me dirigía hacia una silla cuando se abrió una puerta y apareció Vernon Assa. Se detuvo un momento para enjugarse la frente y el cuello con el pañuelo, y luego vino hacia mí. Los hombres bajos y rollizos son propensos a sudar, pero parecía que un alto ejecutivo de la LBA podría haber terminado de secarse antes de entrar en la sala de espera.

—¿Dónde está el señor Wolfe? — preguntó.

—En casa. Yo les informaré. A todos ustedes.

—No creo que... —titubeó—. Venga conmigo.

Pasamos a un ancho corredor alfombrado. La tercera puerta de la izquierda estaba abierta y la franqueamos. Era una habitación bastante grande, y sería bonita después de una limpieza a fondo, pero ahora todo se encontraba patas arriba. La brillante superficie de la larga mesa central de caoba estaba cubierta de ceniza de cigarrillo y trozos de papel, y las nueve o diez butacas que la circundaban se

hallaban distribuidas sin orden ni concierto. Una colilla de cigarro se había caído del cenicero sobre la madera.

Tres hombres, sin contar a Assa, me miraron, y yo les miré a ellos. Talbott Heery no parecía tan alto y corpulento cuando se había deslizado tanto en la butaca que casi se encontraba debajo de la mesa. El blanco cabello de Buff estaba revuelto, y tenía la cara abotargada. Estaba delante de Heery y tuvo que volverse en redondo para mirarme. El largo cuello de Rudolph Hansen presentaba un gran tiznón debajo de la oreja derecha. Se hallaba de pie a un lado de la mesa, con los brazos

cruzados y los hombros inclinados hacia adelante.

—Goodwin dice que nos informará —les anunció Assa—. Podemos oír lo que tenga que decir.

—A todos ustedes —declaré yo, no sin agresividad—. Incluido el señor O'Garro.

—Está en una reunión y no puede venir.

—Entonces, esperaré. —Me senté—. Ha rescindido el acuerdo y no serviría de nada llegar a un arreglo con ustedes si telefonea para rescindirlo en cuanto yo haya marchado.

—Lo ha hecho por iniciativa propia —dijo Buff— y sin autorización.

—¿No es un socio de la empresa?

—Sí.

—De acuerdo. Esperaré. Si aquí estorbo, indíquenme dónde.

—Llamadle —exigió Henry—. Será mejor acabar de una vez.

Todos empezaron a discutir, no conmigo sino unos con otros. Yo me limité a observar las burbujas, y las oí. No había duda de que la LBA estaba hirviendo, e intenté no perder ningún detalle, sabiendo que Wolfe querría un informe palabra por palabra, pero resultaba un poco confuso. Al fin lo decidieron, no supe exactamente cómo, y Buff descolgó un teléfono y habló, y a los pocos minutos se abrió la puerta y

apareció Patrick O'Garro. Aún iba todo de marrón, y sus penetrantes ojos marrones echaban chispas.

—¿Es que sois todos tontos? — exclamó—. Os he dicho que aceptaría la decisión que tomarais. No pretendo...

Le interrumpí.

—Espere, señor O'Garro. Es culpa mía. He venido a informarles en nombre del señor Wolfe, y usted debe hallarse presente. Yo estoy dispuesto a esperar, pero ellos tienen prisa..., algunos de ellos.

Dijo algo cortante a Heery, los otros dejaron oír su voz y pensé que el hervidero iba a empezar nuevamente, pero Buff se levantó y tomó a O'Garro

del brazo y le hizo sentar. Luego Buff volvió a su propia butaca, que estaba a la izquierda de la mía.

—Está bien, Goodwin —dijo—. Adelante. Saqué un papel del bolsillo y lo desdoblé.

—En primer lugar —anuncié—, aquí hay una carta para el señor Hansen, firmada por el señor Wolfe. Contiene una sola frase. Dice: «Por la presente le destituyo como mi abogado y le prohíbo representarme en materia alguna.» El señor Wolfe me ha dicho que se la entregue ante testigos.

Se la di a Assa, que se la dio a O'Garro, que se la dio a Hansen. Hansen le echó una ojeada, la dobló y se la

metió en un bolsillo.

—Prosiga —ordenó con rigidez.

—Si, señor. Hay tres puntos a considerar. El primero es el asunto en sí y cómo lo han manejado. En los años que llevo con el señor Wolfe ha tenido muchos necios por clientes, pero ustedes los superan a todos. Al parecer, ustedes...

—¡Por el amor de Dios! —exclamó O'Garro—. ¿Llama a esto informar? ¡Queremos saber lo que ha hecho!

—Pues no lo sabrán. Al parecer, no se han detenido a pensar en la naturaleza de este asunto. Se lo diré de otro modo: si ahora mismo él supiera quién fue allí y robó la cartera —y mató a Dahlmann,

añadamos esto también—, y sólo necesitara una prueba adicional y supiera que iba a obtenerla esta noche, aunque supiera todo eso, no les diría absolutamente nada. No lo haría hasta haber atado todos los cabos. Dominados por el pánico como están, todos ustedes excepto el señor Hansen, no sé si aún pueden entender algo, pero espero que entiendan esto.

—Yo no puedo —dijo Buff—. Es descabellado. Nosotros le contratamos y nosotros le pagaremos.

—Entonces, se lo explicaré mejor. ¿Qué ocurriría si les mantuviera perfectamente informados de lo que ya hemos hecho y estaba haciendo y se

proponía hacer? Sólo Dios lo sabe, pero a juzgar por como se han portado esta tarde, sería un verdadero desbarajuste. Uno u otro de ustedes llamaría cada diez minutos para revocar lo que el último había dicho y darle nuevas instrucciones. El señor Wolfe no acepta instrucciones, acepta un trabajo, y ustedes debían saberlo antes de contratarle... Usted lo sabía, ¿verdad, señor Hansen? Comentó que estarían a su merced.

—No precisamente en este sentido.  
—El abogado me miró con frialdad—. Pero conocía los métodos y maneras de Wolfe, es cierto. Reconozco que nuestras contradictorias llamadas de

esta tarde han sido lamentables, pero estamos sometidos a una gran presión. Necesitamos saber, al menos, si se ha hecho algún progreso.

—Lo sabrán cuando el señor Wolfe quiera decírselo. También él está sometido a una gran presión. Deben tener en cuenta que no trabaja para usted..., o usted..., o usted..., o usted..., o usted. Trabaja para la empresa de Lippert, Buff y Assa. Puedo decirles una cosa: si los hombres autorizados a hablar por la empresa quieren anular el convenio, quizá haya otra solución. Sólo es una sugerencia: ¿quieren preguntar al señor Heery si está dispuesto a tomar las riendas y hacer que el señor Wolfe le

represente a él en vez de la LBA?

—¡No! —exclamó O'Garro.

Assa miró a Hansen y el abogado meneó la cabeza. Buff dijo:

—No creo que mejorase la situación en nada. Nuestros intereses son idénticos.

Heery, mirando a su alrededor, dijo:

—Si lo deseáis así, decidlo.

Nadie lo dijo. Les di cuatro segundos y proseguí:

—Otro punto. Les he dicho que el inspector Cramer, de Homicidios, vino a ver al señor Wolfe. No cito sus propias palabras, pero cuando se marchó la impresión del señor Wolfe era que no sospechaba exclusivamente de uno de

los concursantes como autor del asesinato de Dahlmann y el robo de la cartera. Puede haberle matado alguna otra persona por una razón muy distinta, alguien que no se llevó la cartera ni ninguna otra cosa, y más tarde uno de ustedes fue a verle y le encontró muerto. Comprobó si tenía la cartera en el bolsillo, y así era, y como no quería que la hallaran sobre su cadáver, por temor a que el contenido del papel fuese publicado, cogió la cartera y huyó. Eso sería...

Todos rompieron a hablar al mismo tiempo. Hansen dijo:

—Absurdo. El señor Wolfe no pudo...

—Un momento —le interrumpí—. El señor Wolfe dijo a Cramer que consideraba probable que uno de los concursantes se llevara la cartera, y que eso suponía que quien mató a Dahlmann se llevó la cartera, pero eso no significa que pueda echar la idea de Cramer al cubo de la basura. No tiene pruebas de que no sucediera de este modo: lo único que tiene es lo que ustedes le han contado. Por lo tanto, si no quiere arriesgarse a ponerse en ridículo, y sin duda no quiere, debe conservar esa teoría en la lista de las posibilidades, y en este caso, ¿cómo va a decirles lo que está haciendo y se propone hacer? ¿A quién va a decírselo? Su cliente es

Lippert, Buff y Assa, pero no existe nadie llamado Lippert, Buff y Assa, y tendría que ser uno de ustedes, y podría ser el mismo que fue al apartamento de Dahlmann y se llevó la cartera. Así pues...

—A primera vista es absurdo —dijo Hansen—. Sería...

—Déjeme terminar. Así pues, el señor Wolfe tiene dos razones para no ponerles al corriente de sus movimientos: primera, no lo hace con nadie, y segunda, uno de ustedes podría ser el culpable y frustrar sus planes. No creo que él lo crea, pero es obvio que no correrá ese riesgo. Es inútil que intenten persuadirme de que es absurdo,

porque el experto en absurdos es el señor Wolfe, no yo. Y a él le corresponde juzgar. Eso es todo, excepto una cosa: que está harto de sus preguntas. He tenido que molestarle para contarle el espectáculo que han montado esta tarde porque tenía que preguntarle si quería que viniese aquí, y ahora les informo de que está harto. Sólo se aviene a seguir adelante si queda muy claro que los términos del acuerdo únicamente le comprometían a darles resultados, con toda la máxima rapidez y eficiencia posibles, utilizando sus propios sistemas y criterio. Si quieren que continúe sobre esa base, de acuerdo. Si no, quizá se avenga a trabajar para el

señor Heery, pero lo dudo, sin el consentimiento y la aprobación de la LBA, porque todos se hallan involucrados.

—¿Y luego qué? —preguntó Hansen, con más frialdad que nunca—. Me ha destituido como su abogado. ¿Qué haría?

—No lo sé, pero lo supongo, pues le conozco bastante bien. Creo que contaría todo lo que sabe al inspector Cramer, incluso lo que pueda haber averiguado desde que ustedes le contrataron, y después se olvidaría del asunto.

—¡Que lo haga! —tronó O'Garro—. ¡Al infierno con él!

—Tómalo con calma, Pat —  
aconsejó Buff.

—Creo que hemos pasado algo por alto —dijo Assa—. Hemos dejado que nuestros sentimientos personales prevalezcan sobre todo lo demás, y eso es un error. Lo único que queremos es salvar el concurso, y lo que debemos preguntarnos es si tenemos probabilidades de conseguirlo con Wolfe o sin él. Déjeme preguntarle esto, Goodwin. Convengo con el señor Hansen en que la idea del inspector Cramer es absurda, pero supongamos que el señor Wolfe encontrara una prueba, o eso le pareciera, de que uno de nosotros fue al apartamento de

Dahlmann, lo halló muerto y cogió la cartera. ¿A quién se lo comunicaría?

—Eso depende. Si la LBA siguiera siendo su cliente, a la LBA. Le contrataron, en palabras de Hansen, para averiguar quién robó la cartera y obtuvo el papel. Si hiciese aquello para lo que fue contratado, o él creyese así, informaría a su cliente y nadie más. Habría dos delitos implicados, como son robar una cartera y no dar parte del descubrimiento de un cadáver, pero eso no le importaría. Sin embargo, no podría informar a un cliente si ya no lo tuviera, y yo creo que daría todos sus datos a Cramer.

—Esto —dijo Hansen— es una

amenaza evidente.

—¿En serio? —le sonreí—. Lo lamento, pensaba que sólo estaba respondiendo a una pregunta. Lo retiraré.

Talbott Heery, sentado frente a mí al otro lado de la mesa, se levantó bruscamente, desplegando toda su estatura y corpulencia, y miró a su alrededor con ira.

—Jamás había visto tal hatajo de retrasados mentales —les espetó—. Sabéis muy bien que Nero Wolfe es el único que puede sacarnos de este lío sin que dejemos el pellejo, y poned mucha atención en lo que voy a decir. —Descargó ambos puños sobre la mesa—.

Voy a deciros una cosa: cuando venza el contrato habréis terminado con Productos Heery. Si hubiera tenido algo de sentido común...

—Grábalo, Tal —replicó O'Garro con voz estridente y burlona—. ¡Ve abajo y grábalo! ¡Nos arreglaremos sin ti y sin Nero Wolfe! No creas que...

Los otros también quisieron dar su opinión y el hervidero comenzó nuevamente. Yo estaba dispuesto a quedarme y observar las burbujas, pero Oliver Buff se levantó, me asió por una manga y me obligó a ponerme en pie, y después me arrastró hacia la puerta. Tenía los dientes clavados en el labio inferior, pero hubo de soltarlo para

hablar.

—Si quiere esperar fuera —dijo, empujándome hacia el corredor—, le avisaremos.

Cerró la puerta.

Fuera podía significar allí mismo, pero espiar es algo muy rastrero y pronto descubrí que no podía hacerlo, de modo que eché a andar por el pasillo y salí a la sala de espera. Había un par de clientes sentados en las sillas tapizadas, pero no los mismos que a mi llegada. Cuando me demoré allí en vez de pulsar el botón del ascensor, la aristocrática recepcionista me echó una ojeada y, como no quería preocuparla, fui a decirle que las pruebas habían sido

presentadas y estaba esperando el veredicto. Pareció a punto de dedicarme una sonrisa —yo llevaba un traje marrón oscuro a rayas que me favorecía bastante, con una camisa tostada y una corbata de lana de color beige—, pero decidió que más valdría esperar a oír el veredicto. Pensé que era demasiado cautelosa para alguien de mi temperamento, y crucé la habitación hasta una hilera de vitrinas que cubrían toda una pared y parte de otras dos. Estaban llenas con un surtido de objetos de todos los tamaños, formas, colores y materiales.

En mi calidad de detective, pronto averigüé lo que eran: muestras de los

productos de clientes de la LBA, pasados y presentes. Me pareció muy democrático que los tuvieran en la sala de espera de los directivos y no en un piso inferior con la plebe. En total debía haber varios miles de artículos distintos, desde bujías de encendido hasta transatlánticos, vasos de cartón y productos farmacéuticos, aunque en el caso de los barcos, camiones, neveras y otros objetos voluminosos, se habían decidido a exponerlos en fotografía. Había una bonita maqueta de una cocina ultramoderna completamente equipada, de unos cincuenta centímetros de largo, que me habría llevado para poner en una casa de muñecas si hubiese tenido una

esposa e hijos y si alguno de esos hijos hubiese sido una niña y a la niña le hubiesen gustado las muñecas. Estaba echando una segunda mirada a la sección de Productos Heery, que por sí sola contenía un centenar de muestras, e intentaba decidir qué me parecía el amarillo para los envoltorios, cuando la recepcionista me llamó y tuve que volverme.

—Puede entrar —dijo, y que me ahorquen si no esbozó una leve sonrisa.

Claro que había tenido mucho rato para inspeccionarme de espaldas, y nunca he llevado un traje que me siente mejor.

La recompensé con una mirada muy

expresiva mientras franqueaba la puerta del corredor.

En la sala de juntas de los directivos, supongo que lo era, no pude divisar por sus expresiones quién o qué había ganado. Sin duda, nadie parecía más contento o siquiera esperanzado. Heery estaba junto a la ventana de espaldas a nosotros, lo que consideré muy acertado, puesto que técnicamente no era una de las partes. Los otros me miraron sin benevolencia mientras me acercaba a la larga mesa.

Hansen tomó la palabra.

—Hemos decidido dejar que Nero Wolfe continúe en el caso, utilizando sus propios sistemas y su propio criterio

como usted ha manifestado, sin perjuicio de ninguno de nuestros derechos y privilegios. Uno de ellos es estar informados sobre las cuestiones que afecten a nuestros intereses, pero dejaremos esto a su discreción por el momento.

Yo había sacado el cuaderno y estaba tomando notas.

Una vez hecho esto, pregunté:

—¿Es una decisión unánime? El señor Wolfe querrá saberlo. ¿Está de acuerdo el señor Buff?

—Sí —dijo con firmeza.

—¿Señor Assa?

—Sí —contestó con cansancio.

—¿Señor O'Garro?

—Sí —dijo con rudeza.

—Bien. —Me guardé el cuaderno en el bolsillo—. Haré lo que pueda para convencer al señor Wolfe de que siga adelante, y si no les he llamado dentro de una hora significará que todo va bien. Me gustaría añadir algo: como ayudante confidencial yo también contribuyo un poco, y no puedo trabajar si me paso el día atendiendo a sus llamadas telefónicas, de modo que les agradecería que se refrenaran.

Me volví para marcharme, pero Buff me agarró por una manga.

—Comprenderá, Goodwin, que el elemento tiempo es vital. Sólo cinco días. Y esperamos que Wolfe lo

comprenda.

—Por supuesto que sí. Antes del miércoles a medianoche. Por eso no quiere que nadie le moleste.

Les dejé con su desgracia. Al pasar por la sala de espera, me detuve para decir a la recepcionista:

—Culpable de todos los cargos. Nos veremos en el río.

Fue un sobresalto para ella.

# 14

Los dos días siguientes, sábado y domingo, me hicieron comprender que mi solicitud había sido un error. El jueves y viernes habían resultado insoportables, pero al menos sus llamadas telefónicas me habían dado algo que hacer de vez en cuando, y con ellos amordazados, o casi, mi paciencia se vio sometida a una dura prueba. Uno podría pensar que después de tanto tiempo viviendo con Wolfe debería estar aclimatado, y lo estoy hasta cierto punto,

pero continuamente bate su propio récord. Tras relatarle con todo detalle mi sesión en la LBA, incluida una descripción del escenario, no se mencionó prácticamente el caso a lo largo de sesenta horas. El lunes por la mañana estaba dispuesto a creer que hablaba en serio al decir que sería más factible llegar a una conclusión después del término del plazo, y tuve que admitir que al menos era una idea original utilizar una fecha límite como punto de partida.

Pasé la mayor parte del fin de semana merodeando por la casa, pero me permití algún que otro paseo alrededor de la manzana, e incluso hice

un par de llamadas. El sábado por la tarde fui a Homicidios de Manhattan Oeste, en la calle Veinte, para ver al sargento Purley Stebbins. Naturalmente, se mostró receloso, pensando que Wolfe me había enviado para averiguar algo, pero también pensó que quizá yo pudiese aportarle algo, de modo que charlamos un rato. De hecho, cuando me levanté para marcharme me dijo que no había prisa. Más tarde, ya en casa, cuando informé a Wolfe y le dije que apostaba veinte contra uno a que la policía estaba tan perdida como nosotros, su único comentario fue un gruñido indiferente.

El domingo por la tarde gasté mis

seis dólares del dinero de la LBA invitando a Lon Cohen a tomar una copa en el bar de Yaden. Le pedí todos los detalles del caso Dahlmann y él se ofreció a firmarme un ejemplar de la *Gazette* del día anterior. Fue una gran ayuda. Entre los rumores no publicados se contaban éstos: Dahlmann tenía una deuda de juego por valor de noventa mil dólares. En su cartera había un montón de fotografías de mujeres pertenecientes a la alta sociedad, desnudas, había traicionado a un destacado político en un asunto publicitario. Todos los miembros de su empresa odiaban su falta de escrúpulos y se habían aliado contra él. El nombre de una de las

muchas mujeres con las que había tenido relaciones era Ellen Heery, la esposa de Talbott. Había sido un espía ruso. Había descubierto algo contra cierto filántropo y le extorsionaba. Y así sucesivamente. Lo normal, dijo Lon, con unos cuantos toques originales como tributo a la conspicua personalidad de Dahlmann. Naturalmente, Lon se negó a creer que Wolfe no trabajase en el asesinato, y casi rehusó a tomar otra copa cuando se convenció de que no tenía ninguna información para él.

Transmití los rumores a Wolfe, que aparentemente no me escuchó. Era el domingo por la noche, cuando se distrae apagando la televisión. Por supuesto,

primero tiene que encenderla, intermitentemente a lo largo de la noche, y eso requiere un gran esfuerzo, pero él ha tenido la previsión de instalar un dispositivo de control remoto en su mesa. De este modo puede desconectar hasta veinte programas por noche sin cansarse demasiado. Por regla general yo no estoy allí, ya que suelo dedicar las noches de los domingos a dar satisfacción a alguna dama, no importa cuál, siempre que cumpla ciertos requisitos, pero aquel domingo me quedé en casa. Si iba a ocurrir algo, tal como Wolfe había pronosticado, quería estar allí. Cuando subí a acostarme, bastante temprano, acababa de

desconectar *Guarniciones de plata*.

El estallido, si es que puede llamarse así, se produjo el lunes por la mañana después de las diez, en forma de una llamada telefónica, no para Wolfe sino para mí.

—No tiene la voz de Archie Goodwin —dijo un hombre a modo de saludo.

—Pues lo soy. Usted sí que tiene la voz de Philip Younger.

—No me extraña. ¿Es usted Archie Goodwin?

—Sí. El que rechazó su whisky escocés.

—Eso está mejor. Quiero verle en seguida. Estoy en mi habitación del

Churchill. Venga lo más de prisa que pueda.

—Ahora salgo. No tardaré apenas.

Eso demuestra en qué estado me hallaba. Debería haberle preguntado qué sucedía. Al menos debería haberme enterado de si estaban apuntándole con un arma. Hablando de armas, debería haber seguido mi costumbre de llevar una. Pero estaba tan harto y cansado de nada que reaccioné a favor de algo, y de prisa. Corrí a la cocina para decirle a Fritz que comunicara a Wolfe dónde estaba, cogí mi abrigo y mi sombrero al pasar por el perchero, bajé de un salto los escalones del porche, y me dirigí a paso vivo hacia la Décima Avenida para

tomar un taxi, a pesar de las gotas que empezaban a caer.

Mientras nos abríamos paso a través del tráfico con desesperante lentitud, murmuré al taxista:

—Pruebe circular por la acera.

—Sólo es lunes —contestó él de mal humor—. Queda una semana entera.

Finalmente llegamos al Churchill, entré y tomé un ascensor, hice caso omiso de la supervisora de la planta dieciocho, fui a la puerta de la habitación mil ochocientos veintiséis, llamé con los nudillos y obtuve permiso para entrar. Younger, con un aspecto menos parecido al viejo King Cole cuando estaba levantado y vestido, quiso

estrecharme la mano y yo no tuve objeción.

—Ha tardado mucho —se quejó—. Lo sé, lo sé, yo vivo en Chicago. Siéntese. Quiero preguntarle algo.

Pensé: «Dios mío, todo para nada, se le ha ocurrido otra idea para repartir el dinero y me ha llamado para vendérmela.» Tomé una silla y él se sentó en el borde de la cama, que estaba deshecha.

—Acabo de recibir una cosa por correo —dijo—, y no sé qué hacer con ella. Podría dársela a la policía, pero no quiero. Los oficiales que he visto hasta ahora no me han causado buena impresión. ¿Conoce a un tal teniente

Rowcliff?

—Desde luego. Puede confiar en él.

—No estoy tan seguro. También están esos publicistas que fueron con Dahlmann a la reunión, que es donde los conocí, pero no les he visto desde entonces, y tampoco me causaron buena impresión. Iba a telefonar a un hombre que conozco de Chicago, un abogado, pero sería muy largo explicarle todo el jaleo por teléfono. Así que he pensado en usted. Usted está al corriente de todo, y cuando vino aquí el otro día le ofrecí una copa. Cuando ofrezco una copa a alguien sin pensar, es una buena señal. Es una manera de juzgar a las personas como cualquier otra. Tengo que tomar

una decisión y tomarla de prisa, y lo primero es enseñárselo a usted y ver qué opina.

Sacó un sobre del bolsillo, lo miró, me miró y me lo alargó. Inspeccioné el sobre de papel blanco, que tenía los bordes rasgados donde había sido abierto. Señas mecanografiadas al señor Philip Younger, hotel Churchill. Ningún remite delante o detrás. Sello de tres centavos, matasellos en la Estación Gran Central a las 11.00 p.m. del 17 de abril de 1955. Contenía una sola hoja de papel doblado, que saqué y desdoblé. Era papel de hilo normal y corriente, sin nada impreso, pero mucho mecanografiado. El encabezamiento, en

mayúsculas, decía: RESPUESTAS DE LOS CINCO VERSOS DISTRIBUIDOS EL 12 DE ABRIL. Debajo estaban los nombres de cinco mujeres, con un breve comentario sobre cada una. Mantuve el semblante inexpresivo mientras los leía y veía que eran los correctos.

—Bueno —dije—, es muy interesante. ¿Qué es, una tornadura de pelo?

—Este es el problema..., o uno de los problemas. No estoy seguro. Creo que son las respuestas verdaderas, pero no lo sé. Tendría que ir a una biblioteca y comprobarlo. Iba a hacerlo, pero luego pensé que esto era dinamita, y me acordé de usted. ¿No es la primera...?

¡Oiga, démelo! ¡Es mío!

Yo había doblado distraídamente el papel y lo había metido en el sobre y estaba guardándomelo en el bolsillo.

—Oh, claro —dije—, tenga. —Lo cogió—. Es un buen problema. Déjeme pensar. —Reflexioné unos momentos—. Me parece —dije— que usted tiene razón, y lo primero que hay que hacer es comprobarlo. Pero lo más probable es que la policía aún le vigile. ¿Ha ido a alguna biblioteca los últimos días?

—No. Decidí no hacerlo. No sabría desenvolverme en una biblioteca desconocida, y esas dos mujeres, Frazee y Tescher, llevan demasiada ventaja. Decidí oponerme.

Asentí con amabilidad.

—Entonces, si un policía le sigue hasta la biblioteca precisamente ahora, cuando sólo faltan dos días para que venza el plazo, se preguntarán por qué ha empezado a trabajar de repente y querrán saberlo. El hombre para quien trabajo, Nero Wolfe, es muy aficionado a la lectura y tiene una gran biblioteca. He visto los títulos de los libros mencionados en esa carta y no me sorprendería que los tuviera todos. Tampoco le perjudicaría en nada consultarle acerca de esto.

—Estoy consultándole a usted.

—Sí, pero yo no llevo la biblioteca auestas. Y si un policía le sigue hasta

su casa, no importa. Saben que representa a Lippert, Buff y Assa en la cuestión del concurso, y todos los concursantes han estado allí menos usted.

—Esto es lo que no me gusta. El los representa y yo los combato.

—Entonces, no debería habérmelo enseñado. Yo trabajo para el señor Wolfe, y si cree que no se lo contaré tendrá que retirar lo que dijo el otro día sobre no haber sido un tonto desde hace veintiséis años. Basura.

Pareció complacido.

—Veo que lo recuerda —dijo.

—Lo recuerdo todo. Así que la alternativa se reduce a si se lo cuento yo

al señor Wolfe o se lo cuenta usted, y si lo hace usted, puede utilizar su biblioteca.

No tuvo que pensarlo demasiado. Abrió la puerta del armario y sacó un sombrero y un abrigo. Mientras metía un brazo dijo:

—Supongo que no bebe por la mañana.

—No, gracias. —Me dirigí hacia la puerta—. Pero si usted quiere un trago, no se prive.

—Lo dejé hace veintiséis años. — Me indicó que le precediera, me siguió, cerró la puerta y comprobó que estuviese bien cerrada—. Pero —añadió — ahora que puedo permitirme algunos

lujos, gracias a mi yerno, me gusta tener algo que ofrecer a los demás.

Mientras bajábamos en el ascensor se me ocurrió que querría los versos para consultarlos y le pregunté si los llevaba y me dijo que si.

Asegurarse de si siguen el taxi en que viaja uno en el congestionado centro de la ciudad requiere muchas maniobras, lo cual exige a su vez tiempo, y Younger y yo decidimos que no nos importaba en absoluto, de modo que salvo unas cuantas miradas curiosas hacia atrás nos desentendimos de ello. Cuando nos detuvimos frente a la vieja casa de la calle Treinta y cinco Oeste pagué al conductor, me apeé, subí los escalones y

toqué el timbre. Fritz abrió la puerta al momento y, mientras yo tomaba el abrigo de Younger, se aseguró de que viera su índice extendido, señal de que había una visita en el despacho de Wolfe. Le tranquilicé con una señal de cabeza, llevé a Younger al salón, le dije que sería una espera corta y en vez de utilizar la puerta que comunicaba con el despacho, que estaba insonorizada, di la vuelta por el vestíbulo.

Wolfe se hallaba en su butaca, con media docena de libros encima de la mesa, pero no leía. Miraba con expresión ceñuda a la señora James R. Wheelock, de Richmond, Virginia, que estaba en la butaca de cuero rojo,

mirándole del mismo modo. También yo fruncí el ceño al aproximarme. Fui un poco lento en llegar hasta ellos, porque necesité unos segundos para ver el título del libro situado encima del montón: *Las cartas de Dorothy Osborne a sir William Temple*. Una vez hecho esto, que fue suficiente, saludé a la señora Wheelock, informe a Wolfe de que Fritz le reclamaba en la cocina y salí.

Cuando se reunió conmigo en la cocina, el ceño había desaparecido y tenía los ojos brillantes. Yo fui el primero en hablar.

—Sólo quería preguntar le si ella tiene idea de quién le ha enviado las respuestas.

Sólo tardó medio segundo en reponerse de la sorpresa. Luego dijo:

—Oh, ¿las ha recibido también el señor Younger?

—Así es. Por eso quería verme. Está en el salón. Quería comprobar si son las respuestas correctas y le he sugerido que utilizase su biblioteca, pero veo que la señora Wheelock ha tenido la misma idea.

—No. Simplemente deseaba contármelo y consultarme. Yo le he propuesto mirar los libros; por fortuna, los tenía todos. No había esperado nada tan provocativo como esto. Muy satisfactorio.

—Si. Valía la pena aguardar. Una

pequeña desilusión para mí traerle a casa una loncha de tocino y descubrir que ya se está cortando una igual, pero lo importante es que lo tenemos. ¿Devuelvo la mía?

—De ningún modo. —Frunció los labios, y al cabo de un momento, prosiguió—: Yo se lo diré a ella. Tú díselo a él. Tráelo dentro de tres minutos.

Y salió.

Volví al salón y encontré a Younger en un sillón junto a la ventana, con una hoja de papel en cada mano, una de las cuales supuse que serían los versos.

—No es usted el único —le dije—. La señora Wheelock también los ha

recibido, y ha venido a enseñárselos al señor Wolfe. En este momento está con él. Tiene todos los libros y han verificado las respuestas, y no es una broma.

Me miró de soslayo.

—¿Ha recibido... esto mismo?

—No lo he visto, pero supongo que si.

—¿Y lo ha verificado?

—Así es.

Se levantó.

—Quiero ver el papel. ¿Dónde está?

—Lo verá. —Eché una ojeada a mi reloj—. Dentro de dos minutos y veinte segundos.

—¡Caramba! Entonces no es una

trampa. Esta es una de las cosas que he pensado, que alguien quería tenderme una trampa, pero no entendía por qué. ¿Lo ha recibido esta mañana por correo?

Le dije que sin duda ella nos proporcionaría todos los detalles, y exactamente cuando finalizaba el plazo abrí la puerta del despacho y le invité a entrar. Pasó junto a mí, fue directo hacia la señora Wheelock e inquirió:

—¿Dónde está el suyo?

Me acerqué y lo tomé por el codo, desvié su atención hacia Wolfe. Le conduje a una silla y dije a Wolfe:

—El señor Younger quiere detalles. Si el de la señora Wheelock es como éste y cuándo lo ha recibido, y así

sucesivamente.

Wolfe cogió una hoja de papel de encima de la mesa. Younger saltó de la silla y se acercó. Yo le imité, y lo mismo hizo la señora Wheelock. No se requería demasiada agudeza visual para ver que el de ella era una copia al carbón del de él. Los sobres, incluidos los matasellos, eran idénticos a excepción de los nombres. Cuando Younger se hubo convencido de esto, cogió uno de los libros, las *Memorias de Casanova*, y lo abrió. La señora Wheelock le dijo que no era necesario, que se trataba de las respuestas correctas, sin discusión alguna. No parecía haber cambiado de actitud acerca de la comida en el

Churchill, pero el fuego apagado de sus oscuros ojos hundidos se había reavivado en su excitación. Younger siguió adelante a pesar de todo, encontró una página del libro, y aún estábamos agrupados en torno a la mesa de Wolfe cuando sonó el teléfono.

Fui a la mesa para contestarlo, y oí el mismo refrán de costumbre:

—Quiero hablar con el señor Wolfe. Soy Talbott Heery.

Pero la restricción había sido levantada, tal vez. Avisé a Wolfe, y él descolgó el aparato y yo permanecí a la escucha.

—Nero Wolfe al habla. ¿Sí, señor Heery?

—Llamo desde mi oficina. Harold Rollins, uno de los concursantes, está aquí. Acaba de llegar, hace unos minutos, para enseñarme algo que ha recibido en el correo de la mañana. Lo tengo en la mano. Es una hoja de papel escrita a máquina con el encabezamiento: «Respuestas de los cinco versos distribuidos el doce de abril», y luego los nombres de cinco mujeres y comentarios sobre cada una. Naturalmente, ignoro si las respuestas son correctas o no, pero Rollins dice que lo son. Dice que ha venido a mí porque esto invalida el concurso, y mi compañía es responsable. Consulté a mi abogado al respecto, no a Rudolph

Hansen, pero primero le llamo a usted.  
¿Qué tiene que decir?

—No mucho, de momento. ¿Está el señor Rollins con usted?

—Está en mi despacho. Yo he venido a otra habitación para telefonar. ¡Por Dios, es lo único que me faltaba! ¿Qué hacemos ahora?

—Habrá que pensarlo detenidamente. Puede decir al señor Rollins que no es un caso aislado. La señora Wheelock y el señor Younger también han recibido una hoja como la que usted describe. Está encima de mi mesa..., las hojas, por supuesto. La señora Wheelock y el señor Younger están aquí. Probablemente los cinco...

—¡Tenemos que hacer algo!

Tenemos que...

—Por favor, señor Heery. —Llevo años estudiando el truco de Wolfe para atajar a un hombre sin alzar la voz, pero aún no lo he cogido—. Hay que hacer algo, desde luego, pero esto no apresura las cosas. Más bien al contrario. No puedo discutirlo ahora, y de todos modos no trabajo para usted, pero creo que esto requiere una conferencia de todos los afectados. Haga el favor de decir al señor Rollins que le esperamos en una reunión en mi despacho a las nueve de la noche. Invitaré a los demás, y le invito a usted ahora. En mi despacho, a las nueve, a menos que

digamos otra cosa.

—Pero ¿qué vamos a...?

—No, señor Heery. Tiene que disculparme. Estoy ocupado. Adiós, señor.

Colgamos y él se volvió hacia las visitas.

—El señor Rollins también ha recibido un papel como el de ustedes y se lo ha llevado al señor Heery. Es lógico suponer que las otras dos, la señorita Frazee y la señorita Tescher, no han sido excluidos. Ya han oído lo que he dicho sobre una reunión aquí a las nueve de esta noche, y también les esperamos a ustedes. ¿Vendrán?

—Estamos aquí ahora —contestó

Younger—. Esto hace que todo salte por los aires y usted lo sabe. ¿Por qué aplazarlo? ¡Que vengan ahora!

—No quiero esperar hasta esta noche —declaró la señora Wheelock, con una voz tan tensa que la inspeccioné en busca de algún temblor, pero no vi ninguno.

—No tendrá más remedio, señora. —Wolfe fue contundente—. Yo he de dirigir esta extraña jugarreta y consultar a mis clientes. —Levantó la mirada hacia el reloj—. Sólo nueve horas.

—No ha contestado a mi pregunta —se quejó ella—. ¿Debo enseñar esto a la policía y dejar que se lo queden?

Tenía el papel en la mano y Younger

tenía el suyo.

—Como guste..., o más bien como quiera. Si no quiere, cuando se enteren de que lo tiene, como sin duda se enterarán, se pondrán furiosos, pero ya lo están. Usted misma.

Yo me había levantado y estaba a medio camino hacia la puerta, para escoltarlos, pero ellos no venían. Querían saberlo todo. Younger se mostró tan obstinado que finalmente hube de tomarlo por el brazo y sacarle de la habitación, y cuando lo tuve en el vestíbulo con el sombrero y el abrigo puestos, no tenía ganas de ofrecerme una copa. Se marcharon juntos, y confié en que Younger llevara a la señora

Wheelock en taxi de regreso al hotel.

No tenía el físico ni el vigor para un congestionado autobús.

Volví al despacho y le dije a Wolfe:

—Sé que le gusta hacer su propia digestión, pero se me ocurre una cosa. En lo que respecta al concurso, ya no importa quién robó la cartera. Ahora todos tienen las respuestas y habrá que llegar a un nuevo acuerdo, de modo que, ¿en qué consiste nuestro trabajo?

—En lo mismo de siempre. Ya sabes para qué nos contrataron —gruñó Wolfe.

—Sí, señor. Lo sé. Pero, ¿y si el cliente ha perdido interés en aquello para lo cual nos contrató?

—Nos ocuparemos de esta

contingencia cuando llegue el momento. Por ahora tenemos mucho que hacer. Te dije que con tanta tensión iba a ocurrir algo, aunque debo confesar que no había anotado esto entre las posibilidades. Telefonarás a los otros, todos ellos, y les avisarás acerca de la reunión de esta noche, pero desde la cocina o tu habitación. Yo tengo que trabajar. No sé qué línea de conducta debo seguir en la reunión, y debo inventar alguna. Ahora que ha sucedido esto debemos actuar con rapidez, o estarás en lo cierto: nos quedaremos sin trabajo. Puedo necesitar... ¡Maldita sea!

Estaba sonando el teléfono. Lo descolgué automáticamente antes de

recordar que mi base de operaciones había sido trasladada. Una apremiante voz masculina me formuló, no una petición sino una orden, y yo tapé la bocina y me volví hacia Wolfe.

—Buff. Ya ha explotado. Usted y sólo usted.

Alargó la mano hacia su aparato. Yo permanecí a la escucha.

# 15

—Nero Wolfe al...

—Soy Buff. ¿Está intervenido su teléfono?

—Que yo sepa no. Creo que debemos suponer que no, tal como suponemos que no nos interrumpirá una bomba atómica. De otro modo la vida resultaría...

—No he podido localizar a Hansen, así que le llamo a usted. —Buff hablaba casi sin respirar—. Tengo a un detective municipal, un tal teniente Rowcliff, en

mi despacho. He venido a otra habitación para telefonar. Dicen que se han enterado de que uno de los concursantes, Susan Tescher, ha recibido una lista de las respuestas de los cinco versos en el correo de esta mañana. Antes de contármelo me ha preguntado cuántas copias de las respuestas había en existencia, y le he dicho lo que he estado diciéndoles a todos desde el principio: que sólo hay una en la caja de seguridad. No he mencionado la copia que hizo Goodwin. Pero ahora que esa mujer ha recibido una por correo, la policía...

—Un momento, señor Buff. Otros tres concursantes también han recibido

copias por correo, y supongo que...

—¡Otros tres! Entonces ¿qué... ?  
¿Quién las ha enviado?

—No lo sé. No he sido yo, y el señor Goodwin tampoco.

—¿Dónde está la copia que él hizo?

—En el compartimento interior de mi caja fuerte. Ahí es donde la guardó, y continúa en el mismo sitio. Espere un momento mientras lo comprueba.

Dejé el auricular, fui a la caja fuerte, abrí la puerta exterior e hice girar el disco de la combinación de la puerta interior. Eso requiere algo de tiempo. Al abrir la puerta, vi las hojas de mi cuaderno donde las había dejado. Las saqué, me aseguré de que no faltara

ninguna, volví a colocarlas en su lugar, cerré las dos puertas, anuncié a Wolfe: «Intactas», regresé a mi butaca y cogí el receptor.

Wolfe habló.

—¿Señor Buff? La copia del señor Goodwin continúa en la caja fuerte. La señora Wheelock y el señor Younger han venido a verme, y el señor Heery ha telefoneado para decirme que el señor Rollins estaba en su oficina. ¿Ha sabido algo del señor Heery?

—Sí. Ha telefoneado a Assa. Íbamos a llamarle cuando ha llegado ese detective. ¿Qué es eso de una reunión?

—Habrá una reunión a las nueve de la noche, en mi despacho, para todos los

afectados. El señor Goodwin iba a...

—Eso puede esperar. —Buff habló con un tono de ejecutivo que no había empleado antes—. ¿Qué hay de la policía? Les hemos mentido. Les hemos dicho que no había ninguna copia salvo la que está en la caja de seguridad. Yo acabo de repetírselo a este detective. Está esperando en mi despacho. ¿Qué me dice de eso?

—Bueno... —Wolfe se mostró juicioso—. Usted no se halla bajo juramento. No es el único en haber mentido a la policía, yo lo he hecho muchas veces. El derecho a mentir en servicio de los propios intereses es muy apreciado y ejercitado. Sin embargo, la

policía está investigando un asesinato, y ahora el número de copias de las respuestas será de vital interés para ellos. Hasta la fecha les habría molestado descubrir que ustedes les habían mentado; si ahora se lo oculta y ellos llegan a descubrir lo, se pondrán furiosos. Le sugiero que se lo confiese inmediatamente.

—¿Y admito que todos hemos mentado?

—Así es. No constituye ningún delito y no está penado por la ley. Nadie debe mentir si no es lo bastante astuto para saber cuándo ha de rectificar y cómo ha de hacer lo. Sobre la reunión de esta noche...

—Eso ya lo discutiremos más tarde.  
Le llamaré.

Cortó la comunicación. Wolfe colgó, empujó el teléfono hacia un lado, tomó aire hasta donde se veía una franja de su camisa amarilla entre el chaleco y los pantalones, como de costumbre, se recostó en la butaca y cerró los ojos.

—Ya sabrás —dijo— que esto nos proporcionará compañía.

—No puede evitarse —murmuró.

Como sabía de memoria los números de la LBA y el Churchill, sólo tuve que anotar el de la revista *Clock* y los de las oficinas de Hansen y Heery. Una vez hecho esto, fui a la cocina, donde Fritz estaba poniendo unos corazones de

cordero en adobo de leche agria y un surtido de hierbas y especias, le pregunté si podía usar su teléfono y empecé a llamar. Cuatro de ellos — Wheelock, Younger, Heery y Buff— ya estaban invitados y bastaría con llamarlos más tarde para recordárselo. Con toda probabilidad, Rollins también había sido invitado, pero esto tenía que comprobarse. Localicé a dos de ellos sin dificultades, O'Garro y Assa, en una sola llamada, pero perdí mucho rato con los demás. Cuatro llamadas distintas a la habitación de Gertrude Frazee, en el Churchill, la mil ochocientos catorce, en un período de cuarenta minutos, no obtuvieron respuesta. Tres llamadas no

bastaron para localizar a Rudolph Hansen, pero finalmente él me llamó, y naturalmente se empeñó en hablar con Wolfe. Yo me mantuve firme en que no podía ser y, aunque rechazó la invitación para la reunión, yo sabía que no se la perdería. También hablé con Harold Rollins, que con una corta frase llena de superioridad me dijo que estaría presente y colgó.

Susan Tescher fue aún más difícil. Primero *Clock* me dijo que estaba en una junta. Luego *Clock* me dijo que no había ido a trabajar. Pregunté por el señor Knudsen, el alto y huesudo, y estaba ocupado. Pregunté por el señor Hibbard, el alto y flaco, del equipo de

asesores legales, y conseguí hablar con él. Le informé sobre la reunión y quién asistiría, y le dije que si la señorita Tescher no venía tal vez se encontrara ante un *fait accompli* a la mañana siguiente, sabiendo que cualquier abogado prestaría oídos a un hombre que utilizase palabras como *fait accompli*. Cuando empezaba a marcar el número del Churchill para averiguar si la señorita Frazee había regresado, sonó el timbre de la puerta. Fui al vestíbulo para echar una ojeada a través del panel, y luego abrí la puerta del despacho. Aparentemente, Wolfe no había movido un solo músculo.

Anuncié:

—Stebbins. Abrió los ojos.

—Al menos, es mejor que el señor Cramer. Que entre.

Fui a descorrer el cerrojo de la puerta, la abrí y saludé con amabilidad:

—Hola, ¿qué tal? Le esperábamos.

—Apuesto a que sí.

Pasó junto a mí como una exhalación, levantando una ráfaga de aire, y dejó atrás el perchero, quitándose el sombrero al entrar en el despacho.

Cuando hube cerrado la puerta y le seguí, estaba en pie frente a la mesa de Wolfe, diciendo:

—... la copia de las respuestas del concurso que hizo Goodwin el miércoles pasado. ¿Dónde está?

Para conocer a Purley Stebbins en sus peores facetas hay que verle con Nero Wolfe. Sabe por experiencia que Wolfe es un rival temible para él y Cramer juntos, pero a pesar de ello se resiste a aceptarlo. El resultado es que habla demasiado alto y demasiado de prisa. Yo he visto trabajar a Purley con personas de todas clases, tomándose tiempo con la cabeza y con la lengua, y no lo hace nada mal. Detesta tratar con Wolfe, pero siempre viene él en vez de cargar la responsabilidad a otro.

Wolfe le dijo en un murmullo:

—Siéntese, señor Stebbins. Ya sabe que no me gusta estirar el cuello.

Eran estas cosas las que

desagradaban a Purley. Seguramente le habría gustado replicar: «Me importa un comino su maldito cuello», y casi lo hizo, pero se contuvo y tomó asiento en una silla. Nunca se sentaba en la butaca de cuero rojo.

Wolfe me miró.

—Archie, háblale de la copia que hiciste.

Obedecí.

—El miércoles pasado fui a la bóveda de seguridad con Buff, O'Garro y Heery. Sacaron la caja y la abrieron. Yo abrí dos sobres, uno con los versos y otro con las respuestas, e hice copias en cuatro hojas de mi cuaderno. Los originales volvieron a meterse en los

sobres, los sobres en la caja, y la caja en la bóveda. Regresé directamente a casa con las copias y las guardé en la caja fuerte en cuanto llegué, y están allí desde entonces.

—Quiero verlas —declaró Purley con voz áspera.

Wolfe le contestó.

—No, señor. No serviría de nada a menos que las inspeccionara, y si se las entregáramos no nos las devolvería. No tendría sentido en ningún caso. Ya que el señor Buff decidió revelar su existencia, sabíamos que vendría, y si les hubiera sucedido algo el señor Goodwin podría haber hecho un duplicado y haberlo metido en la caja

fuerte. No. Ya le decimos que están ahí.

—¿Y han estado siempre ahí desde que Goodwin las metió el miércoles pasado?

—Sí. En todo momento.

—¿No las han sacado ni una sola vez?

—No.

Purley Stebbins volvió su rostro curtido hacia mí.

—¿Usted tampoco?

—Tampoco. Espere un momento: sí que lo he hecho. Hace una hora. Buff estaba al teléfono y quería saber dónde se encontraban, y el señor Wolfe me he pedido que echara una ojeada para asegurarme. Las he sacado, les he dado

un vistazo y he vuelto a guardarlas. Esta es la única vez que han salido de la caja fuerte desde que las guardé en ella.

Giró bruscamente la cabeza hacia Wolfe y ladró:

—Entonces ¿para qué demonios las quería?

Wolfe movió la cabeza.

—Es una buena pregunta. Para contestarla adecuadamente, tendría que retroceder hasta aquel día y recordar todas mis impresiones, conjeturas y planes, y ahora estoy ocupado y no tengo tiempo. Así pues, sólo le diré que se me ocurrieron algunas ideas que no han madurado. Habrá de conformarse con esto.

Purley torció el gesto.

—Lo que pensaba —dijo.

—¿A qué se refiere?

—He dicho lo que pensaba. Igual que el inspector. Quería venir él mismo, pero llegaba tarde a una cita con el comisionado, de modo que me ha enviado a mi. Pensamos que usted ha enviado las copias de las respuestas a los concursantes. —Cerró la boca. La abrió—. O pensamos que es posible, y queremos saberlo. No tengo que decirle lo que significa para esta investigación criminal que usted... ¡Demonios, no tengo que decirle nada! Le hago una pregunta directa: ¿envió usted copias de esas respuestas a los concursantes?

—No, señor.

—¿Sabe quién lo ha hecho?

—No, señor.

Purley se volvió hacia mí.

—¿Las ha enviado usted?

—No.

—¿Sabe quién lo ha hecho?

—No.

—Creo que ambos mienten —gruñó.

Fue todo un ejemplo. Hablaba demasiado de prisa.

Wolfe levantó los hombros y los bajó de nuevo.

—Después de esto —manifestó— es inútil proseguir la conversación.

—Sí, me temo que sí. —Purley tragó saliva—. Lo retiro. Lo retiro porque

quiero pedirles un favor. El inspector me ha aconsejado no hacerlo. Ha dicho que si Goodwin ha mecanografiado esas copias, no ha debido utilizar esa máquina que hay aquí, y tal vez esté en lo cierto, pero yo les pido que me dejen escribir algo con esa máquina —la señaló con el pulgar— y me permitan llevarme el papel. ¿Y bien?

—Por supuesto —accedió Wolfe—. Es bastante imprudente, pero lo considero mejor que prolongar la conversación. Estoy ocupado y casi es hora de almorzar. ¿Archie?

Me acerqué a la máquina, metí una hoja de papel en el rodillo, dejé libre la silla, y Purley la ocupó y empezó a

teclear. Sólo empleaba los índices, pero iba bastante de prisa. Yo me quedé detrás de él y observé lo que escribía:

«Muchos hombres mínimos vinieron corriendo y el rápido zorro marrón saltó sobre la luna perezosa y ahora ha llegado el momento de que todos los hombres buenos acudan en ayuda del grupo.

234567890—

SDFGHJKL:QWERTYUIOPZXCVBNM

Cuando hubo sacado la hoja y estaba enrollándola, dije esperanzadamente:

—Por cierto, tengo una vieja máquina en mi habitación que uso

algunas veces. Debería llevarse una muestra de ella. Venga.

Fue un error, porque si no lo hubiese dicho probablemente habría tenido el placer de oírle dar las gracias a Wolfe por algo, lo que aún no había sucedido nunca. En cambio replicó: «Confítesela y tómesela para almorzar», recogió el sombrero del suelo y salió a toda prisa. Cuando llegué al vestíbulo, ya había abierto la puerta principal. No la cerró a sus espaldas, lo que me pareció muy mezquino por parte de un sargento. Fui a cerrarla, eché el pestillo y volví al despacho.

Wolfe estaba frente a la estantería, colocando a Casanova, Dorothy

Osborne y los demás en su lugar. Ya que sólo faltaban diez minutos para la hora del almuerzo, no era probable que siguiese trabajando. Me quedé mirándole.

—Al parecer —comenté—, las reglas han cambiado, pero usted podría habérmelo dicho. Nunca se ha expresado con palabras, pero siempre he sabido que cuando desea mantener algo en secreto me envuelve en una cortina de humo, pero no me dice una mentira. Puede mentir a otros en mi presencia, y lo ha hecho a menudo, pero no a mí cuando estamos solos. De modo que le he creído al asegurarme que le había sorprendido que los concursantes

recibieran una carta con las respuestas. No me quejo; sólo digo que me gustaría saber cuándo decide cambiar las reglas.

Terminó de colocar el último libro, perfectamente alineado con el borde del estante, y se volvió.

—No he cambiado las reglas.

—Entonces, ¿he estado equivocado desde el principio? ¿Le parece bien decirme una mentira cuando estamos solos?'

—No. Nunca me ha parecido bien.

—¿Y ahora sí?

—No.

—¿No me ha mentado acerca de las respuestas?

—No.

—Comprendo. Entonces será mejor que le deje trabajar tranquilamente durante toda la tarde. Si aún no tiene un programa para la reunión de esta noche, y es evidente que no lo tiene, me alegro de que le corresponda elaborarlo a usted y no a mí.

Fui a mi mesa y coloqué la máquina de escribir en su sitio, para tener algo que hacer. Me gusta pensar que soy capaz de entrever las cosas, y durante la última hora me había convencido a mí mismo de que sabía cuál había sido la misión de Saul Panzer; y no me gusta creer un engaño, en especial si procede de mí mismo. Empujé la máquina de escribir con brusquedad y di un golpe

inintencionado contra el borde de la mesa, y Wolfe me miró con asombro.

# 16

A las cuatro todo el mundo estaba convocado para la reunión de la noche, con una sola excepción. Wheelock, Younger, Buff, y Heery recibieron una llamada recordatoria. O'Garro, Assa, Rollins y Hansen no la necesitaron. En cuanto a Susan Tescher, Hibbard había telefoneado para decir que acudiría si él podía acompañarla, y yo había accedido sin objeciones de ninguna clase. La excepción era Gertrude Frazee. Intenté localizarla cinco veces después de

almorzar, tres desde la cocina y dos desde mi habitación, pero no tuve éxito.

Cuando, a las cuatro en punto, Fritz y yo oímos subir el ascensor de Wolfe hacia la azotea, fuimos al despacho para hacer algunos preparativos preliminares. Vendrían diez personas, once si conseguía hablar con Frazee, de modo que era necesario llevar sillas del salón y el comedor. Wolfe había dicho que debíamos ofrecerles un refrigerio, de modo que fue necesario colocar una mesa al lado del sofá, cubierta con un mantel de hilo amarillo, con servilletas y otros accesorios. Fritz ya había empezado a hacer canapés y otros tentempiés y había llenado el termo de

cubitos de hielo. No era preciso verificar las existencias de líquidos, pues Wolfe lo hace personalmente al menos una vez por semana. Detesta que alguien, incluso un policía o una mujer, pida algo que no tenga. Cuando tuvimos las cosas bajo Control, Fritz regresó a la cocina y yo fui a mi mesa para llamar de nuevo a Frazee.

Esta vez tuve suerte, ya que contestó ella misma y admitió recordarme. Se mostró un poco fría, preguntándome qué querría, pero lo pasé por alto.

—La llamo —dije— para pedirle que asista a una reunión en el despacho del señor Wolfe a las nueve de la noche. Los otros concursantes estarán aquí, así

como el señor Heery, y miembros de la empresa de Lippert, Buff y Assa.

—¿Para qué?

—Para comentar la situación actual.

Ya que los concursantes han recibido una lista de las respuestas de una fuente desconocida, tiene que haber...

—Yo no he recibido ninguna respuesta de ninguna fuente, conocida o desconocida. Espero una llamada de mis amigas el miércoles por la mañana, y tendré las respuestas antes de la fecha señalada. Estoy harta de monsergas.

Cortó la comunicación.

Yo colgué el auricular y reflexioné unos momentos; llamé al invernadero por el teléfono interior y oí la voz de

Wolfe.

—¿Quiere que la señorita Frazee esté presente esta noche? —le pregunté.

—Quiero que todos lo estén. Ya te lo he dicho antes.

—Sí, le he oído. Entonces tendré que ir a buscarla. Acaba de decirme por teléfono que no ha recibido las respuestas y que ya está harta de monsergas. Y ha colgado. En el mejor de los casos, habrá roto el sobre y el papel y los habrá tirado al inodoro. ¿Quiere que venga?

—Si. Vuelve a telefonarla.

—Sería inútil. No está de humor para charlas.

—Entonces tendrás que ir.

Me mostré de acuerdo, fui a la cocina para pedir a Fritz que me acompañara a la puerta y echara el cerrojo, cogí el sombrero y el abrigo y me marché.

El reloj situado sobre la hilera de ascensores del Churchill marcaba las cinco y diecisiete. En el taxi había considerado tres enfoques distintos y no me había decidido por ninguno de los tres, de modo que estaba ensimismado y no reparé en el hombre que entró en el ascensor antes de cerrarse las puertas y se quedó de espaldas delante de mí. Pero cuando salió en el piso dieciocho, igual que yo, y se dirigió hacia la supervisora y le dijo: «La señorita

Frazeo, mil ochocientos catorce», me fijé en él y le reconocí. Era Bill Lurick, de la *Gazette*. que sólo se ocupa de asuntos menos graves que el homicidio cuando no hay ningún homicidio a mano. Pensé: «Santo Dios, la han liquidado», y apresuré el paso para darle alcance, mientras avanzaba por el pasillo, y le saludé.

Se detuvo.

—Hola, Goodwin. ¿Cómo tú por aquí? ¿Qué pasa?

—A mí que me registren. Estoy haciendo suscripciones para revistas. ¿Qué motivos te traen a ti?

—Siempre evasivo, ¿eh? El clásico tipo escurridizo. Yo no soy así; cuando

me hacen una pregunta en seguida la contesto. —Siguió andando—. Hemos sabido que la señorita Gertrude Frazee daría una conferencia de prensa.

Naturalmente, era una broma, pero cuando doblamos la esquina y llegamos a la habitación mil ochocientos catorce, y eché una ojeada al interior por la puerta abierta, vi que no lo era. Había tres hombres y una mujer, y yo conocía a dos de ellos: Al Riordan, de la *Associated Press*, y Missy Coburn, del *World—Telegram*. Lurick preguntó a un hombre situado junto a la puerta si se había perdido algo, y el hombre contestó que no, pues ella insistía en esperar hasta que llegara el representante del

*Times*, y Lurick respondió que era lógico, que no empezarían el día del juicio universal hasta que alguien del *Times* estuviera presente. Un hombre se acercó por el pasillo, saludó y entró, y uno de los otros dijo:

—Está bien, señorita Frazee. Este es Charles Winston, del *Times*.

La oí preguntar:

—¿El *New York Times*?

—Así es. Todos los demás son imitaciones. ¿Cree que uno de los concursantes mató a Louis Dahlmann?

—No lo sé y no me importa. —Yo no la veía, pero hablaba en voz alta y clara—. Les he pedido que vengan porque el público americano debe saber,

especialmente las mujeres americanas, que se está perpetrando una estafa gigantesca. Tres personas distintas me han acusado de haber recibido una carta con las respuestas del concurso, lo cual no es cierto. Dicen que los otros concursantes han recibido una lista con las respuestas, y no sé si es verdad o no, pero no tienen derecho a acusarme. Es un insulto para las mujeres americanas. Es un truco para desbaratar el concurso y librarse de pagar los premios a quienes los han ganado, lo cual es despreciable. Y es a mí a quien quieren engañar. Tienen miedo de la publicidad que al fin ha alcanzado la Liga de Mujeres Naturales; tienen miedo de que

las mujeres americanas empiecen a escuchar nuestro gran mensaje...

—Discúlpeme, señorita Frazee. Necesitamos los hechos. ¿Quiénes son las tres personas que la han acusado?

—Uno es un policía, de esos que no llevan uniforme, y no sé su nombre. Otro es un hombre llamado Hansen, un abogado; creo que su nombre de pila es Rudolph, y representa a los organizadores del concurso. El tercero es un hombre llamado Goodwin, Archie Goodwin, que trabaja para ese detective, Nero Wolfe. Están todos conchavados. Es una sucia conspiración para...

Yo había sacado el bloc de notas, al

mismo tiempo que los periodistas, principalmente por la novedad de participar en una conferencia de prensa sin pertenecer al Gremio de Periodistas Americanos, y lo escribí todo, pero dudo que valga la pena relatarlo al pie de la letra. Fue un simple forcejeo. Ella quería concentrarse en la Liga de Mujeres Naturales, acerca de la cual ya había hablado varias veces con anterioridad, y ellos querían información sobre la supuesta lista de respuestas enviadas a los concursantes, noticia que merecería figurar en primera página por su relación con el asesinato si lograban obtenerla. Pero difícilmente podrían hacerlo, ya que ella aseguraba

no haber recibido ninguna lista y no saber nada del asunto. No obstante, siguieron presionándola hasta que Lurick exclamó de repente: «¡Eh, Goodwin está aquí!», y se dirigió hacia la puerta.

En lugar de retroceder, crucé el umbral y apoyé la espalda en la puerta abierta, ya que lo principal era cerciorarme de que no la cerraran dejándome en el lado indebido. Todos se agolparon a mi alrededor, de modo que ni siquiera tuve sitio para doblar el codo y meterme el cuaderno en el bolsillo, y todos me preguntaron si los concursantes habían recibido una lista de las respuestas y, en este caso, cuándo

y cómo y de quién.

Les miré como amigos.

Siempre es mejor mirar a los periodistas como amigos si en realidad no pretenden meterse contigo.

—¡Un momento, por favor! —dije—. ¿En qué situación está un hombre cuando tiran de él en dos direcciones?

Charles Winston del *Times* dijo:

—Anómala.

—Gracias. Es la palabra que necesitaba. Me encantaría ver mi nombre en los periódicos, y el nombre de mi jefe, Nero Wolfe, escrito con una e final, y ésta es una gran oportunidad, pero tendré que desaprovecharla. Como todos ustedes han advertido en seguida,

si alguien ha enviado una lista de las respuestas a los concursantes es un factor terminante en un caso de asesinato, y sería incorrecto que yo les hablara de ello. Esto incumbe a la policía y al fiscal del distrito.

—Oh, no me vengas con eso, Archie —exclamó Missy Coburn.

—Suéltalo —dijo Bill Lurick.

—¿Acaso opina —preguntó, cortés pero firmemente, Charles Winston del *Times*— que un ciudadano particular debe ocultar a la prensa cualquier información relativa a un caso de asesinato, y que la única fuente de dicha información para el público deben ser las autoridades legalmente constituidas?

Yo no quería provocar las iras del *Times*.

—Escuchen, amigos —dije—, pueden conseguir una historia, pero no de mí, pues tengo razones que me impiden contársela, de modo que no pierdan el tiempo intentando convencerme. Acudan al inspector Cramer, o a la oficina del fiscal del distrito. Han oído que la señorita Frazee ha mencionado a Rudolph Hansen, el abogado. Les he dicho que hay una historia, de modo que esto ya está zanjado, pero tendrán que conseguirla en otra parte. Ni torturándome lograrán arrancarme una palabra más.

Insistieron un poco más, pero unos

momentos después uno de ellos salió del círculo y enfiló el pasillo, y como los otros no querían que les pisara la noticia se apresuraron a ir tras él. Yo me quedé en el umbral hasta que el último de ellos desapareció de mi vista y entonces, dejando la puerta abierta, me volví y entré. Gertrude Frazee, ataviada con la misma vestimenta de museo que llevaba cinco días antes, salvo el sombrero, estaba sentada en un sillón adosado a la pared, mirándome con frialdad.

Habló.

—No tengo nada que decirle. Puede irse. Haga el favor de cerrar la puerta.

Había olvidado que el movimiento de sus labios en ángulo recto con su

inclinación, y el movimiento de su mandíbula en sentido ascendente y descendente, creaban una situación anómala, y tuve que esforzar me en prestar atención a sus palabras.

—Tiene que admitir una cosa, señorita Frazee —dije con seriedad—. Yo no he intentado estropearle la conferencia de prensa. Me he mantenido al margen y, cuando han recurrido a mí, ¿qué he hecho? Me he negado a revelarles nada, porque he considerado que no sería justo para usted. Usted había convocado la conferencia y yo no tenía derecho a inmiscuir me en ella.

No se ablandó en absoluto.

—¿Qué quiere?

—Supongo que ahora nada. Iba a explicarle por qué creía que debía venir a la reunión de esta noche en el despacho del señor Wolfe, pero supongo que ahora no estará interesada.

—¿Por qué no?

—Porque usted ya ha expuesto su opinión. No sólo eso; ha cometido una indiscreción. Nadie más que nosotros debía saber que pensábamos reunirnos esta noche, en especial la prensa, pero ahora esos periodistas nos acosarán a todos, con la seguridad de que averiguarán lo que pretenden, y montarán guardia ante la casa del señor Wolfe. No me sorprendería que incluso fueran invitados a entrar. Los otros se

enterarán de que usted les ha contado su versión de la historia, y naturalmente querrán contarles la suya. Así que si usted estuviera allí podría haber una pelea delante de los periodistas, y no creo que eso le gustara. De todos modos, como he dicho, usted ya he expuesto su opinión.

Con su modelo facial único no podía haber nada seguro, pero me pareció que la había convencido, de modo que terminé:

—Así pues, supongo que no está interesada y que he recorrido el camino para nada. Lamento haberla molestado. Si le importa saber qué ocurre en la reunión lea los periódicos matutinos,

especialmente el *Times*.

Me volví para marcharme, pero su voz me detuvo.

—Joven.

La miré.

—¿A qué hora es la reunión?

—A las nueve.

—Allí estaré.

—Por supuesto, señorita Frazee, si así lo desea, pero en vista de las circunstancias dudo que...

—Allí estaré.

Le sonreí.

—Prometí a mi abuela no discutir jamás con una dama. Hasta luego, entonces.

Al salir, tiré de la puerta, cerrándola

suavemente hasta que la cerradura encajó con un leve chasquido.

Cuando llegué a casa eran más de las seis y Wolfe debería haber bajado del invernadero, pero no lo había hecho. Fui a la cocina, donde Fritz estaba colocando dos rollizos patos en una cazuela, le pregunté qué sucedía, y me enteré de que Wolfe había bajado de la azotea, pero había salido del ascensor en el primer piso y había ido a su habitación. Eso era insólito, pero no alarmante, de modo que seguí haciendo preparativos para la reunión. Cuando terminé, la mesa contigua al sofá del despacho estaba lista: ocho marcas de whisky, dos de ginebra, dos de coñac,

una garrafa de oporto, crema de jerez, armagnac, cuatro licores de fruta y un amplio surtido de cordiales. El jerez seco estaba en la nevera, igual que las cerezas, aceitunas, cebollas y cortezas de limón, donde permanecerían hasta después de la cena. Mientras arreglaba las botellas, me sorprendí preguntándome cuál de ellos resultaría ser el asesino, pero me apresuré a sustituir esa palabra por ladrón, ya que no estábamos interesados en el asesinato.

A las seis y media decidí subir a averiguar si Wolfe había tropezado con un cordón del zapato o algo por el estilo, y, tras llegar al primer piso y

llamar a su puerta con los nudillos y oír un gruñido, entré. Completamente vestido, con los zapatos puestos, estaba echado encima de la cama, sobre la colcha de seda negra.

Absolutamente insólito.

—¿Qué le pasa? —inquirí.

—Nada —rezongó.

—¿Aviso al doctor Vollmer?

—No.

Me acerqué para verle mejor.

Parecía irritado, pero nunca se había muerto de eso.

—La señorita Frazee también vendrá —le anuncié—. Estaba celebrando una conferencia de prensa. ¿Quiere que se lo cuente?

—No.

—Discúlpeme por molestarle —dije con frialdad, y me volví para salir de la habitación, pero a los tres pasos me llamó y yo me detuve.

Se incorporó sobre los codos, pasó las piernas por encima del borde de la cama, se levantó, y aspiró profundamente.

—He cometido un grave error —dijo.

Esperé.

Aspiró de nuevo.

—¿Qué hora es?

Le dije que las siete menos veinticinco.

—Sólo faltan dos horas y media y

hay que cenar. Confiaba en que este suceso bastaría para suministrarme material de sobra para una estratagema efectiva, y me equivoqué. No digo que haya sido un tonto. He confiado demasiado en mi ingenio y mi astucia, aunque sobre la sólida base de la experiencia. Pero me he equivocado. Varias personas han intentado verme a lo largo de toda la tarde, y yo me he negado a recibirlas. Me consideraba capaz de idear alguna jugada sin ayuda de nadie, pero no lo he sido. Tendría que haber hablado con ellos. Oh, puedo seguir adelante, pues no estoy totalmente desprovisto de recursos; incluso es posible que consiga algo, pero he

metido la pata. Ahora mismo tú me has preguntado si quería que me contaras tu entrevista con la señorita Frazee, y te he dicho que no. Ha sido muy fatuo por mi parte. Cuéntamela.

—Sí, señor. Como le he dicho, estaba celebrando una conferencia de prensa...

El timbre de la puerta resonó en toda la casa y también en nuestros oídos. Miré a Wolfe con sorpresa. El me ordenó:

—¡Que pase! ¡Sea quien sea!

# 17

Era Vernon Assa.

No encajaba tan mal como la señora Wheelock en la butaca de cuero rojo. Al menos estaba rollizo, y su intenso bronceado iba bien con el rojo, pero era demasiado bajo. Yo he examinado a muchas personas en esa butaca, y sólo ha habido una que se adaptara perfectamente a ella. Algún día les hablaré largo y tendido sobre ese tema.

Uno habría podido pensar, después de lo que acababa de decirse arriba, que

Wolfe recibiría al visitante con grandes muestras de cordialidad, pero no fue así. Cuando bajó, tras peinarse y meterse los faldones de la camisa dentro de los pantalones, cruzó la habitación hasta su butaca, se sentó y dijo con brusquedad:

—Dispongo de unos pocos minutos, señor Assa. ¿En qué puedo servirle?

Assa me miró. Pensé que iba a empezar la vieja cantinela de ver a Wolfe en privado, pero al parecer sólo quería algo atrayente que mirar mientras ordenaba sus pensamientos. Recordé que en la primera visita de la LBA él había sido el impaciente, apremiando a Hansen para que continuara y diciendo a Wolfe que estaba perdiendo el tiempo,

pero ahora daba la impresión de creer que la deliberación era mejor.

Miró a Wolfe.

—Es sobre la reunión de esta noche.

Tendrá que anularla.

—¿De veras? —Wolfe ladeó la cabeza—. ¿Por qué motivo?

—Bueno..., es obvio, ¿no?

—Para mí no. Me temo que habrá de explicármelo.

Assa cambió de posición. Observé que parecía tener problemas para acomodarse a la perfección.

—Se hará cargo —dijo— de que nuestro principal problema está resuelto, gracias a usted. El problema que nos trajo aquí el miércoles pasado en un

estado de verdadero pánico. No había ninguna posibilidad de terminar el concurso sin confusión y algunas discrepancias tras el asesinato de Dahlmann, y la desaparición de la cartera, pero entonces parecíamos abocados a un completo desastre y usted lo ha impedido. Hansen está seguro de que legalmente no tenemos nada que temer. Ya que los concursantes han recibido las respuestas, y a la señorita Frazee no le servirá de nada negarlo, si repudiamos esos versos y los sustituimos por otros, como naturalmente haremos, nuestra posición sería respaldada por cualquier tribunal del país. Sigue habiendo un gran

desconcierto, pero eso no podía evitarse. Usted ha rescatado el concurso de una catástrofe por medio de una brillante jugada y merece toda clase de felicitaciones:

—Señor Assa. —Wolfe le miraba fijamente, con los ojos entrecerrados—. ¿Habla en nombre de mi cliente, la empresa de Lippert, Buff y Assa, o en su propio nombre?

—Pues..., como usted sabe soy socio de la empresa, pero he venido por mi propia iniciativa y responsabilidad.

—¿Saben sus socios que está aquí y para qué?

—No, no quería empezar una larga y complicada discusión. Sólo hace media

hora que he decidido venir. Su reunión comienza a las nueve, y ya son casi las siete.

—Comprendo. Y usted supone que yo envié las respuestas a los concursantes... o las hice enviar.

Assa se pasó la lengua por los labios.

—No lo he dicho con tanta claridad, pero me imagino que no importa. De todos modos, Goodwin goza de su plena confianza. Era imposible figurarse por qué las habría enviado uno de los concursantes si había matado a Dahlmann y cogido la cartera, y eso sólo le deja a usted.

—No tan imposible —objetó Wolfe

— Podría haberse dado cuenta de que en la situación que había creado resultaban peor que inútiles para él.

Assa asintió.

— Lo pensé, desde luego, pero seguí considerándolo imposible. Otra razón por la que no he mencionado esta visita a mis socios es que comprendo que usted no puede reconocer lo que ha hecho para salvarnos. No espero que lo reconozca siquiera ante mí, y ciertamente no lo habría hecho si hubiese venido con alguno de ellos, en especial Hansen. En cualquier caso, preferimos que no lo haga, porque nosotros le hemos contratado, y seguramente la opinión legal sería que

lo hemos hecho nosotros mismos, lo cual sería desastroso. Así que ya ve por qué lo he dicho con claridad.

—Gracias por su indulgencia —repuso Wolfe con sequedad—. Pero ¿por qué hay que anular la reunión?

—Porque no puede hacer ningún bien y tal vez sí algún mal. ¿Qué bien cree que puede hacer?

Wolfe seguía con los ojos entrecerrados.

—Puede ayudarme a ganar mis honorarios. Acepté la definición del señor Hansen sobre mi trabajo: «Averiguar quién robó la cartera y obtuvo el papel.» Aún no lo he averiguado.

—Bueno, eso ya no es necesario, ahora que el problema del concurso está resuelto. Se ha ganado sus honorarios y los cobrará.

—Ha admitido, señor Assa, que sólo habla en su propio nombre.

La roja punta de su lengua volvió a aparecer, y se humedeció los labios.

—Puedo garantizarle sus honorarios —declaró.

Wolfe meneó la cabeza.

—Me temo que eso no es aceptable. He contraído una responsabilidad con mi cliente, y su responsabilidad recíproca, que consiste en pagarme, no es transferible. En cuanto a anular la reunión es imposible. Si esa solicitud

viniera unánimemente de los señores Buff, O'Garro, Hansen, Heery y usted, y me diesen motivos convincentes, tal vez lo tomara en consideración, pero seguramente rehusaría. En las circunstancias actuales, ni siquiera lo tomaré en consideración.

Assa me miró. Echó una ojeada a la mesa del refrigerio y luego volvió a posar los ojos sobre mí y dijo:

—Veo que ahí tienen una botella de Pernod. Es lo que suelo beber. ¿Puedo tomar un poco?

Le contesté afirmativamente y le pregunté si quería hielo; dijo que no. Le entregué el Pernod y una copa, se sirvió dos dedos tan grandes como los suyos y

los apuró de un solo trago como si fuese un vasito de licor. Yo no bebo Pernod, pero hay algo llamado sentido común. No sólo eso, sino que volvió a servirse, esta vez nada más que un dedo, y luego, sin tomar ni un sorbo, dejó la copa en la mesa auxiliar, junto a la botella.

Tragó un par de veces.

—Esa es una actitud muy arbitraria, señor Wolfe —manifestó. Hizo una pausa y añadió—: Francamente, no sé qué espera lograr. Cobrará sus honorarios y, según nuestro punto de vista, en lo que al concurso se refiere ya no importa quién robó la cartera. Naturalmente puede seguir siendo un factor determinante en el asesinato, pero

usted no fue contratado para investigar el asesinato. Esto corresponde a la policía. ¿Por qué insiste en celebrar esta reunión?

—Porque quiero terminar el trabajo. Lo que me comprometí a hacer.

—Pero lo más probable es que malogre lo que ya ha hecho. Ahora la policía sabe que usted ha tenido una copia de las respuestas en su poder desde el miércoles pasado. No sé hasta qué punto se puede confiar en la discreción de la policía, pero es posible que uno o más concursantes se hayan enterado de ello, y en este caso sólo Dios sabe lo que sucedería en la reunión. Quizá le acorralen hasta el

extremo de obligarle a confesar que usted les ha enviado las respuestas, y la LBA sería responsable, y nos encontraríamos en una situación muy delicada.

—Muy delicada, en efecto — concedió Wolfe—. Pero si esto es lo que teme, tranquilícese. Yo no admitiré nada.

—¿Qué les dirá?

—No puedo saberlo hasta que llegue el momento. He hecho ciertas conjeturas y me propongo verificarlas. Este es el objeto de la reunión, y no la anularé.

Assa le miró en silencio, fijamente, durante medio minuto completo.

Al fin lo rompió.

—Cuando Goodwin vino el viernes

a nuestra oficina y recibió nuestra conformidad para que usted siguiera adelante, exigió que fuese unánime. Votamos, y yo lo hice afirmativamente igual que los otros. Ahora he cambiado de opinión, de modo que ya no es unánime. Le pido que suspenda las operaciones hasta que haya conferenciado con mis socios..., digamos hasta mañana al mediodía. No sólo se lo pido, sino que se lo ordeno.

Wolfe meneó la cabeza.

—Me temo que no puedo complacerle, señor Assa. El tiempo es un factor muy importante, ahora que ha saltado la chispa y se ha encendido el fuego. Es demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para detenerse.

Assa bajó los ojos. Se miró la palma de la mano derecha, no vio nada que le animase y probó con la izquierda, pero allí tampoco había nada.

—Muy bien —dijo, y se levantó, sin prisas, y se dirigió hacia la puerta.

Considerando el giro que habían dado las cosas no me habría sorprendido que Wolfe me ordenara agarrarle y encerrarle en el salón hasta las nueve, pero no lo hizo, de modo que me puse en pie y seguí a la visita hasta el vestíbulo. No me molestó que no me diera las gracias por ayudarle a ponerse el abrigo y abrir la puerta, ya que estaba

claramente preocupado.

Al volver al despacho, me quedé mirando fijamente a Wolfe.

—Supongo —comenté— que no importa quién haya causado la chispa mientras haya prendido.

—Sí. Llama al señor Cramer.

Me senté a mi mesa y marqué. Normalmente era una mala hora para localizar a Cramer, pero cuando tenía algo grande entre manos solía cenar en su despacho en vez de ir a su casa. Así lo había hecho en esta ocasión. Por su modo de gruñirme, comprendí que estaba de mal humor.

Wolfe tomó su teléfono.

—¿Señor Cramer? He pensado que

podría estar interesado en la reunión que celebraré esta noche en mi despacho. Vamos a hablar del caso Dahlmann. Nos...

—¿Quiénes van a hablar de él?

—Todos los afectados..., es decir, todos los que conozco. Naturalmente, nos limitaremos al robo de la cartera, ya que eso es lo que estoy investigando, pero sin duda tocaremos algunos puntos que le incumben a usted, de modo que le invito a venir... como observador.

Silencio. Cramer debía estar masticando lo que acababa de oír.

—¿Qué tiene?

—Para mí una expectativa razonable. Para usted, la posibilidad de

resolver el caso. ¿Es que alguna vez le he hecho perder el tiempo con frivolidades?

—No. No con frivolidades. Es inútil preguntarle nada por teléfono... Stebbins llegará dentro de diez minutos.

—No, señor. Ni usted. Necesito un poco de tiempo para poner en orden mis ideas, y la cena ya debe estar casi lista. La reunión comenzará a las nueve.

—Traeré a Stebbins conmigo.

—Por supuesto. Hágalo.

Colgamos.

—Sabe muy bien —dije— que Purley traerá esposas, y detesta llevárselas vacías.

Me callé porque estaba reclinándose

en la butaca y cerrando los ojos y sus labios empezaban a moverse, de arriba abajo, de arriba abajo... Al fin le veía trabajar. Fui al vestíbulo en busca de otras dos sillas.

# 18

Si una fiesta es un éxito cuando asisten todos los invitados, la nuestra lo fue. De hecho, algunos vinieron demasiado temprano. Gertrude Frazee se presentó a las ocho y treinta y cinco, cuando Wolfe y yo aún nos encontrábamos en el comedor, y yo estaba tomando café con ella en el despacho cuando llegó Philip Younger, y un minuto después Talbott Heery. Patrick O'Garro y Oliver Buff vinieron juntos, y casi pisándoles los talones el profesor

Harold Rollins. Cuando el inspector Cramer y el sargento Stebbins hicieron su aparición, eran tan sólo las nueve menos diez. Por supuesto, quisieron ver inmediatamente a Wolfe, de modo que les conduje al comedor y les dejé allí con él. Cuando abrí de nuevo la puerta principal, fue para dar paso a Vernon Assa, que todavía no se hallaba en disposición de agradecer nada a nadie, y luego a Susan Tescher, de la revista *Clock*. Yo había esperado ver al señor Hibbard, el alto y flaco. Eran las nueve en punto cuando apareció la señora Wheelock, y no más de treinta segundos después llegó Rudolph Hansen. No sólo acudió todo el mundo, sino que todos

fueron puntuales excepto Hansen, que no lo consiguió por muy poco.

Fui a echar una ojeada desde la puerta del despacho y vi que Fritz no necesitaba mi ayuda para atender a los invitados. Era obvio que todos estaban sedientos, o bien no querían hablar y preferían beber. Satisfecho de que la fiesta hubiese empezado tan bien, me dirigí hacia el comedor para avisar a Wolfe de que teníamos la casa llena y estábamos preparados para su entrada en escena, pero al entrar cerré la puerta y me quedé inmóvil. Cramer, sentado y golpeando la mesa con el puño, leía la cartilla a Wolfe, mientras Purley le observaba con aire complacido. Me

acerqué. Lo que parecía corroer a Cramer era que Wolfe convocara una reunión de sospechosos de asesinato y esperara que él, Cramer, se limitara a tomar nota como un maldito taquígrafo (según palabras de Cramer, no más; yo conozco al menos a tres taquígrafos que son absolutamente..., en fin, conozco a algunos taquígrafos).

Había oído a Cramer perder esta discusión con Wolfe una veintena de veces. Quería la luna. Primero quería saber, exactamente y por adelantado, qué iba a decir Wolfe, lo cual era ridículo porque la mayor parte de las veces el propio Wolfe no lo sabe. Segundo, quería dejar claro que él podría

intervenir en cualquier momento, libre de todo compromiso, mientras Wolfe exigía la garantía de que él llevaría las riendas salvo en caso de extrema provocación, como sería apuntarle con un arma o tirarle de los pelos. Ya que sin duda Cramer no habría estado allí si no hubiera creído que Wolfe tenía algo que él necesitaba desesperadamente, bien podría haber cedido en esto por las buenas, pero nunca lo hacía. Lo único que logró aquel lunes por la noche fue retrasar un cuarto de hora el inicio de la reunión. Yo interrumpí la disputa para anunciar que el público estaba aguardando, y luego fui al despacho.

Había que arreglar unos cuantos

detalles.

La señorita Frazee se había adjudicado la butaca de cuero rojo, que estaba reservada para el inspector Cramer, y tuve que convencerla de que renunciara a ella. Buff y Hansen estaban sentados muy juntos en el extremo del sofá, donde Wolfe tendría que mirar a través de mí para verles, y los trasladé a unas sillas, momento que Buff aprovechó para volver a llenarse el vaso. Hibbard estaba sentado junto a la señorita Tescher en la primera fila, y cuando le pedí que se colocara más atrás pensé que al fin iba a hablar, pero se contuvo y obedeció sin una palabra. Vernon Assa me preocupaba. Estaba

apoyado en la pared del fondo, mirando fijamente hacia delante, con una copa en la mano, al parecer llena de Pernod. Cuando me acerqué volvió los ojos hacia mí y no me gustó su expresión. Podría haber estado borracho, demasiado borracho, pero cuando le sugerí que viniera a sentarse contestó con voz muy clara que estaba bien allí. Me disponía a alejarme de él cuando Wolfe, Cramer y Stebbins entraron en la habitación.

Wolfe se dirigió hacia su mesa. Cramer se detuvo un momento para mirar a los asistentes y luego fue hacia la butaca de cuero rojo y se sentó. Yo había puesto una silla para Purley contra

la pared, a fin de que estuviese de cara al público, y fue hacia ella sin necesidad de que se lo indicara. Las conversaciones habían cesado y todos los ojos se posaron sobre Wolfe mientras colocaba las manos encima de la mesa y movía la cabeza de izquierda a derecha.

Aspiró profundamente.

—Damas y caballeros. Primero debo explicar la presencia del inspector Cramer del Departamento de Policía de Nueva York. Está aquí por invitación, no para...

Dos sonidos se oyeron simultáneamente en el fondo de la habitación; primero uno gutural, en parte

gorjeo y en parte chillido, y luego el de algo que caía al suelo. Todos nos volvimos automáticamente, y vimos que Vernon Assa se tambaleaba hacia nosotros con ambas manos sobre la boca, y luego se desplomaba. Cuando llegó al suelo yo estaba allí, pero Purley Stebbins se encontraba detrás de mí y Cramer detrás de él, de modo que me arrojé sobre el teléfono de mi mesa y marqué el número del doctor Vollmer. Contestó él mismo y le dije que viniera en seguida. Mientras colgaba, Cramer me gritó que avisara a un médico y le contesté que ya estaba en camino. Se levantó, vio que Susan Tescher y Hibbard salían al vestíbulo, y gritó:

—¡Vuelvan aquí! —Se acercó a mí —. Llamaré a la central. Métales a todos en el comedor y quédese con ellos. ¿Comprendido? Nada de jugarretas —descolgó el teléfono.

Miré a mi alrededor. Habían reaccionado muy bien, excepto Susan Tescher y su silencioso compañero, que al parecer habían tenido la idea de escabullirse. No se habían proferido gritos. Wolfe permanecía sentado, con los labios apretados y los ojos entrecerrados. No me miró. O'Garro y Heery y Hansen habían acudido junto al postrado Assa, pero Purley, arrodillado allí, les había ordenado retirarse. Fui hasta la puerta y me volví.

—Todo el mundo por aquí —dije. Nadie se movió—. Preferiría no levantar la voz —añadí— porque el inspector está telefoneando. Les quiere fuera de esta habitación, y cuatro de los hombres harán el favor de traer sillas.

Esto ayudó, pues les proporcionó algo que hacer. Philip Younger cogió una silla y vino hacia mí, y los otros le siguieron. Abrí la puerta del comedor, y todos entraron. Fritz estaba a mi lado y le expliqué que vendría mucha gente y sería mejor que no echara el cerrojo. Sonó el timbre y Fritz fue a abrir al doctor Vollmer, al que indiqué el despacho con un gesto.

Dejando abierta de par en par la

puerta del comedor y permaneciendo en el umbral, vigilé a mi rebaño. La señora Wheelock se había dejado caer en una silla, igual que Philip Younger. Confié en que Younger no tuviese un paroxismo. Casi todos los demás se habían quedado en pie, y les aconsejé que se sentaran.

El único que protestó fue Rudolph Hansen. Se encaró conmigo.

—Vernon Assa es mi cliente y mi amigo, y tengo derecho a comprobar si recibe los cuidados...

—Los recibe. Está siendo atendido por un médico, y muy bueno. —Levanté la voz—. Tómenselo con calma y procuren estar callados.

—¿Qué le ha sucedido? —inquirió

Gertrude Frazee.

—No lo sé. Pero si quieren tener algo en que pensar, antes de que entrara el señor Wolfe estaba apoyado en la pared con una copa en la mano y la copa estaba llena de líquido. Han oído el ruido de la copa al caer, pero yo no he visto ni una gota de líquido en el suelo. Pueden dar unas cuantas vueltas a esto y sacar sus propias conclusiones.

—Lo que había en el vaso era Pernod —declaró Patrick O'Garro—. He visto cómo se lo servía. Siempre bebía Pernod. Ha dejado la copa en la mesa cuando Hansen le ha llamado, y ha ido a...

—Cállate, Pat —le espetó Hansen

—. Esto puede ser..., espero que no, pero puede ser un asunto muy grave.

—Ya lo ven —les dije—. Yo les he aconsejado que se callaran, y el señor Hansen, que es abogado, está de acuerdo conmigo.

—Quiero telefonar —dijo Heery.

—El teléfono está ocupado. De todos modos, yo sólo soy un perro guardián temporal. Cuando me releven, puede...

Me interrumpí para estirar el cuello y ver a los recién llegados que Fritz acababa de dejar entrar, dos funcionarios municipales de uniforme. Atravesaron el vestíbulo y se dirigieron hacia mí, pero yo les señalé el despacho

y giraron en ángulo recto. A partir de este momento fue un desfile. Un minuto después llegaron otros dos hombres uniformados, y luego tres de paisano, a dos de los cuales conocía, y a continuación uno con un pequeño maletín negro. Mi rebaño se había tranquilizado bastante, y resolví no detener al doctor Vollmer cuando saliera para que diese un vistazo a Younger. Llegaron dos más, y cuando vi que uno de ellos era el teniente Rowcliff noté un ligero temblor en los bíceps. Siempre me afecta de este modo. El y su compañero fueron al despacho, pero reaparecieron casi en seguida y vinieron hacia el comedor, de modo que me

aparté para que no me arrollaran.

Entraron, el compañero cerró la puerta y Rowcliff se encaró con el grupo.

—Permanecerán aquí bajo vigilancia hasta nueva orden. Vernon Assa está muerto. Soy el teniente George Rowcliff, y por el momento se encuentran bajo mi custodia como testigos presenciales.

Eso era muy propio de él. De hecho, característico de él. ¿Qué diablos les importaba a ellos si se llamaba George Rowcliff o Cuthbert Rowcliff? Además lo había dicho mal. Si estaban bajo su custodia estaban arrestados, y en ese caso podían exigir que se les permitiera

telefonar a sus abogados antes de contestar ninguna pregunta como medida de prudencia ordinaria, lo que habría detenido los engranajes de la justicia durante horas. Me sorprendió que ni Hansen ni Hibbard lo mencionaran, pero quizá pensaron que podrían acusarles de buscar trabajo y no quisieron pecar de falta de ética. Los abogados son muy delicados.

Yo volvía a encontrarme en una situación anómala. Quería abrir la puerta y salir: a) para ver si Wolfe me necesitaba, b) para observar a los científicos en acción y c) para provocar las iras de Rowcliff en el caso de que considerase que yo también estaba bajo

su custodia, pero por otra parte parecía probarle que el individuo que había tenido la sangre fría de cometer un asesinato en el despacho de Wolfe, en sus propias barbas, estuviera en el comedor, y no me gustaba dejarle sin más vigilancia que la de un mandril como Rowcliff. Estaba apoyado en la pared, pensándolo, cuando se abrió la puerta y entró el inspector Cramer. Al llegar a la mesa se detuvo y miró a su alrededor.

—Señor Buff —dijo—. Buff y O'Garro y Hansen... y supongo que Heery. Hagan el favor de venir aquí. —Obedecieron—. Quédense delante de mí. Voy a enseñarles algo y les pido que

lo identifiquen. Mírenlo tanto como quieran, pero no lo toquen. ¿Lo entienden? No lo toquen.

Aseguraron haberlo entendido, y Cramer levantó una mano. El pulgar y el índice pellizcaban la esquina de una cartera de cuero marrón. El cuarteto la miró fijamente.

O'Garro alargó una mano hacia ella y la retiró con brusquedad. Nadie habló.

—Las iniciales «L. D.» están grabadas en el interior —dijo Cramer—, y contenía algunas cosas que llevaban el nombre de Louis Dahlmann, pero lo que quiero saber es si pueden identificarla como la cartera que Dahlmann sacó en la reunión del martes

pasado.

—Claro que no —contestó Hansen con frialdad—. ¿Identificarla sin ningún género de duda? Ciertamente, no.

Una voz resonó detrás de él:

—Lo parece. —Gertrude Frazee se había acercado para ayudar. Rowcliff la tomó del codo para obligarla a retroceder, pero ella se lo impidió al añadir—: ¡Es exactamente igual!

—De acuerdo —dijo Cramer—. No les pido que lo juren, pero pueden decirme esto: ¿se parece tanto a la cartera que llevaba en la reunión que no aprecian ninguna diferencia? Conteste usted, señor Hansen.

—No puedo contestar. Yo no fui a la

reunión. Tampoco el señor Buff.

—Oh. —Cramer no se inmutó. Ni siquiera un inspector puede acordarse de todo—. ¿Y usted, señor O'Garro? Ya ha oído la pregunta.

—Sí —dijo O'Garro.

—¿Señor Heery?

—Lo parece. ¿La tenía Assa?

Cramer asintió.

—En el bolsillo interior de la americana.

—¡Lo sabía! —exclamó la señorita Frazee—. ¡Un timo! ¡Una estafa! Lo he sabido desde el principio...

Rowcliff la agarró por el brazo, ella giró en redondo y utilizó el otro para golpearle en la cara, y yo tomé nota de

enviar una contribución a la Liga de Mujeres Naturales. Los demás empezaron a hacer preguntas a Cramer, o contarle cosas, pero él les enseñó la palma de la mano.

—Todos tendrán la oportunidad de hablar antes de marcharse de aquí. Se lo aseguro. Quédense aquí hasta que les llame.

—¿Estamos arrestados? —preguntó Harold Rollins, con la superioridad habitual en él.

—No. Están retenidos por la policía en el escenario de una muerte violenta en su presencia. Si alguno prefiere ser arrestado, le complaceremos.

Se volvió, me buscó con la mirada,

me encontró, dijo: «Venga conmigo, Goodwin», y se dirigió hacia la puerta.

# 19

Supuse que me llevaba al despacho, pero no, me dijo que esperase en el vestíbulo, y de todos modos no había sitio para mí en el despacho. Una multitud de expertos investigaban en todas direcciones, y Fritz estaba sentado en la butaca de Wolfe detrás de su mesa, vigilándoles. Wolfe había desaparecido. Desde la puerta vi que Cramer se acercaba a uno sentado a mi mesa y le entregaba la cartera, depositándola suavemente en una caja. Luego dio unas

cuantas órdenes, vino hacía mí, dijo: «Wolfe ha subido a su habitación», y se dirigió escaleras arriba. Yo le seguí.

La puerta de Wolfe estaba cerrada, pero Cramer la abrió sin molestarse en llamar y entró. Esto eran malas maneras. Indudablemente estaba al mando en el despacho porque un hombre acababa de ser asesinado allí, encontrándose él presente, pero no en el resto de la casa. Sin embargo, no era el mejor momento para leerle la declaración de derechos, de modo que le seguí al interior y cerré la puerta.

Al menos Wolfe no se había acostado. Se hallaba en la butaca junto a la lámpara de pie, con un libro. Levantó

los ojos hacia nosotros, dejó el libro y, mientras acercaba una silla para Cramer, pude ver el título: *Ensayos de Montaigne*. Era uno de las varias docenas de libros que tenía en la librería de su habitación, de modo que no había sacado nada del despacho, lo que quizás habría sido interferir en la justicia.

—¿Estaba muerto cuando se ha ido?  
—preguntó Cramer.

Wolfe asintió.

—Sí, señor. De lo contrario me habría quedado.

—Sigue estándolo. —Cramer no es un bromista; sólo exponía un hecho. Empujó la silla hacia atrás, arrugando la

alfombra—. Ha sido cianuro. Hay que verificarlo, pero es lo que ha sido. Hemos encontrado un papel estrujado en el suelo, junto al extremo del sofá. Papel higiénico. No como el que usted tiene en su cuarto de baño.

—Gracias —dijo Wolfe con sequedad.

—Sí, lo sé. Usted no lo ha hecho. Estaba conmigo. Goodwin no, no todo el rato, pero hay que ser realistas. En el papel quedaba un poco de polvo blanco, y al echar una gota de agua encima ha despedido el clásico olor a cianuro. Parece ser que en la copa también había, pero sólo olía a alcohol. —Me miró—. Siéntese, Goodwin. ¿Sabe qué era esa

bebida?

—No —contesté—, Pero O'Garro ha dicho que era Pernod. Ha dicho que le ha visto servírselo y dejarlo sobre la mesa cuando Hansen le ha llamado. Y cuando...

—Que el diablo le lleve —explotó Cramer—, ¿ha tenido el descaro de interrogarles? Sabe muy bien que...

—Tonterías —repliqué—. No he hecho ninguna pregunta. Lo ha comentado por iniciativa propia. Y cuando Assa ha estado aquí antes de cenar, ha bebido Pernod..., o más bien lo ha engullido, y ha dicho que era su bebida.

—¿Ha estado aquí? ¿Antes de

cenar?

—Así es. A menos que el señor Wolfe diga lo contrario.

—¿Qué quería?

—Pregúnteselo al señor Wolfe.

—No —dijo Wolfe con énfasis—.

Tengo las ideas muy confusas. Cuenta al señor Cramer lo que ha dicho el señor Assa y lo que he dicho yo. Todo.

Cogí una silla, me senté y cerré los ojos un momento para ordenar mis pensamientos. Había tenido un adiestramiento largo y estricto, pero la última hora había desplazado otros detalles hacia la retaguardia, y hube de sacarlos a la superficie. Lo hice así, abrí los ojos e informé.

Cuando llegué al final, al momento en que Assa dijo: «Muy bien» y se marchó, añadí:

—Eso es todo. Si lo hubiéramos grabado me gustaría hacer una comparación. ¿Alguna pregunta?

No hubo respuesta. Cramer se había metido un cigarro en la boca y lo estaba mordisqueando.

—Baje al despacho —dijo—, y coja su máquina de escribir y unas cuantas hojas. Avise a Stebbins de que son órdenes mías, y llévesela a alguna parte y mecanografielo. Todo.

—Eso puede esperar —objetó Wolfe con aspereza— hasta que hayamos terminado de hablar. Quiero que esté

aquí.

Cramer no insistió. Se sacó el cigarro de la boca y dijo:

—Y entonces me ha telefoneado.

—Sí. En cuanto al señor Assa ha salido de la casa.

—Lástima que no me haya contado lo que había sucedido. Assa seguiría con vida.

—Tal vez.

Cramer puso los ojos en blanco.

—Santo Dios, ¿lo admite?

—Admitiré todo lo que usted quiera.

He tenido muchos disgustos antes de ahora, señor Cramer, pero nada que pueda compararse con esto. No sabía que la mortificación podía causar

heridas tan profundas. Una estocada más y habría alcanzado el hueso. Si el señor Assa hubiera tenido la cartera en su poder, si la hubiese llevado encima..., habría sido el remate. Esto habría terminado conmigo.

—Así ha sido.

—Así ha sido, ¿qué?

—Llevaba la cartera. En el bolsillo interior de la americana. Ha sido identificada como la de Dahlmann, suficientemente identificada. No contenía ningún papel con las respuestas.

Wolfe tragó saliva. Volvió a tragar.

—Me siento más humillado de lo que puedo expresar, señor Cramer. Vaya

en busca del asesino. Pero enciérreme aquí dentro; yo sólo le estorbaría. El resto de la casa es suyo.

Cramer y yo le miramos, sin compasión alguna. Los dos le conocíamos demasiado bien. Naturalmente estaba disgustado, pues se había molestado en preparar el escenario para una de sus grandes obras, en la que él haría de protagonista, e incluso había iniciado su actuación, sólo para que un destacado miembro del reparto, probablemente el malo, la echara a perder muriéndose ante sus propios ojos. Sin duda era perturbador, pero ni Cramer ni yo éramos tan tontos para creer que estaba más humillado de

lo que podía expresar, o cualquier otra cosa que no pudiera expresar.

Cramer no fue a darle palmaditas en la espalda. Se limitó a preguntar:

—¿Y si no ha sido asesinado? ¿Y si se ha envenenado él mismo?

—Bah —dijo Wolfe, y yo levanté una mano para ocultar una sonrisa. Prosiguió—: En este caso, llevaba el papel de cianuro en el bolsillo al salir de donde estuviese para venir aquí. Pudiendo escoger entre tantos lugares donde morir, me niego a creer que seleccionara uno tan concurrido como mi despacho... y con la cartera en el bolsillo.

—Tal vez haya ocurrido algo

después de que llegara aquí.

—No lo creo. Había tenido la oportunidad de hablar con sus socios de antemano.

—Tal vez quería desviar las sospechas hacia otro.

—Entonces, si era un hombre tan inteligente lo ha hecho de un modo muy torpe. A menos que usted sepa algo que yo ignoro...

—No. Creo que ha sido asesinado.  
—Cramer volvió la palma de la mano hacia arriba—. Si no lo he entendido mal, después de su visita para intentar convencerle de que desconvocara la reunión, usted ha deducido que había matado a Dahlmann y había robado la

cartera, y se proponía hacérselo confesar esta noche. ¿No es así?

—No, señor. Olvida que yo no estaba interesado en el asesinato. Por supuesto, he deducido que saldrían a la luz algunos puntos relacionados con el asesinato, y por eso le he invitado a venir. También he deducido que Assa había robado la cartera, porque...

—Claro que lo ha deducido —exclamó Cramer—. Naturalmente. Porque él estaba seguro de que usted había enviado las respuestas a los concursantes, así que sabía que no había podido enviarlas ningún otro, y sólo había un modo de que supiera tal cosa.

—Nada de eso. —Wolfe no parecía

humillado, pero no digo que no lo hubiera estado. Tenía un buen departamento de reparaciones, eso era todo—. Por el contrario. Porque se ha mostrado ansioso de atribuirme el mérito de haber enviado las respuestas, aun sabiendo que no lo había hecho. Si no hubiera sabido quién las había enviado, no se habría arriesgado a dar este paso, de modo que las había enviado él mismo, obteniéndolas del papel que estaba en la cartera de Dahlmann. He descartado la remota posibilidad de que las obtuviese de los originales guardados en la caja de seguridad, pues no se habría atrevido a ir allí solo y pedir la caja. La brillante

jugada que salvaría el concurso, por la cual me colmaba de alabanzas, era suya. Por lo tanto, o había robado la cartera él mismo o sabía quién lo había hecho, y lo primero era más probable, ya que había dicho que venía a verme por propia iniciativa y responsabilidad sin consultar a sus socios. Y, naturalmente, quería anular la reunión.

—¿Por qué no? —inquirió Cramer—. ¿Por qué no la ha anulado?

—Porque tenía una doble obligación, y no con él. Una era mi obligación con mi cliente, la empresa de Lippert, Buff y Assa, de hacer el trabajo para el que me contrataron, y la otra era mi obligación conmigo mismo de no

dejarme engañar. —Se detuvo en seco, apretó los labios y entrecerró los ojos—. No dejarme engañar —repitió con amargura—, y mírenme. —Abrió los ojos—. Engañado, sin embargo, no por un señor Assa que intentara salvar un concurso, sino por un hombre que ya había asesinado una vez y estaba dispuesto a asesinar de nuevo. Yo suponía que Assa había robado la cartera de Dahlmann, pero no que le había matado, y de todos modos esto era asunto de usted. Ahora es muy distinto. Suponer que Assa ha sido asesinado únicamente porque alguien sabía que había robado la cartera y enviado las respuestas a los concursantes, sería

infantil. Suponer que Assa sabía que Hansen o Buff u O'Garro o Heery habían robado la cartera y enviado las respuestas, y que uno de ellos le ha matado para no ser descubierto, sería estúpido. La única suposición tolerable es que Assa sabía, o tenía razones para creer, que uno de ellos había matado a Dahlmann. Esto justificaría un crimen, pero, cielo santo..., ¡no en mi despacho!

—Sí, eso ha sido una desfachatez.  
—Cramer se sacó el cigarro de la boca, lo que quedaba de él—. ¿Por qué sólo esos cuatro? ¿Qué me dice de los concursantes?

—Tonterías. No vale la pena considerarlo siquiera. Envíelos a casa.

¿Acaso cree que vale la pena perder el tiempo con ellos?

—No —concedió Cramer—, pero no los enviaré a casa. Estaban presentes cuando han puesto el veneno en la bebida. Ahora se les está interrogando, separadamente. He pensado que no le importaría que usara las habitaciones de este piso y la planta baja.

—No estoy en condiciones de objetar nada. —La herida era profunda—. Respeto sus procedimientos, señor Cramer, interróguelos, pero dudo que el asesino haya sido tan inepto como para dejarse ver. Por otra parte, quizás averigüe más de lo que quiere. La señorita Frazee puede muy bien declarar

que les ha visto uno tras otro, incluidos los demás concursantes, poniendo algo en su bebida. Le aconsejo no decirle que se ha encontrado el papel. Por cierto, el miércoles pasado me dijo que ninguno de esos cinco hombres, incluido Assa, pudo demostrar que no había ido al apartamento de Dahlmann la noche que le mataron. ¿Sigue siendo así?

—Sí. ¿Por qué?

—Quería saberlo.

—¿Para qué? ¿Es que ha decidido buscar al asesino? ¿Podría encerrarle!

—Tengo que cumplir mi misión: averiguar quién robó la cartera. No estoy tan seguro de que fuese el señor Assa. —De repente, sin previo aviso,

Wolfe explotó—. ¡Maldita sea!, ¿es que cualquiera puede matar impunemente en mi despacho, con mi licor y en mi copa?

—Es una vergüenza —admitió Cramer—. Pero cíñase a su trabajo y no se inmiscuya en el mío. No me gustaría verle humillado otra vez. No me importaría humillarle yo mismo algún día, pero me disgustaría que lo hiciera un desconocido y un asesino. En todo caso, si ha sido uno de esos cuatro, dos de ellos son sus clientes.

—No. Mi cliente es una empresa comercial.

—De acuerdo, pero manténgase al margen. No me gusta la expresión de su cara, aunque eso no significa nada. Hay

otras cosas que tampoco me gustan. Parece seguro de que los concursantes son inocentes.

—Lo estoy.

—¿Por qué? ¿Sabe algo que no me haya dicho?

—Nada importante.

—¿Conoce algún motivo por el que uno de esos cuatro hombres quisiera matar a Dahlmann?

—No. Sólo que aparentemente todos le envidiaban. ¿Conoce usted alguno?

—Ninguno que parezca lo bastante bueno. Ahora los estudiaremos más a fondo. ¿Tiene alguna información que comprometa de algún modo a uno de ellos?

—A ninguno en especial.

—Si averigua algo quiero saberlo.

Manténgase al margen. Otra cosa que no me gusta es esa monserga del cliente. No me engañará... ¡Adelante!

Otra vez malas maneras. No llamaban a su puerta. Se abrió y entró un detective.

—Inspector, el teniente le necesita. Está en la cocina con una de las mujeres.

Cramer dijo que bajaría en seguida y se levantó. El detective salió. Cramer se dirigió a mí.

—Vaya a buscar su máquina y mecanografie esa conversación con Assa. Súbala y hágalo aquí, para que pueda vigilar a su jefe. No queremos

que vuelvan a humillarle.

Se marchó.

Miré a Wolfe y él me miró a mí. Tampoco me habría gustado la expresión de su cara si su cólera hubiera estado dirigida contra mí.

—¿Tiene instrucciones que darme?

—Por ahora, no. Es posible que te llame durante la noche. No pienso dormir. Con un asesino rondando por mi casa, y yo con las manos vacías y la cabeza vacía...

—No está rondando. Debería tratar de descansar un rato; con la puerta cerrada con llave, naturalmente. Yo me quedaré levantado hasta que se vaya todo el mundo..., y por cierto, ¿qué hay

de la cena? Con todos esos gorriones no habrá bastantes champiñones marinados y bolas de almendra. ¿Emparedados y café?

—Sí. —Cerró los ojos—. Archie. Déjame solo.

—Encantado.

Le dejé y fui abajo. Al abrir la puerta de la cocina para encargarme a Fritz los emparedados y el café, sólo vi a Cramer, Rowcliff, Susan Tescher y Hibbard, y retrocedí. En el vestíbulo había tres invitados de uniforme, uno a cargo de la puerta principal. Las puertas del comedor y el salón estaban cerradas. La que daba al despacho también estaba cerrada; la abrí y entré. El cadáver

había desaparecido. Media docena de científicos seguían investigando, y Purley Stebbins y un detective de la oficina del fiscal del distrito tenían a Patrick O'Garro entre ellos, junto a la mesa de las bebidas. Eso podía durar toda la noche, si realmente les hacían entrar uno por uno para preguntarles dónde y cuándo estaba cada uno.

Fritz continuaba sentado detrás de la mesa de Wolfe y me dirigí a él.

—Una bonita fiesta.

—No es para tomárselo a broma, Archie. *Cochon!*

—Yo nunca bromeo. Voy a relevarte. Es evidente que no podemos tocar nada de lo que hay en esta habitación,

incluido el aperitivo, así que tendrás que hacer emparedados y café. Encontrarás a varias personas en la cocina, pero no les hagas caso. Si se quejan, diles que obedeces órdenes. No te molestes en subir nada al señor Wolfe. Está mordiéndose las uñas y no quiere que le interrumpen.

Fritz dijo que no le iría mal una cerveza, y yo dije que de acuerdo si quería arriesgarse, y se fue. En cuanto a mí, relevaría a Fritz en sus labores de vigilancia, y por otra parte aún no había llegado el día en que yo dijera a Purley que Cramer me había ordenado llevar la máquina de escribir a otra habitación y si él era tan amable de permitírmelo.

Tampoco quería acarrearla escaleras arriba, y sería interesante e instructivo observar a detectives experimentados resolver un crimen.

Hablando de detectives experimentados, se suponía que yo lo era, pero ciertamente no me jactaba de ello. Fui a mi mesa, saqué el revólver de la funda y lo metí en el cajón, y cerré el cajón con llave. En este relato podría haber omitido mencionarlo, pero quería ser sincero y preferí no ocultar cómo me sentí cuando, después de ir armado varios días, lo guardé pensativamente tras haberse cometido un homicidio en aquel mismo despacho. De mucho me había servido. ¡Qué diablos! Habría

sido el colmo que, poco después de guardarlo, lo hubiese necesitado realmente, pero ni siquiera tuve esa satisfacción.

Saqué papel blanco y papel carbón de otro cajón, llevé la máquina hasta la mesa de Wolfe, me senté en la butaca de Wolfe y empecé a teclear.

# 20

Agradecería que los científicos hicieran un alto en sus piadosos esfuerzos para encontrar el modo de abolir la guerra o eliminar la enfermedad, o accionar los trenes con átomos, o alargar la duración de la vida humana hasta un par de siglos, y que todo el mundo se concentrara en descubrir cómo despertarme por la mañana sin causarme un trauma. Es posible que un grupo de hermosas doncellas con túnicas muy transparentes

de seda amarilla y los pies descalzos, cantando *Oh, qué maravillosa mañana* y echando pétalos de rosa sobre mi cama lo lograra, pero tendría que probarlo.

Aquel martes por la mañana fue horrible. Sólo había dormido tres horas, y lo que me despertó fue el teléfono, lo peor de todo. Di media vuelta, abrí los ojos, vi que eran las siete y veinticinco, alargué la mano y descolgué el maldito aparato.

—¿Sí?

—Buenos días, Archie. ¿Puedes estar abajo dentro de treinta minutos? Estoy desayunando con Saul, Fred, Orrie y Bill.

Esto me despertó completamente,

aunque no suavizó mi resentimiento. Le dije a Wolfe que lo intentaría, salté de la cama, y me dirigí hacia el cuarto de baño. Normalmente, pierdo un buen rato bostezando, pero esta vez no había tiempo. Mientras me afeitaba lamenté no haberle preguntado cuál era el programa, para saber cómo vestirme, pero si hubiera sido algo especial me lo habría dicho, de modo que cogí la primera camisa que encontré.

Cuando llegué a la planta baja, al cabo de treinta minutos justos, estaban tomando café en el comedor. Mientras los saludaba, entró Fritz con mi zumo de naranja, de modo que me senté y bebí con fruición.

—Es una hora muy mala —declaré, todavía resentido— para sorprenderme con una fiesta.

Bill Gore se echó a reír. Una vez le dije algo gracioso, en mil novecientos cuarenta y ocho, y desde entonces suele reírse en cuanto abro la boca. Bill no es demasiado listo, pero tiene agallas y se defiende bastante bien. Orrie Cather es más listo y no se avergüenza de ello, y desde que abandonó la idea de arrebatarme el empleo, hace unos años, ha ayudado a Wolfe siempre que éste le ha encargado alguna diligencia. Fred Durkin sólo es Fred Durkin y lo sabe. Cree que Wolfe podría averiguar quién mató a Elwell si dedicara media hora a

pensar en ello. Cree que Wolfe podría averiguar cualquier cosa. En cuanto a Saul Panzer, ya le conocen.

Mientras terminaba el zumo de naranja y atacaba las tortitas, Wolfe me explicó la situación. Dijo que la sorpresa era incidental; les había telefoneado después de que yo me fuese a acostar, cuando había concebido un plan.

—Estupendo —aprobé, alargando la mano hacia la mantequilla—, tenemos un plan. ¿Para estos caballeros?

—Para todos nosotros —contestó—. Les he explicado el caso, lo que necesitan saber. Es un plan desesperado, con una probabilidad de éxito entre

veinte. Después de muchas horas de reflexión, casi toda la noche, es lo mejor que se me ha ocurrido. Como sabes, suponía que uno de los cuatro hombres —Hansen, Buff, O'Garro, Heery— había matado a Dablmann y robado la cartera, y que como Assa lo había descubierto o lo sospechaba le había matado también a él.

—Sé que esto es lo que dije a Cramer.

—También es lo que me dije a mí mismo.

—¿Por qué querría uno de ellos matar a Dahlmann?

—No lo sé, pero si lo hizo tenía una razón. Eso es un misterio, así como su

identidad. Investigar los motivos nos llevaría mucho tiempo, y de todos modos no basta con saber el motivo. Preferí concentrarme en la identidad. ¿Cuál de los cuatro? Di vueltas y más vueltas a cada una de las palabras que habían dicho, tanto a ti como a mí; intenté recordar sus tonos y miradas y posturas. No había ningún indicio, al menos para mí. Consideré todas las líneas de investigación posibles, y comprobé que todas ellas habían sido seguidas por la policía o lo estaban siendo ahora, o eran inconsistentes. Lo único que a las cinco de la madrugada me quedaba y que tal vez diese algún resultado sin un asedio laborioso y

prolongado era la posibilidad de dar una respuesta satisfactoria a la pregunta: ¿de dónde sacó el veneno?

Sin dejar de masticar la tortita, le miré.

—Si esto es lo mejor que podemos hacer, que Dios nos asista. Cramer tiene a un ejército trabajando ahora en ello. Nosotros sólo somos seis y no llevamos placa, y si... —me interrumpí porque vi sus ojos—. ¿Tiene algo?

—Sí. Un clavo ardiendo. ¿No es razonable suponer que la decisión de matar al señor Assa no se tomó hasta ayer por la tarde, a raíz de la situación causada por el envío de las respuestas a los concursantes? Diversas

circunstancias respaldan esa...

—No se moleste. Yo también he pensado un poco en ello. Estoy de acuerdo.

—Entonces en algún momento de la tarde de ayer, no antes, decidió que habría de matar al señor Assa, y se le ocurrió la idea de usar cianuro y ponerlo en su bebida. ¿Correcto?

—Sí.

—Entonces ¿de dónde diablos sacó el cianuro?

—Yo no podría... Bueno, eso le da un carácter un poco especial.

—En efecto. ¿Escogió el cianuro porque sabía que era fulminante y salió a comprar un poco? No lo creo. Desde

luego, habría podido conseguirlo fácilmente —en una tienda de suministros fotográficos, por ejemplo—, pero no se trata de un imbécil. No. Sabía dónde podía obtenerlo, sin problemas; sabía de dónde sacarlo, sin ser visto. ¿De dónde? Hay un millar de posibilidades, y podía haber sido cualquiera de ellas, pero no me molesté en especular sobre ellas porque tenía una delante de los ojos..., o más bien de los tuyos. Yo no lo había visto, pero tú sí.

—Un momento. —Dejé la taza de café—. ¿Yo lo he visto?

—Sí.

—¿Y se lo conté a usted?

—Si.

—Muy interesante. —Cerré los ojos, los abrí y di una palmada encima de la mesa—. ¡Oh, por supuesto! ¡Las vitrinas de la oficina de la LBA! Tal vez se me habría ocurrido también si no me hubiese acostado en toda la noche..., pero no recuerdo haber visto cianuro.

—No lo buscaste. Dijiste que había miles de objetos de centenares de empresas. Lo buscaremos.

—¿Cuándo ya ha desaparecido? Si lo cogió, ya no está allí.

—Tanto mejor. Si sólo cogió lo que necesitaba, encontraremos los residuos. Si lo cogió todo ayer o ha hecho desaparecer los residuos desde

entonces, descubriremos dónde estaba..., o no. Tiene que haber una lista del contenido de esas vitrinas. No es necesario que vayamos antes de que abran la oficina, de modo que hay tiempo de sobra. Ahora, los detalles. Yo estaré con ustedes, pero deben saber lo que me propongo para ayudarme... Todos. ¡Fritz! ¡Café!

Nos dio los detalles.

Si alguien considera este incidente como una excepción a la regla de Wolfe de no abandonar jamás la casa por trabajo, se equivoca. No era trabajo. Iba detrás del hombre que había abusado de su hospitalidad, lo que resultaba imperdonable, y le dejaba en mal lugar

frente a Cramer, lo que resultaba ultrajante. Tengo la prueba. Días más tarde, cuando repasaba la cuenta de gastos que yo había preparado para la LBA, dejó el importe de un taxi utilizado aquella mañana, el que tomaron Fred, Orrie y Bill, pero suprimió el otro, el que tomamos él, Saul y yo.

Faltaba un minuto para las nueve y media cuando los seis entramos en un ascensor del moderno rascacielos, pero cuando salimos en el piso veintidós la aristocrática recepcionista de bonitas orejas ya estaba sentada detrás de su larga mesa. La súbita aparición de un grupo de media docena de hombres la

sobresaltó un poco, pero cuando nos acercamos me reconoció y se tranquilizó.

Le di los buenos días.

—Me temo que causaremos un pequeño revuelo, pero es inevitable. Le presento a Nero Wolfe.

Wolfe, que estaba a mi lado, inclinó la cabeza.

—Tenemos que inventariar el contenido de las vitrinas. La muerte del señor Assa..., supongo que ya se habrá enterado.

—Sí..., me he enterado.

—Es necesario actuar sin demora.

Miró más allá de nosotros, y yo me volví para hacer lo mismo. No había

duda de que el cuarteto estaba actuando sin demora. Saul Panzer había descorrido el cristal de la última vitrina de la pared izquierda y tenía el bloc de notas en la mano. Fred Durkin se ocupaba de la última vitrina de la pared derecha y Bill y Orrie estaban frente a la pared del fondo, donde las vitrinas se sucedían a lo largo de unos quince metros. Yo no había visto cerraduras en mi visita anterior, pero podían haber estado disimuladas. Habíamos llevado un amplio surtido de llaves, pero usarlas habría complicado las cosas.

—No sé nada de esto —declaró la muchacha—. ¿Quién les ha dicho que lo hagan?

—Es parte de un trabajo —le explicó Wolfe— que me encomendaron los señores Buff, O'Garro y Assa el miércoles pasado. Consulte con ellos. Ven, Archie.

Nos dirigimos hacia las vitrinas de la pared derecha, las más próximas a los ascensores, y cuando llegamos Fred fue a reunirse con Saul ante la pared izquierda. Esto coincidía con el plano de batalla esbozado en el cuartel general. No me molesté en sacar el cuaderno, pues quería tener ambas manos libres para mover cosas si es necesario. En la primera vitrina no lo fue. Contenía fotografías de un trasatlántico, varios sacos de una línea

de fertilizantes, cartones de cigarrillos, un aspirador y otros objetos diversos. El estante inferior de la segunda vitrina no era más prometedor, con un motor fuera borda, jabones y detergentes, sopa enlatada y cerveza en botellas y latas, pero el segundo estante tenía mercancías empaquetadas y requería más atención. No parecía probable que el cianuro estuviera entre cereales y mezcla de pasteles y fideos, pero el programa determinaba mirar todos y cada uno de los paquetes. Estaba haciéndolo, con Wolfe, detrás de mí, cuando se oyó una voz autoritaria:

—¿Es usted Nero Wolfe? ¿Qué sucede aquí?

Me incorporé y di media vuelta. Un ejecutivo de un metro ochenta y prominente mandíbula se hallaba frente a Wolfe con cara de pocos amigos.

Como no había salido de un ascensor, debía estar ya dentro y la recepcionista le había llamado.

—Se lo he explicado —dijo Wolfe — a esa joven de la mesa.

—Sé lo que le ha explicado y me parece un cuento chino. Aléjense de estas vitrinas y no toquen nada hasta que lo haya consultado.

Wolfe meneó la cabeza.

—Lo lamento, señor...

—Me llamo Falk.

—Lamento no poder complacerle,

señor Falk. Fui contratado por el señor Buff y el señor O'Garro..., y por el señor Assa, que está muerto. Hemos empezado y vamos a terminar. Es usted muy agresivo, pero le aconsejo que hable con el señor Buff o el señor O'Garro. ¿Dónde están?

—No están aquí.

—Debe saber dónde se encuentran. Telefonéelos.

—Voy a hacerlo, y ustedes se mantendrán alejados de estas vitrinas hasta nueva orden.

—No, señor. —Wolfe se mostró firme, pero tranquilo—. Comprendo cuál es su estado de ánimo, señor Falk, después de lo que sucedió anoche, pero

debe saber que no soy un bandido y estos hombres trabajan para mí. No tardará mucho en hablar con el señor Buff o el señor O'Garro. Hágalo en seguida.

Una prueba de un buen ejecutivo es cuánto tarda en darse cuenta de que ha perdido una discusión, y Falk la pasó. Giró sobre sus talones y se alejó, atravesando la habitación en dos zancadas hasta la puerta que conducía al pasillo interior. Wolfe y yo reanudamos el trabajo, terminando el estante de los paquetes y empezando el siguiente: cubos y latas de pintura, planchas eléctricas y cosas por el estilo.

Durante la media hora siguiente los

ascensores trajeron a ocho o nueve personas, no más, y volvieron a llevarse a la mayoría de ellas, pero nadie nos molestó. En general era un lugar donde se podía trabajar con tranquilidad. En un momento dado, Wolfe y yo pensamos haber encontrado lo que buscábamos, cuando llegamos a la exposición de Jonas Hibben, S. A., Productos Farmacéuticos, pero parecía intacta, sin que faltara nada, y no había ninguna caja o frasco de los que alguien hubiera podido retirar una dosis de cianuro.

Finalmente, nos dimos por vencidos y seguimos adelante, y estábamos frente a la última vitrina de esa pared cuando Saul nos llamó para que fuésemos a ver

una cosa, y cruzamos la habitación hasta el lugar donde él y Fred investigaban, entre el contenido del segundo estante de la última vitrina de su hilera.

La pequeña y digna tarjeta —todas eran pequeñas y dignas— la identificaba como la exposición de Laboratorios Allcoran, S. A. Había un par de docenas de cajas, pequeñas y grandes; con las pequeñas delante y las grandes detrás, y tres hileras de frascos marrones, todos del mismo tamaño.

Saul dijo:

—Hilera central, cuarto frasco desde la izquierda, hay que inclinar el de delante para ver la etiqueta.

Wolfe se acercó. En vez de inclinar

el frasco de delante lo levantó con el pulgar y el índice, para ver con claridad, y yo eché una mirada por encima de su hombro. No tuve que forzar la vista. En la parte superior de la etiqueta se leía en grandes caracteres negros:

KCN. En la parte inferior, también en grandes caracteres, pero en rojo, se leía: VENENO. En el centro, y debajo de VENENO, había unas letras más pequeñas, pero no me molesté en intentar leerlas. El frasco era tan oscuro que habría tenido que sacarse y ponerse a la luz para ver su contenido, y eso no habría estado bien, pero se veía que había algo blanco en su interior, casi hasta el cuello.

—El acierto del día —comenté—.

Estaba aquí, y lo hemos encontrado.

Wolfe dejó el frasco que había levantado, suave y cuidadosamente.

—¿Lo has tocado? —preguntó dirigiéndose a Saul.

Sabía muy bien que no, pues nuestras órdenes habían sido no tocar nada hasta saber qué era, o al menos qué no era lo que buscábamos. Saul dijo que no, y Wolfe llamó a Bill y Orrie para que trajeran unas sillas, y Saul y Fred fueron a buscar más. Alinearon las cuatro sillas delante de la vitrina, de espaldas a ella, y el cuarteto se sentó, de cara a la habitación y los ascensores. Tenían un aspecto muy impresionante de este

modo, los cuatro juntos, y jamás ha habido un frasco de veneno mejor guardado.

Esta fue la escena que vieron cuatro pares de ojos cuando Oliver Buff, Patrick O'Garro, Rudolph Hansen y Talbott Heery salieron de un ascensor en la sala de espera.

—¡Buenos días, caballeros! — exclamó Wolfe, en el tono más desagradable que le he oído usar nunca.

Se dirigieron hacia nosotros.

# 21

Rara vez te sirve de algo, prácticamente nunca, pero siempre lo haces. Cuando cuatro hombres entran en una habitación y uno de ellos ve a seis hombres agrupados delante de una vitrina que alberga un frasco de veneno desde el cual se ha trasladado recientemente una cucharada a un trozo de papel higiénico, a fin de utilizarlo para matar a un hombre, intentas escrutar sus caras como un halcón para descubrir algún indicio de cuál es. Esa vez fue

más inútil que de costumbre. Todos ellos habían pasado una mala noche, y quizá ni siquiera se habían acostado. Daban esa impresión, y a ninguno pareció gustarle lo que vio. Tres de ellos — Buff, O'Garro y Hansen— rompieron a hablar simultáneamente. Querían saber quién y qué y por qué y cuándo, ajenos a la presencia de un cliente que estaba sentado en el otro extremo de la habitación.

Wolfe fue incisivo.

—Sería mejor, creo yo, retiramos a algún sitio. Esto es muy público.

—¿Quiénes son estos hombres? —  
inquirió Buff.

—Trabajan para la empresa de

Lippert, Buff y Assa, a través de mí.  
Ahora están ...

—¡Que salgan de aquí!

—No. Están custodiando un objeto de esa vitrina. No tardaré en llamar a la policía para que vengan a recoger el objeto y mientras tanto estos cuatro hombres se quedarán. Todos van armados, de modo que yo...

—Pero..., maldito... —exclamó O'Garro, pero Hansen le asió el brazo, y dijo: «Vayamos adentro», y le hizo dar la vuelta.

Buff parecía a punto de ahogarse, pero se dominó y abrió la marcha, seguido por su socio y abogado, luego Heery, después Wolfe, y luego yo. Al

franquear la puerta del corredor, me volví para echar una ojeada a los cuatro centinelas, y Orrie me guiñó un ojo.

La sala de juntas estaba mucho más presentable que la vez anterior, con todo en orden. En cuanto se cerró la puerta, O'Garro empezó a desbarrar, pero Hansen volvió a cogerle del brazo y le llevó hasta una butaca en el otro extremo de la larga mesa, y él mismo tomó asiento allí, de espaldas a las ventanas. Wolfe y yo ocupamos la parte más cercana, con Heery en un extremo, a la izquierda de Wolfe, y Buff en el otro, a mi derecha.

—¿Qué es ese objeto en una vitrina?  
—inquirió O'Garro mientras Wolfe se

sentaba—. ¿Qué intenta demostrar?

—Será mejor —dijo Wolfe— que me permitan describir la situación. Entonces podremos...

—Conocemos la situación —interrumpió Hansen—. Queremos saber qué cree que está haciendo.

—Es muy sencillo. Me estoy preparando para averiguar cuál de ustedes cuatro mató a Louis Dahlmann, robó la cartera y mató a Vernon Assa.

Tres de ellos le miraron con sorpresa.

Heery dijo:

—¡Jesús! ¿Es tan sencillo?

Hansen declaró:

—Le aconsejo, señor Wolfe, que

elija sus palabras, así como sus actos, con más cuidado. Esto podría costarle su licencia y gran parte de su reputación, y quizá más. Límitese a exponer los hechos. ¿Qué es el objeto de la vitrina?

—Un frasco de cianuro potásico, en la exposición de Laboratorios Allcoran, con el sello del tapón roto y casi indudablemente no del todo lleno. Eso puede determinarse.

—¿Allí, en aquella vitrina? — Hansen no podía creerlo.

—Sí, señor.

—¿Un veneno mortal en exposición pública?

—Oh, vamos, señor Hansen. No finja una ignorancia que no puede tener.

Docenas de venenos mortales son asequibles al público en miles de tiendas, incluso el cianuro con sus muchos usos. Usted ya debe saber lo, pero si quiere que en el informe conste su sorpresa ante mi anuncio tiene testigos. ¿Puedo preguntar a los demás si también se han sorprendido?

—No. Te aconsejo, Oliver, y a ti también, Pat, que no digáis nada y no contestéis ninguna pregunta. Este hombre es traicionero.

Wolfe pasó el tributo por alto.

—Esto facilitará las cosas — manifestó con aprobación. Sus ojos se movieron—. Tengo que comunicar a la policía la existencia de ese frasco de

veneno, de modo que cuanto menos me interrumpen mejor, pero si todos ustedes se niegan a hablar estaré perdiendo el tiempo y bien puedo telefonarles ahora mismo. Hay una o dos cosas que debo saber..., por ejemplo, ¿puedo limitarlo? Naturalmente, el señor Buff y el señor O'Garro estuvieron aquí ayer tarde. ¿Y usted, señor Hansen?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Aproximadamente, desde las cuatro hasta después de las seis.

—¿Y usted, señor Heery?

—Vine dos veces. Estuve unos minutos cuando fui a almorzar, y media hora alrededor de las cuatro y media.

—Lástima. —Wolfe apoyó las palmas de las manos en la mesa—. Ahora, caballeros, seré tan breve como pueda. Cuando termine consideraremos si debo defenderme de la acusación de traición del señor Hansen. Hasta el momento en que el señor Assa se desplomó anoche en mi despacho, lo único que me interesa era el asunto por el que se me había contratado, no el asesinato. Invité al señor Cramer a la reunión porque esperaba que mi exposición de los hechos alejaría sus sospechas de los concursantes y ustedes mismos, lo que sin duda resultaba deseable. Mi primer objetivo era demostrar a los concursantes que no

podíamos seguir adelante con los versos distribuidos la semana pasada, después de que hubiesen recibido las respuestas por correo, y que no les serviría de nada resistirse a lo inevitable; y obtener su consentimiento unánime para la distribución de nuevos versos en cuanto se les devolviese su libertad de movimientos.

—Eso lo dice ahora.

Hansen no estaba dispuesto a creer nada.

—Puedo probarlo. Confiaba en lograrlo, pues no tenían ninguna alternativa factible. Una vez solucionado este aspecto de la cuestión se marcharían, y entonces intentaría

alcanzar el segundo objetivo con el resto de ustedes. Confieso que el segundo objetivo no estaba nada claro, y que ignoraba cómo conseguirlo, hasta casi las siete de la tarde, cuando vino el señor Assa. Señor Hansen, ¿sabía usted que Assa vino a verme ayer a esa hora?

—No. Ni siquiera ahora lo sé.

—¿Y usted, señor Buff?

—No.

—¿Señor O'Garro?

—¡No!

—¿Señor Heery?

—No lo sabía.

Wolfe asintió.

—Uno de ustedes miente, y tal vez eso nos ayude. Vino y hablamos. El

señor Goodwin estuvo presente, y ha hecho una transcripción de la conversación para el señor Cramer. Podría repetírsela ahora, pero sería demasiado largo, de modo que la resumiré. El señor Assa dijo que hablaba por sí mismo, no en nombre de la empresa; que no había consultado con sus socios. Me felicitó por lo que él calificó de brillante jugada al enviar las respuestas a los concursantes e impedir de este modo el fracaso del concurso. Ofreció su garantía personal para el pago de mis honorarios. Tomó una copa de Pernod y luego se sirvió otra. Y empezó y terminó con la petición de que desconvocara la reunión de anoche. En

cuanto a mí, negué haber enviado las respuestas a los concursantes, y no accedí a desconvocar la reunión. Se marchó completamente irritado.

Wolfe tomó aliento.

—Era justamente lo que necesitaba. La fingida seguridad del señor Assa acerca de que yo había enviado las respuestas, y su empeño en felicitarme por ello en privado, sólo podía significar que las había enviado él mismo, habiéndolas averiguado por el papel que Dahlmann llevaba en la cartera, o que sabía quién lo había hecho. Lo primero era mucho más probable. Ahora, el segundo objetivo de la reunión, y el modo de alcanzarlo,

estaban muy claros. Procedería como había planeado con los concursantes, obtendría su consentimiento para un nuevo acuerdo, y luego les despediría. Cuando se hubiesen marchado abordaría al señor Assa y al resto de ustedes, en presencia del señor Cramer. No suponía que Assa había matado a Dahlmann; al contrario, suponía que no lo había hecho, ya que en ese caso no se habría atrevido a desenmascararse viniendo a verme. Mi deducción era que Assa había ido al apartamento de Dahlmann, lo había encontrado muerto y había cogido la cartera; una de las teorías del señor Cramer, como saben. Siendo así, había que revelárselo al señor Cramer, y

cuanto antes mejor; mejor no sólo para la justicia, sino para mi cliente, la empresa de Lippert, Buff y Assa. Comprometería a una persona, Vernon Assa, pero favorecería a todos los demás. Eliminaría a los concursantes como sospechosos de asesinato, y reduciría sustancialmente las sospechas sobre el resto de ustedes. Me proponía explicar les la situación a todos ustedes y conseguir su ayuda para presionar al señor Assa, y esperaba tener éxito.

Volvió a tomar asiento.

—Como verán, reconozco mi gran error. Esto no habría sucedido si hubiese considerado la posibilidad de que el propio señor Assa fuera víctima de un

engaño o un error de cálculo. Ahora me condeno a mí mismo, pero, por otra parte, si a las nueve de la noche hubiera sabido con exactitud lo que...

—Puede omitir las hipótesis —le interrumpió Hansen con frialdad—. Discúlpese ante sí mismo, no ante nosotros. ¿Cuál fue el error de cálculo de Assa?

—Pensar que el hombre que le había confesado haber cogido la cartera de Dahlmann decía la verdad al declarar que había encontrado a Dahlmann muerto. Descartar la posibilidad de que en realidad lo había matado.

—Espere un momento —objetó Heery—. Usted mismo pensó eso de

Assa.

—Pero Assa había acudido a mí, y además ya he dicho que me equivoqué. Naturalmente, eso fue obvio cuando Assa murió ante mis ojos. No se requería ningún esfuerzo para averiguar qué había sucedido; la única cuestión era cuál de ustedes lo había hecho.

—No tan obvio para mí —dijo O'Garro.

—Entonces se lo explicaré. —Wolfe cambió de posición en la butaca, que casi era lo bastante grande, pero no estaba acostumbrada a él—. Ya que ese frasco se encuentra a buen recaudo, con toda seguridad. Ayer por la tarde Assa se enteró de algún modo de que uno de

ustedes tenía la cartera de Dahlmann en su poder. No importa si lo descubrió por casualidad o por propia iniciativa; lo descubrió, y se enfrentó con usted o usted...

—Acaba de decir que usted suponía que Assa había cogido la cartera al propio Dahlmann. Y la llevaba en el bolsillo —dijo Heery.

—Bah. —Wolfe empezaba a irritarse—. Si Assa la cogió, ¿quién le mató y por qué? Su muerte lo cambió todo, incluidas mis suposiciones. Se enfrentó con uno de ustedes y le dijo que sabía que tenía la cartera. Usted le explicó que había ido al apartamento de Dahlmann aquella noche, le había

encontrado muerto y había cogido la cartera, y Assa le creyó. O le dijo que había enviado las respuestas a los concursantes, o que no lo había hecho. Si fue lo primero, Assa concibió la estratagema de concederme el mérito a mí para despistarme; si fue lo segundo, pensó realmente que lo había hecho yo. Los dos estudiaron la situación y decidieron qué hacer, o quizá usted no; es posible que Assa la estudiara solo e hiciera sus propios planes. Sería interesante saber si él insistió en guardar la cartera o usted insistió en dársela. Si lo supiera, podría deducir de quién se trata.

El tono de Wolfe se agudizó.

—Tanto si usted sabía de antemano que pensaba hacerme una visita como si no, conoce el resultado. El le explicó que yo me había negado a desconvocar la reunión y por lo tanto los dos tendrían que asistir. Esto suscita un punto interesante. Si fue su relato de su conversación conmigo lo que acrecentó de tal modo sus temores que decidió matarle, fue a buscar el veneno a la vitrina después de las siete. Si lo decidió más temprano, antes de que él viniera a verme, pudo ir a buscarlo más temprano. Lo primero parece más probable. El miedo se alimenta de sí mismo. Al principio, se sintió satisfecho de que Assa le creyera, de que no

albergara la más ligera sospecha de que usted había matado a Dahlmann, pero esa clase de satisfacción está infestada de cáncer, el cáncer del miedo. Miedo de que el propio Assa llegara a sospechar de usted, o ya lo hiciera; miedo de que si yo no sospechaba de usted, la policía lo haría. Cuando Assa le comunicó su fracaso en lograr que yo desconvocara la reunión, el miedo se convirtió en terror; aunque le creyó cuando le aseguró que no había dicho nada de la cartera, supuso que lo haría si yo le acosaba en presencia de los demás. Como he dicho, lo más probable es que fuese entonces, con el miedo ya transformado en pánico, cuando usted

resolvió matarle. Por lo tanto...

—Esto son bobadas —dijo Hansen—. Si tiene algún hecho, ¿cuál es?

—Ahí fuera, señor Hansen. —Wolfe apuntó hacia la puerta—. Incluso podría ser concluyente si ese frasco tuviera huellas identificables, pero dudo de que usted —uno de ustedes— perdiese el juicio hasta ese punto. Este es el hecho, y justifica una pregunta. El señor Assa abandonó mi despacho a las siete y diez de la tarde. ¿Quién estaba aquí después de esa hora? ¿Usted, señor Hansen?

—No. Ya se lo he dicho. Yo estuve aquí a partir de las cuatro, pero me marché antes de las seis y media.

—¿Usted, señor Heery?

—No. Ya le he dicho cuándo estuve aquí.

—¿Señor O'Garro?

—No contestes, Pat —le ordenó Hansen.

—Bah. —Wolfe estaba exasperado—. ¿Algo tan fácil de comprobar? Si prefiere la molestia de...

—Prefiero —dijo O'Garro— aclarar esto con usted aquí y ahora. —Su cólera se había desvanecido. Hacía gala de una gran cautela y miraba fijamente a Wolfe—. Estuve aquí durante toda la tarde. Vi a Assa y hablé varias veces con él, pero siempre con otras personas presentes. Buff y yo nos marchamos juntos hacia las siete y media y nos reunimos con

Assa en un restaurante. Cenamos y fuimos desde allí hasta su casa..., Buff y yo. Assa tenía que hacer un recado y fue solo.

—¿Cuál era ese recado?

—No lo sé. No lo dijo.

—En el restaurante, ¿qué dijo sobre su visita a mi despacho?

—Nada. No la mencionó. Yo no sabía nada hasta que usted ha hablado de ella.

—¿Cuándo concertó la cita para reunirse con él en el restaurante?

—Yo no la concerté.

—¿Quién lo hizo?

O'Garro seguía mirando a Wolfe.

—Esto me lo reservo.

—Preferiría —le recordó Wolfe— aclarar esto aquí y ahora.

—Es suficiente —dijo Hansen, con autoridad—. Como tu abogado, Pat, te aconsejo, y a ti también, Oliver, no contestar más preguntas. He dicho que este hombre es traicionero, y lo repito. Le contratasteis con carácter confidencial, y ahora intenta acusaros de homicidio. No le contestéis. Si tiene algo que añadir, Wolfe, le escuchamos.

Wolfe prescindió de él y miró a Buff.

—Por fortuna, señor Buff, el señor O'Garro me ha ahorrado el esfuerzo de convencerle de que desobedezca a su abogado, ya que me ha dicho que usted

se marchó de aquí con él hacia las siete y media. —Movi6 los ojos—. Niego que sea traicionero. Mi cliente es una entidad comercial llamada Lippert, Buff y Assa. Hasta el momento de la muerte del se6or Assa, me dediqué exclusivamente a los intereses de mi cliente trabajando en el asunto que me habían encomendado. En realidad sigo haciéndolo, pero las circunstancias han cambiado. La cuesti6n es: ¿qué servirá mejor a los intereses de esa entidad comercial en estas nuevas circunstancias? El corolario es: ¿cómo puedo terminar mi trabajo y averiguar qui6n rob6 la cartera sin desenmascarar al asesino? No puedo.

Apoyó las palmas de las manos sobre la mesa.

—El señor Dahlmann, que al parecer estaba dotado de la vitalidad y el vigor anteriormente suministrados por el señor Lippert, ha sido asesinado... por uno de ustedes. El señor Assa, que incurrió en un gran riesgo personal por el bien de la empresa, también ha sido asesinado... por uno de ustedes. Entonces, ¿quién es el traidor? ¿Quién ha reducido a la empresa a un aprieto del que quizá nunca se recobre? Es razonable que ustedes esperen de mí una defensa a ultranza de los intereses de mi cliente, que es lo que estoy haciendo, y es igualmente razonable que yo espere

lo mismo de ustedes, y son muy tontos si no ven que esos intereses exigen el descubrimiento del asesino lo antes posible.

Posó los ojos sobre el abogado.

—Señor Hansen. ¿Es usted asesor legal de la empresa de Lippert, Buff y Assa?

—Lo soy.

—¿Es el abogado personal del señor Buff?

—¿Extraoficialmente? No.

—¿O el del señor O'Garro?

—No.

—Entonces le acuso de traicionar a su cliente. Sostengo que descuida los intereses vitales de su cliente cuando

aconseja a estos hombres que no contesten a mis preguntas. No, no, no se moleste en replicar. Mañana tendrá tiempo de sobra para escribir un informe de veinte páginas. —Le dejó por los miembros de la empresa—. He observado que no han planteado la cuestión del motivo. Yo mismo no lo he hecho porque sé muy poco o nada al respecto..., es decir, el motivo para matar a Dahlmann. Naturalmente, el señor Cramer tiene un montón: buenos, malos e indiferentes. Yo no tengo nada en absoluto contra el señor Hansen y casi nada contra el señor Heery, y de todos modos el horario les elimina. Contra el señor O'Garro, nada. Contra el

señor Buff, nada concluyente, sino tan sólo material para especulaciones. Tengo entendido que más o menos heredó su alto puesto en la empresa a la muerte del señor Lippert, que le había enseñado; que desde la muerte del señor Lippert ha gozado enormemente de su posición como socio mayoritario y se ha aferrado a ella, que sus habilidades son insignificantes salvo en un estrecho campo, y que nadie ignora que el señor Dahlmann pronto se convertiría en el amo en vez del sirviente. No sé hasta qué punto inquietó esta perspectiva al señor Buff, pero ustedes deben saberlo. —Miró al socio mayoritario—. En especial usted, señor Buff. ¿Le

importaría decírmelo?

Buff lanzó una mirada a Hansen, pero el abogado no tenía instrucciones, y se dirigió a Wolfe. Su cara roja y redonda estaba abotagada y flácida, y un mechón de su cabello blanco, que le caía sobre la frente, me había molestado hasta el extremo de pensar en decirle que se lo retirase.

No perdió la compostura. Era un hombre importante, y ésta era una cuestión muy grave.

—Su empeño por darme un motivo —dijo a Wolfe— es inútil. Todos estábamos resentidos con Dahlmann. No atacaba los nervios. Creo que algunos le odiaban..., por ejemplo, el señor

O'Garro, aquí presente. O'Garro siempre le odió. Pero al tratar de darme un motivo está pasando algo por alto. Si le maté para evitar que me arrinconara en la LBA, debía estar loco, porque ¿con qué fin robé la cartera? El robo de la cartera fue lo que metió a la LBA en este lío. ¿Estaba loco?

—De ningún modo. —Wolfe le miró a los ojos—. Es posible que fuese allí únicamente para obtener la cartera, y se llevara el revólver porque estaba decidido a conseguirla, y la oportunidad de librarse de él se hizo irresistible cuando se encontró a solas con él. Al marcharse, sin duda se llevaría la cartera. Por eso había ido, y en todo

caso no quería que la hallaran sobre el cadáver con aquel papel en su interior. Su estado de ánimo no era el más apropiado para juzgar con calma las consecuencias de dicha acción. Por cierto, ¿qué ha hecho con el papel? Tenía que estar en la cartera, ya que usted envió las respuestas a los concursantes.

—Esto es ir demasiado lejos. —Buff alzó un poco la voz—. Sólo ha sugerido un motivo, pero ahora me está acusando. Con testigos, no lo olvide. Pero lo que ha declarado sobre los intereses vitales de esta empresa, que los defenderá a ultranza, tiene sentido y estoy de acuerdo con usted. En un momento como

éste las consideraciones personales no cuentan. Así pues, debo revelarle el pequeño error cometido por O'Garro; no digo que lo haya hecho deliberadamente, tal vez haya olvidado que sí concertó la cita para reunirnos con Assa en el restaurante. Estaba en su despacho, y vino al mío para decirme que Assa había telefoneado e íbamos a reunirnos con él en Grainger's a las ocho menos cuarto.

Pensé que O'Garro iba a abalanzarse sobre él, y O'Garro también lo pensó. Estaba enfrente de mí, a la derecha de Buff, y saltó de la butaca con los ojos echando chispas y los dos puños preparados, pero no los utilizó para lo

que yo me imaginaba. Colocó los puños encima de la mesa y se apoyó en ellos, hacia Buff, hasta que su cara estuvo a unos treinta centímetros escasos de la del socio mayoritario.

—Eres demasiado viejo para triunfar —le dijo, escupiendo las palabras una por una—. Demasiado viejo y demasiado ruin. Has dicho que yo odiaba a Dahlmann. Es posible que no le quisiera, pero no le odiaba. Tú sí. Veías cómo iba subiendo y disponiéndose a tomar el mando y echarte de aquí..., no me extraña que le odieras, y por Dios que tú me dabas lástima.

O'Garro se incorporó y nos miró.

—Me daba lástima, caballeros. Fui así de listo. Me daba lástima. —Miró a Wolfe—. Me ha preguntado quién concertó la cita con Assa y le he contestado que me lo reservaba. Fue Buff, y vino a mi despacho para decírmelo. ¿Alguna otra pregunta?

—Una o dos para el señor Buff. —Wolfe le observaba con los ojos entrecerrados—. Señor Buff. ¿Cuándo estuvo solo con el señor Assa ayer por la tarde, y dónde y cuánto rato?

—Me niego a contestar. —Buff tenía problemas con la voz—. Rehúso contestar por consejo de mi asesor legal.

—¿Quién es su asesor legal?

—Rudolph Hansen.

—El dice que no. —Los ojos de Wolfe se movieron—. ¿Señor Hansen? ¿Es usted ahora asesor del señor Buff?

—No. —Sonó terminante—. No podría serlo aunque quisiera, debido a un posible conflicto de intereses. Su abogado se llama Arnold Duffen, y tiene una oficina a pocas manzanas de aquí.

Buff le miró. La redonda y roja cara estaba más abotargada que nunca.

—Quizá Arnold no pueda venir inmediatamente, Rudolph. Quiero hablar contigo en privado. Ahora.

—No. Imposible.

—Entonces —tengo que intentar localizarle. —Buff estaba levantándose—. No aquí. Desde mi despacho.

Le detuvo asiéndole el brazo. Iba a zafarse, pero no suelo agarrar el brazo de un asesino como si fuera el de una ninfa, y terminó sentado de nuevo en la butaca. Le solté, pero me puse en pie y permanecí junto a él.

—Me gustaría —dijo Wolfe— seguir disfrutando de su compañía, pero debo transferir la responsabilidad de ese frasco de veneno lo antes posible. ¿Necesito seguir esperando?

Pasaron tres segundos sin que hablara nadie, y entonces O'Garro dijo:

—Use el teléfono que haya su izquierda.

# 22

El resultado más importante desde el punto de vista del pueblo del estado de Nueva York tuvo lugar dos meses más tarde, en junio, cuando Oliver Buff fue juzgado y declarado culpable del asesinato en primer grado de Vernon Assa, ya que Cramer y la oficina del fiscal del distrito habían reunido un montón de pruebas que, después de todo, incluían una clarísima huella digital en el frasco de cianuro potásico. Pero desde nuestro punto de vista el resultado

más importante tuvo lugar mucho antes, de hecho al día siguiente, cuando Rudolph Hansen telefoneó después de almorzar y concertó una cita para él, O'Garro y Heery a las siete de la tarde. Llegaron a la hora en punto, justo cuando Wolfe bajaba del invernadero. Cuando les llevé al despacho, vi que O'Garro se adjudicaba la butaca de cuero rojo, considerando que se la merecía como el socio superviviente. Probablemente, su nombre pasaría a formar parte de la denominación de la empresa. Sin duda necesitaban algunos nuevos.

Aún daban la impresión de estar faltos de sueño, pero al menos se habían

peinado. Se mostraban abatidos pero corteses. Tras mencionar algunos acontecimientos recientes, como la declaración de la secretaria de Buff de que el lunes por la tarde había visto a Assa en el despacho de Buff, hablando con él, con una cartera marrón en la mano, Hansen entró en materia. Dijo que a pesar de todo sería un gran alivio llevar adelante el concurso de un modo que no se prestara a disputas o litigios, y en relación con ese proceso querían la ayuda de Wolfe. Wolfe le preguntó cómo.

—Queremos que se ocupe de ello —dijo Hansen—. Queremos que escriba los versos, se los dé a los concursantes

y fije las condiciones y el plazo, y cuando se reciban las respuestas las verifique y adjudique los premios. Queremos dejarlo todo en sus manos. Heery se niega a confiar esa tarea a la LBA, y en vista de las circunstancias no podemos culparle, y es su dinero. Tendrá autoridad absoluta. No habrá interferencias de ninguna clase. Por este servicio, la LBA consentirá en pagarle cincuenta mil dólares, más gastos.

—No lo haré —respondió Wolfe concisamente.

—¡Maldita sea, tiene que hacerlo! —exclamó Heery.

—No, señor. No tengo que hacerlo. He violentado mi dignidad en más de

una ocasión para seguir adelante, pero no escribiré versos para un concurso. No es que ponga en tela de juicio la dignidad de quien sea designado para hacerlo. Las dignidades son como las caras; no hay dos iguales. Les ruego que no insistan; está decidido. Confieso que mi negativa podría causar me remordimientos si no estuviese a punto de enviar a la empresa de Lippert, Buff y Assa una minuta por esa misma cantidad..., cincuenta mil dólares. Más gastos.

—¿Por qué? —inquirió Hansen con frialdad.

—Por el trabajo para el que fui contratado y que he realizado.

—Ya lo hemos hablado —dijo O'Garro—. No lo vemos.

—Usted no ha hecho el trabajo — aclaró Hansen.

—¿No? ¿Quién ha sido?

—Nadie. Circunstancias más allá de nuestro control y del suyo. Si hubo alguien fue el propio Buff, cuando envió las respuestas a los concursantes. Así como Assa, al averiguar que Buff tenía la cartera, pero lo principal fue que los concursantes recibiesen las respuestas. Esto es lo que salvó el concurso.

—¿Lo reconocen?

—Por supuesto. Es obvio.

—Muy bien. Supongo que era inevitable. —Wolfe se volvió—.

Archie, da un dólar al señor Hansen.

Saqué el billete y lo alargué, pero Hansen no lo tomó.

—¿Qué es esto? —inquirió.

—Le contrato como mi abogado, igual que la otra vez. Deseo que lo que voy a decirles tenga la protección de una relación confidencial entre usted y yo. Ya que los intereses del señor O'Garro y el señor Heery coinciden con los míos confío en su discreción. Usted podrá poner fin a esa relación en cualquier momento. Es lo que me dijo a mí. Usted y yo empezamos con una comunicación reservada; terminaremos con otra.

Hansen tomó el dólar, no con demasiado entusiasmo, y yo volví a mi

mesa.

—Adelante —dijo.

—Me lo están arrancando. —Wolfe tenía el ceño fruncido—. Yo habría preferido mantenerlo en secreto, pero es mejor esto que una discusión prolongada. Cuando reciban la lista de gastos que acompaña a mi minuta verán una partida que dice: «Una máquina de escribir Underwood de segunda mano, ochenta y dos dólares.» Ahora está en el fondo del río porque quería excluir toda posibilidad de resbalón, pero tengo varias páginas escritas con ella..., o más bien sé dónde están y puedo conseguirlas fácilmente, y si quieren pedir al inspector Cramer una de las

hojas de respuestas que recibieron los concursantes, o un buen facsímil, les daré la oportunidad de compararlas. Verán qué las respuestas enviadas a los concursantes fueron escritas con la máquina incluida en mi cuenta de gastos.

Heery se echó a reír.

Después de tantas tensiones casi me había olvidado de lo mucho que le gustaba reírse, y esta vez lo hacía con ganas. Tras unas estrepitosas carcajadas, se detuvo para exclamar: «¡Bendito hijo de perra!» y luego siguió riéndose. Hansen y O'Garro parecían de verdad asombrados, y O'Garro tenía el ceño fruncido.

Cuando Heery se calmó lo suficiente

para dejar oír una voz normal, Hansen habló:

—¿Está diciendo que usted envió las respuestas a los concursantes?

—Las envió un hombre a mi servicio. Puedo presentárselo si insisten, pero preferiría no hacerlo.

—Creo que no insistiremos, ¿verdad, Pat?

—No. —O'Garro seguía teniendo el ceño fruncido—. ¡Caramba, quién lo hubiera creído!

—No me extraña —dijo Hansen a Wolfe— que haya querido una comunicación reservada. Esto cambia las cosas.

—En efecto —contestó Wolfe

secamente—. Puesto que usted mismo ha declarado que el envío de las respuestas a los concursantes salvó el concurso. Ellos también han salido beneficiados. Este era uno de mis objetivos, y el otro, por supuesto, era instigar a alguien a hacer algo. No sabía a quién o a qué, pero pensé que eso estimularía la acción y así fue.

—Desde luego que sí —convino O'Garro—. Demasiada acción, pero usted no podía impedirlo.

—Debería haberlo impedido. El señor Assa aún estaría vivo. Cometí un error. —Wolfe apretó los labios. Luego preguntó—: ¿Quieren que vaya a buscar las páginas escritas con esa máquina

para hacer una comparación?

—No —dijo Hansen—. ¿Pat?

—No.

—Pero —dijo Hansen a Wolfe— seguimos queriendo que se encargue del concurso. Naturalmente, el pago se efectuará aparte de la factura que nos envíe. No irá...

—¡No! —gritó Wolfe, y no le culpo. Rechazar cincuenta de los grandes una sola vez para mantener la dignidad es bastante duro, pero tener que hacerlo dos veces es demasiado. Trataron de insistir, y Heery se mostró especialmente obstinado, pero al fin tuvieron que darse por vencidos. Cuando se marcharon y salí con ellos al

vestíbulo me acorralaron junto al perchero e intentaron convencerme de que le persuadiera, con claras insinuaciones de que no me costaría nada, pero no les di esperanzas. En realidad no estaba interesado en su problema. Yo tenía el mío propio, y cuando hube cerrado la puerta tras ellos regresé al despacho y lo abordé sin preámbulos.

—De acuerdo —dije a Wolfe—, ha sido una jugada brillante. Una obra maestra. Algo único. Pero no sólo cambió las reglas y me dijo una mentira directa, sino que añadió otra al asegurarme que no había cambiado las reglas. ¿Qué clase de relación

confidencial es ésta? ¿Por qué tengo que creer siempre todo lo que me dice?

Torció la boca. Pensó que estaba sonriendo.

—Puedes creerme siempre, Archie. Con tu memoria, que es inigualable, debes recordar mis palabras. Sólo te hice dos observaciones categóricas, cuando estábamos solos, sobre esa cuestión. Primero dije: No había esperado nada tan provocativo como esto. Era cierto. No lo había esperado; estaba seguro de ello, porque yo mismo lo había dispuesto. En segundo lugar dije: No habla anotado esto entre las posibilidades. Era igualmente cierto; no se trataba de una posibilidad, sino de

una certidumbre. Nunca te he dicho una mentira directa, y nunca lo haré; y si hice uso de un subterfugio fue para ahorrarte la necesidad de decir una al señor Stebbins o a cualquiera que pudiese interrogar te. ¿He citado mis palabras exactas?

Proferí un gruñido. No puedo repudiar mi memoria inigualable.

—¿Acaso sugieres que los equívocos verbales dejarán de estar permitidos en nuestras conversaciones privadas? ¿Por ambas partes?

—No, señor.

Lanzó un bufido.

—Te aconsejo que no lo hagas. No duraríamos ni una semana.

Llamó para pedir una cerveza.